Concierto para libertinos

Mauricio Wiesenthal

Sea of Letters

Concierto para libertinos

Mauricio Wiesenthal

Table of Contents

Cover Page

Conciero para libertinos

Portadilla

Créditos

CONCIERTO PARA LIBERTINOS

Prólogo

Sonata ampulosa para un libertino. GIACOMO CASANOVA

Un espejo dorado para La comedia humana. BALZAC, EN UNA SALA DE SUBASTAS

Libertinos en Capri. MODELOS PARA DORIAN GREY

Ángeles de todos los colores y muchas estrellas. D. H. LAWRENCE EN TAORMINA

Nota

https://www.facebook.com/SeaOfLetters

Grupo de Telegram

Grupo de WhatsApp

Y página de Facebook

Sea Of Letters

Concierto para libertinos

Mauricio Wiesenthal

Sea of Letters

Sea of Letters

12 617 members, 419 online

Compartamos el mundo de la Literatura 🥰📚🌎
Aquí encontrarás libros especialmente en el formato profesional ePub, frases y sobre todo personas que comparten la misma pasión por lectura....

JOIN GROUP

You are invited to the group Sea of Letters.
Click above to join.

https://www.facebook.com/SeaOfLetters

CONCIERTO PARA LIBERTINOS

MAURICIO WIESENTHAL

Diseño de la cubierta: Edhasa, basado en un diseño de Pepe Far

copyright de la imagen: @ Dmitry-Fischer / Dreamstime.com

Primera edición impresa: marzo de 2021

Primera edición en e-book: marzo de 2021

© Mauricio Wiesenthal, 2021

Autor representado por Silvia Bastos S. L. Agencia Literaria

https://www.facebook.com/SeaOfLetters

Grupo de Telegram

Grupo de WhatsApp

Y página de Facebook

Sea Of Letters

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

CONCIERTO PARA LIBERTINOS

(Andante y fuga para Giacomo Casanova,

Adagio para Honoré de Balzac,

Allegro en Capri y Taormina)

En una diatriba moral interesante y polémica podría decirse que el pensamiento «libertino» (no limitemos la palabra al «libertinaje») fue, desde tiempos antiguos, una propuesta rebelde de los espíritus más finos y cultivados frente al dogmatismo puritano –y a menudo también farisaico– que distingue siempre a los bárbaros y a los inquisidores. Los antiguos «libertinos» no sólo defendieron una apertura de las costumbres en el ámbito sexual, adelantándose en siglos al pensamiento moderno, sino que abogaron también en favor de un espíritu crítico fundamentado en el derecho a la libre conciencia. Me parece oportuno recordar que, en el latín más clásico de Cicerón, Horacio, Plinio o Marcial, la palabra libertinus no significaba «disoluto» ni «libertario» ni «depravado» ni cualquiera otra de las acepciones infamantes que hoy se le atribuyen, ya que se llamaba así al «liberto»: esclavo liberado o hijo de un esclavo al que se había concedido la libertad, como todavía lo define Alonso de Covarrubias en 1611. ¿Puede haber derecho más inalienable para un ser humano ni licencia más noble que la libertad? Esa condición de «emancipadores» fue la única que pretendieron atribuirse los primeros pensadores «libertinos», si bien el término perdió pronto su amplio horizonte eidético y fue adquiriendo connotaciones exclusivamente lúbricas y obscenas, a medida que se recataba y embarraba con la mala conciencia de los puritanos.

Los primeros autores de pensamiento rebelde –ellos y ellas– no eran unos frívolos conquistadores ni unas salonnières seductoras (aunque la palabra «seducir» sea sagrada en el arte y en el pensamiento). Antes bien, al superar prejuicios y condicionantes que ponían trabas injustificables a la libertad de pensamiento, abrieron también el camino del conocimiento y del progreso social. Se enfrentaron al dogmatismo, defendiendo la reconciliación humanista de la idea y de la materia, pues el amor –no sólo el entusiasmo erótico, sino también la caridad–, la mística y el pathos artístico son delirios sublimes del cuerpo (y pronuncio con total responsabilidad esta sentencia). Por eso Nietzsche resolvió que la filosofía es un «entusiasmo de la carne», y así pudo esbozar el texto de su primer Zaratustra en un mes y medio; aunque, para ser justos y cautelosos, es oportuno advertir que esa revelación tan tentadora puede ser también el principio de la locura.

Autores modernos como René Pintard o Pedro Lomba Falcón han dedicado nobles y valiosos trabajos a la valoración del pensamiento

libertino y a su trascendencia en la historia de las ideas.

La escuela de los libertinos dio grandes talentos, desde Epicuro, Montaigne y Charron hasta Voltaire; desde el gran Pierre Bayle –quien, mucho antes de Rilke, abogó por «el pensamiento del corazón» frente al dogmatismo racionalista y reaccionario–, sin olvidar al príncipe de Ligne –fue él quien dijo «el placer conquista la paz»– y a tantos otros espíritus ilustrados, como Gassendi u Honoré de Balzac.

Y es hora de señalar que más originalidad y mérito alcanzaron algunas mujeres independientes que defendieron audazmente el derecho a su libertad en tiempos muy injustos y miserables con la condición femenina. Entre ellas, podríamos citar a la griega Aspasia, a Margarita de Navarra, a Ninon de Lenclos y a escritoras, actrices y artistas más modernas como George Sand, Rachel, Dolly Wilde, Renée Vivien, Marie Laurencin, Colette, Coco Chanel o Marguerite Yourcenar.

El pensamiento de los libertinos tuvo enconados y brillantes adversarios en el campo del moralismo, como fue el caso del reformador Calvino, que escribió incluso un opúsculo «contra los libertinos», reducidos en su caso a la caricatura de una secta «fantástica y furiosa» –pues así la llama el ilustre teólogo ginebrino– sin gran alcance intelectual. Pero no es necesario decir que las mujeres soportaron lo peor de la crítica infamante, ya que, mientras que los hombres podían sonreír sin vergüenza y hasta con cierto grado de orgullo ante el calificativo de «libertinos», ellas soportaron desde antiguo el matiz dudoso y despectivo que tiene el nombre de «hetaira».

La condición de libertina o de libertino está entendida en este libro con amplitud de pensamiento, sin condicionamientos de sexo ni prejuicios de ningún tipo, puesto que una elección meditada, responsable y libre no requiere otra explicación ni justificación,

Es curioso que algunos de los pensadores que fueron llamados libertinos y repudiados en un tiempo pasado, recibieron más tarde al apelativo de moralistas, porque sus ideas se consideraban éticas y honradas.

La defensa de la «libertad del cuerpo para conciliarse con su alma» (fundamento de toda moral que proclame el entusiasmo de vivir)

puede resultar más provocadora si se considera, sin prejuicios, que la «salvación de la materia» es la primera tarea humanista del pensamiento cristiano, así como la gracia consoladora y caudalosa del sacramento del bautismo.

En Concierto para libertinos hemos reunido a Casanova y Balzac, junto a los aventureros, excéntricos y artistas que vivieron en Capri y en Taormina.

Entre todas estas figuras destaca Giacomo Casanova, un genio privilegiado del «arte de vivir» y uno de los mejores memorialistas que en el mundo han sido, ya que buena parte de sus aventuras son pura ficción literaria. Su autobiografía es un obra de arte, urdida, tramada y escenificada como una apasionante novela de aventuras. Sin olvidar que su talento le permitió ejercer de ministro, de matemático, de espía, de médico, de jugador tramposo, de griego de todos los garitos y ratón de todos los burdeles, además de colonizador de Sierra Morena. Y esta tragicomedia vital puede resultarnos hoy más interesante aún si consideramos que, en la literatura moderna –flagelada por amargos y aburridos «intelectuales»–, no abundan magistrales narradores que vivan para contar su propia aventura. Escribir bien puede ser labor académica de educadores, filólogos y profesores, pero hacer Literatura –no se olvide que es una de las «bellas artes»– es cosa de artistas.

Tampoco podía faltar Honoré de Balzac en este libro dedicado a la «comedia humana», maestro de la novela que brilla entre los mejores artistas de todos los tiempos. Antes de fantasear y escribir sus libros, los «experimentaba», porque también él pertenecía a la estirpe de los que no son capaces de hacer literatura sin vivirla primero. Así, su propia vida fue la aventura más genial de La comedia humana, y su biografía es el testimonio más emocionante y más humano de las «ilusiones perdidas». Perdía en negocios ruinosos cuanto ganaba con su penoso y sufrido trabajo de literato; gastaba fortunas en casas que nunca acaba de amueblar; coleccionaba antigüedades que tenía que revender de mala manera cuando estaba en la ruina; construía delirios sin pararse nunca a distinguir si los materiales de la obra eran perdurables o efímeros, igual que compraba joyas, enamorándose lo mismo de las auténticas que de las falsas. Pasaba hambre para comprarse un bastón elegante, y tenía luego que soportar el frío hasta que alguien le pagaba una comida en el mejor restaurante de París a

cambio de su abrigo ruso. Vivía la trama de sus novelas, pagándose la mise en scène y los decorados de su comedia siempre a cargo de su bolsillo, a costa de su salud y a riesgo de su propia vida. Por eso pudo escribir como nadie la historia de su tiempo, convirtiendo en obra de arte las vidas de sus personajes: aristócratas de más o menos pelo; humildes trabajadores, expuestos sin piedad al vendaval de los cambios políticos y de las especulaciones del mundo financiero; burgueses arribistas y aventureros que salían de sus pueblos a la conquista de París en los años locos que siguieron a la Revolución francesa y que acompañaron la gloria y el fracaso de Napoleón Bonaparte. Y, no contento con toda esta obra literaria en el género novelesco, se hizo también famoso como personaje excéntrico y libertino, escribiendo, en tono burlesco y rabelesiano, sus Cent contes drolatiques –«con su sensualidad desbordante, presumida y priápica», como los definiría Zweig– y la Physiologie du Mariage –junto con su Théorie du Lit–, obras que, en su época, se consideraron tan audaces como las de Sade, Restif de la Bretonne o Pierre Choderlos de Laclos. Tampoco el género «libertino» se entendía entonces vergonzante ni frívolo, pues gentes tan respetables como Montesquieu –autor del poema Le Temple de Gnide– lo habían honrado, acompañándolo incluso de moralejas y consejos virtuosos.

Me ha parecido oportuno añadir a este Concierto para libertinos los apuntes biográficos que dediqué en mi juventud a algunos personajes que habitaron dos paraísos de la dolce vita del Mediterráneo: la isla de Capri, la perla del golfo de Nápoles, y la bellísima Taormina en la costa siciliana. Estos lugares fueron el refugio dorado de artistas y aristócratas, pero también de aventureros y libertinos que dejaron una leyenda divertida, extravagante y, no pocas veces, escandalosa para la burguesía biempensante de su tiempo. Y lo curioso es que se integraban mejor entre la gente del pueblo, que los acogía sin prejuicios, mientras ellos se adaptaban al ambiente cordial y deleitoso de la vida mediterránea. Contribuían a dar brillo, inteligencia, creatividad y colorido a los lugares donde se establecían. Adoptaban a menudo las formas de vida de los pescadores y se dejaban seducir por la cocina sabrosa, saludable y sencilla del Mediterráneo: el pescado fresco, los quesos de cabra y de oveja, las salsas de tomate, el aceite de oliva, el vino, las verduras de la huerta soleada, las frutas dulces (uvas, higos y dátiles) y jugosas (la sandía, el melón, los cítricos y las granadas). ¿Qué mejor aderezo para el limpio placer de vivir que las hierbas perfumadas del monte meridional?

En Capri y Taormina –igual que lo harían en la Costa Brava, en los pueblos blancos de Andalucía, en las islas Baleares, en el Magreb o en Grecia–, nacieron muchas ideas que abrieron las perspectivas y los patios en la arquitectura moderna y en la decoración actual de las casas. Y, en esa hermosa tradición mediterránea de la libertad (el clima que permite vivir al aire «libre» marca el estilo de estos pueblos luminosos, limpios como el limón), se crearon modas que han conquistado el mundo entero: los vestidos de colores claros y frescos, las sandalias y los cestos de paja, los juegos de volantes y abanicos o los mil adornos aéreos y elegantes que se elaboran con los encajes y las artesanías ancestrales del bordado. Y, de esta guisa, aquellos «libertinos» de los paraísos de Capri, Taormina o Corfú abrieron al prestigio turístico muchos lugares que se enriquecieron cultural y económicamente con su presencia. Desde muy antiguo, la libertad y la tolerancia formaron parte de la identidad moral de las culturas mediterráneas, aunque habría hoy que preguntarse si esa vocación de patio, balcón y aire libre se ha perdido desde que las ciudades crecen tanto y de forma tan estúpida que ya no saben dónde está su Plaza Mayor.

En Sicilia escribió D. H. Lawrence su novela más famosa, El amante de Lady Chatterley, un clásico en el género de la literatura libertina. Con los años perdió parte de su «prestigio» como obra prohibida, se adaptó incluso para el cine en el 2015, y ya no escandaliza a nadie, pero las escenas y el escenario de la narración mantienen y mantendrán siempre su encanto. Y así he incluido su retrato biográfico en este «concierto», porque el personaje del autor y la aventura de su vida son puro trasunto literario.

El dibujo con una «partitura de los sentidos» que ilustra la cubierta de este libro da buena fe del «juego» de literatura, biografía y deleite que he querido ensamblar y acordar en este ligero y amable Concierto para libertinos.

Mauricio Wiesenthal

Europa, 2021

Sonata ampulosa para un libertino

GIACOMO CASANOVA

Entre los títulos más divertidos que he encontrado en las librerías, yo citaría el Manual del aventurero. Alejandro Dumas ideó uno magistral (En Bruselas, a sesenta kilómetros del imbécil de Buloz), que utilizó como encabezamiento de una de sus cartas y que estaba especialmente destinado al editor François Buloz. Este personaje –director de una famosa revista literaria, empresario teatral y promotor de empresas culturales– se había comprado un château con el dinero que debía a sus colaboradores.

Creo que ni siquiera a Eugenio d'Ors, creador de Un servidor y los fósiles, se le hubiese ocurrido jamás un disparate editorial tan bárbaro como el de suponer que un aventurero debe formarse con un manual.

Tengo la impresión de que algunos burguesitos se aburren tanto que están incluso dispuestos a buscar la aventura en un método, en un prospecto o en un viaje organizado... Me divierto mucho hojeando los catálogos de ciertas agencias especializadas en descubrir aborígenes, cruzar desiertos inhóspitos o desembarcar en ignotas islas donde lo primero que te encuentras es un bufete de apetitosas langostas. Cualquier día escribiré la Crónica de mis motines en los cruceros o La Visa Oro entre caníbales.

La verdadera aventura se pierde en este mundo que quiere preverlo todo, prevenirlo todo, curarlo todo. Quizá por eso los aventureros, aunque a veces sean caricaturescos, vuelven a tener buena prensa.

Ninguna época ha superado al siglo XVIII en este tesoro de vidas aventureras y corsarias. El príncipe de Ligne proponía una exigencia intelectual: «Debería estar prohibido escribir sobre moral, carácter, hombres, mujeres, filosofía, legislación, a todos aquellos que no hayan viajado mucho y que no se hayan metido en grandes aventuras». Es un bello lema para un hombre como Casanova, que supo aprovechar todos los recursos que el siglo XVIII proporcionaba a los libertinos que

querían encumbrarse en una sociedad aparentemente cerrada. Sus méritos los alcanzó viajando en berlina, en diligencia, en silla de posta, en landó, en trineo y en barco. Lo mismo se vendía como espía que como predicador; igual se ofrecía como cocinero que como tercer participante en un ménage.

De todos los personajes ambiguos que dio su siglo, Casanova es el más culto, el más creativo, el más interesante. No solamente es un soberbio escritor, dotado de una fantasía sin límites; sino que se atreve a estudiar lo mismo Medicina, describiendo una operación de cataratas, que Economía, organizando después la colonización de Sierra Morena, e igual conoce la Geometría que cata los vinos o distingue los quesos.

Uno de mis escritores más amados, Ramón del Valle-Inclán, utilizó muchas veces las aventuras de Casanova para tejer la trama de sus Sonatas. Y creo que no hay forma mejor de rendir homenaje al aventurero veneciano que dedicarle una sonata literaria en el estilo galante y ampuloso que tanto agradaba a mi antepasado, el feo y sentimental Marqués de Bradomín.

Un palacio en Venecia

Mi primer encuentro con Casanova fue, si la memoria no me traiciona, en 1965. Yo vivía entonces en Venecia, en una vieja mansión que se asomaba sobre el canal del Duca: un lugar antiguo y delicioso que alquilé, por unos pocos dólares, a un joven sacerdote acuciado por remordimientos de conciencia y deudas de amor.

El alquiler del palacio incluía el usufructo de su ruinoso mobiliario y los servicios de las personas que lo cuidaban: un mancebo pálido y rubio, con cara de doncel visigodo, y una vieja criada, Maddalena, que había sido niñera del sacerdote. Entre aquellos objetos dispares había algunas obras de arte y varias piezas de ínfimo valor, reliquias de familia, que cedí inmediatamente a su legítimo propietario, junto con el joven lacayo que languidecía de añoranza y aflicción a mi lado. Aunque soy amante del lujo, como un antiguo cardenal, nunca he querido poseer cosas que no supiera disfrutar con aprovechamiento. Ni el celibato ni el placer de los mancebos ni las reliquias beatas

fueron jamás cosas gratas a mi gusto. Por eso pensé que era de justicia devolverlas al sacerdote que, aún en la desventura, sabría gozarlas.

Entre los objetos que reservé para mi uso se encontraba un bello volumen manuscrito, en folio, guardado en la biblioteca bajo una deliciosa imagen de la Virgen. Era un libro escrito en claves y cifras misteriosas que, según una vieja leyenda, revelaba la forma de realizar cualquier deseo. Su autor, Pietro d'Abano, médico, astrólogo y filósofo que vendió su alma al diablo, fue condenado por la Inquisición. Murió durante la vista del proceso, pero su cadáver fue llevado a la hoguera. Yo no sé si el libro estaba realmente escrito por el diablo, aunque sí puedo afirmar que ejercía un raro influjo sobre los gatos y las mujeres, que caían en místico arrobamiento al rozar sus páginas.

La casa tenía un antiguo jardín, entre muros de piedra, donde goteaba una fuente abandonada. En medio de los senderos ondulantes, recortados por macizos de arrayanes, sonreían algunas viejas estatuas que habían vivido los tiempos amables de la galantería y del amor. Muchas estaban ya rotas como la fronda de otoño, olvidadas como los últimos madrigales que florecieron en aquel jardín sagrado. La vieja Maddalena, como todas las celestinas y beatas de la cristiana República, sentía una desconfianza misteriosa hacia la belleza, ya fuera de mujer o de mano de artista. «Arte de Roma, arte pagana; arte de donna, arte rufiana», decía con su peculiar acento. Fue, sin embargo, muy comprensiva con mi pecaminosa afición por el arte, y me sirvió con discreción y fidelidad a cambio de algunas limosnas que yo le daba para la iglesia.

–Santa María Gloriosa se lo pagará. L'anema a Dio, el corpo a la tera, e 'l bus del cul al diavolo per tabachiera («El alma a Dios, el cuerpo a la tierra y el agujero del culo al diablo, para tabaquera»).

Ella me explicó los rituales secretos del amor en Venecia, que consisten en ciertos regalos que deben hacerse siempre en las fechas oportunas: el vino dulce en Pascua, la mostaza en Navidades, las castañas por san Martín y, en san Marco, el ramo de rosas. Pero, sobre todo, no hay que regalar ni aceptar aquello que trae mala fortuna: peines, imágenes de santos, misales, tijeras –símbolo de la maledicencia– y agujas. Sobre todo, los peines son roba da streghe, cosas de brujas.

Gracias a Maddalena y a sus refranes, que abrían todas las puertas, tuve acceso a algunos documentos secretos que necesitaba para escribir una biografía de Lord Byron, aquel cojo inmortal que tuvo amores desgraciados y apagaba su corazón nadando en las aguas del Lido. Mi casa estaba próxima al palacio Mocenigo, donde había vivido el romántico inglés, y yo tenía la costumbre de sentarme, a la hora del crepúsculo, a orillas del Canal Grande, frente a esa mansión llena de recuerdos. No hay hora tan mágica como la del crepúsculo en Venecia, cuando las góndolas se deslizan sobre ríos de oro, entre el Ponte de Rialto y la Dogana. Hora solemne, quieta y apaciguadora.

En una de esas tardes vagabundas conocí a la condesa Cecilia Roggendorff, una joven granada y rubia que tenía ojos azules como el zafiro y pechos de una blancura mística, como las santas que pintaban los maestros flamencos. Cecilia había nacido en Viena y descendía, por parentesco directo, de aquella mujer misteriosa que fue, según la historia, el último amor de Casanova. ¡Ella misma podía haber sido también el último amor de cualquier don Juan!

Gracias a Cecilia conocí muchos secretos de la biografía del famoso aventurero que pasó los últimos años de su vida como bibliotecario de un castillo en Bohemia, convertido en rancio moralista y educador de niñas. Ni el mismo Fénelon hubiese guardado más celosamente el virgo de sus discípulas. «Señor –escribía la condesa Roggendorff a su maduro confesor–, si habéis leído en el libro de los destinos que yo he nacido para ser feliz, puedo aseguraros que esta felicidad nació cuando recibí vuestra primera carta». En sus años mozos, el joven Casanova, encendido por una carta así, habría dejado a la bella condesa sin virgo y sin remordimiento; «disarmata di vele e di governo», que dijo el Petrarca en parecido trance. Pero la vejez convierte en flácida resignación los más bravos instintos del hombre, y aquella correspondencia ejemplar se prolongó durante meses, hasta la muerte de Casanova, acaecida el 4 de junio de 1798. El viejo donjuán murió sin reconocer a su último amor, resumiendo en una frase toda su biografía: «Muero como cristiano. Pero he vivido como filósofo».

Durante varias semanas, vivimos Cecilia y yo inmersos en los recuerdos del tiempo pasado, con nuestros corazones sumidos en las fuentes sagradas de una correspondencia de amor. Paseamos juntos por los lugares venecianos que había frecuentado Casanova y pasamos deliciosas horas en la biblioteca de aquel palacio donde dormían los

libros como vidas silenciosas, solitarias y enamoradas.

Un día, Cecilia, tomándome de la mano, me dijo misteriosamente:

–Hay un secreto que aún no conoces. Ya es hora de que te lo enseñe.

Sus ojos, llenos de vaguedad y extravío, me asustaron. Había en ellos una luz extraña, mortecina y antigua como la lámpara de alabastro que se enciende en los altares.

–Sígueme –murmuró, levantándose con coquetería.

La seguí hasta la calle, y embarcamos en una góndola que esperaba en el río. Cruzando el Canal Grande y el río de los Apóstoles, salimos a la laguna. Anochecía cuando la góndola dejó a estribor el húmedo cementerio de San Michele y puso rumbo a Murano. Guardamos silencio, como si nos sintiéramos cómplices de una aventura clandestina.

Llegamos así a un sombrío edificio que alzaba su ruinosa fachada sobre el canal de San Donato y nos detuvimos frente a una puerta que, en tiempos, pudo estar pintada de verde.

Atravesamos una estancia lóbrega, que me pareció vacía, y entramos en un precioso salón iluminado por arañas y candelabros que reflejaban su luz sobre unos espejos. Las llamas del fuego que ardía en el hogar de mármol dibujaban caprichosas figuras en aquel santuario. En el boudoir había una pequeña biblioteca: todo lo que se ha escrito sobre la magia y lo que las plumas más voluptuosas han escrito sobre el placer... Las estampas lascivas del Portier des Chartreux, la Clavícula de Salomón y el Aloysia Sigea Toletana... Al fondo del gabinete, distinguí un amplio diván, apoyado contra suntuosos espaldares de seda bordada con flores en relieve.

Me dejé caer en el sofá y arrastré a Cecilia hasta mis brazos. No sé cuánto tiempo permanecimos en éxtasis ni cuántas veces mis manos audaces exploraron sus tímidos senos, «más de ninfa que de monja», que decía su santidad Cosme III. Pero, de repente, se apartó de mis manos y murmuró con malicia:

–Observa esas flores. Cada una tiene en el centro un pequeño agujero. Desde el otro lado lo verás mejor.

Palpé mil veces los espaldares de seda del diván observando los diminutos agujeros de su bordado. Por una puerta, oculta en el muro, pasamos a la habitación contigua, que era un auténtico observatorio indiscreto, concebido por un delicado espíritu amante de la contemplación... ¡Aquel santuario del erotismo era el célebre casino de Giacomo Casanova! ¡En aquella habitación había acariciado los globos de su Venus, bajo la indiscreta mirada del abate Bernis, embajador de Francia! ¡En aquel templo sáfico se escondía para contemplar los tiernos juegos de amor de las dos novicias que compartían su lecho!

Por un raro azar, el apartamento se había mantenido indemne durante dos siglos, convertido en almacén de una vidriería de Murano. Cecilia lo descubrió gracias a su curiosidad y a su paciencia, y lo decoró de nuevo tal como había estado en sus años de esplendor.

La infancia de Casanova

La vida del hombre se prolonga más allá de la muerte. Y aquel apartamento que había sobrevivido a todas las guerras y a todas las ruinas era casi un testimonio de fe: un milagro más entre tantos azares mágicos que envuelven la memoria de Casanova.

Hasta los ocho años parece un niño imbécil, incapaz de aprender las primeras letras; pero, de repente, sufre una crisis hemorrágica y despierta su inteligencia. En poco tiempo se convierte en uno de los hombres más dotados de su siglo. Habla griego, latín, francés, inglés, español, además de su lengua materna, el italiano. Estudia Física Experimental en Santa María della Salute y, antes de morir, escribe un Tratado de Geometría. Aprende a tocar el violín y se gana la vida como concertista. Domina las artes mágicas, la esgrima, el baile, la equitación, los juegos... Es el primero en reconocer los méritos de Giorgio Baffo, poeta maldito que llama «incauta» a la naturaleza por reunir tantos agujeros en el mismo sitio, dotando al hombre de un instrumento torpe y ciego que no es precisamente un «lanternin». Y se sabe de memoria los versos licenciosos de este «genio sublime, poeta en el más lúbrico de los géneros, pero grande y único».

Pasarán muchos años hasta que Guillaume Apollinaire escriba una

lápida en Campo San Maurizio, para recordarle a la gente que aquí vivió desde 1694 hasta 1768 este «Poeta dell´amore che ha cantato con la massima libertà e con grandiosità di linguaggio».

Casanova es amigo de todos los bribones y sinvergüenzas que ruedan por las cortes europeas, como aquel truhán que se hace llamar conde Aflissio (alias don Beppe il Cadetto) y que acabará estafando a la pobre familia Mozart. En la corte de Rusia reforma el calendario y se hace famoso como astrónomo. En España acomete proyectos de colonización. En Bolonia escribe un tratado de Medicina, traduce la Ilíada en octava rima y redacta una crónica sobre la historia polaca. Es un genio instintivo, un improvisador nato, un hombre dotado para la creación. Se enamora, juega, viaja, compra, vende, empeña las joyas (o la palabra, cuando ya no le queda nada), crea empresas y negocios... y aún tiene tiempo para escribir sus memorias, componer una ópera –Odiseo y Circe– y lanzar un libelo político contra el sádico Robespierre.

Aún después de muerto, Casanova es un personaje desconcertante; sus huellas se borran y reaparecen, misteriosamente, como si poseyera la extraña química del fósforo. Cuando muere, deja sus memorias sin publicar. El mundo está en plena revolución, y faltan pocos meses para que un aventurero genial –Napoléon Bonaparte– dé el golpe de Estado del 18 Brumario. Nadie tiene tiempo, ni ganas, de recordar a este pequeño aventurero del amor que fue Giacomo Casanova. Sus amigos han muerto en las guillotinas de la Barrière du Trône o sortean ya los últimos achaques de la vejez. Durante veinte años, sus Memorias andan rodando de mano en mano hasta que, de repente, un tal Carlo Angiolini –sobrino nieto de Casanova– se presenta en casa del editor Brockhaus de Leipzig. La casa editora encarga, sin pensarlo dos veces, la traducción de la obra. Y Casanova resucita así, misteriosamente, medio siglo después de su muerte. No es aquel Casanova procaz y descarado que había rodado por todas las cortes europeas, desde Sicilia hasta Rusia. Los traductores se han permitido introducir algunas correcciones en el texto para no escandalizar a nadie. Han hecho, realmente, una deliciosa labor de censura: un poco de maquillaje aquí, un ligero recorte a un pecho que hubiera podido hacer sombra a una Venus del Vaticano... El mismo Casanova se habría extasiado con las artes eróticas de la censura. ¡Él, que gastaba una fortuna vistiendo a sus amantes para darse luego el placer de desnudarlas!

La edición Brockhaus alcanza un gran éxito. Aparecen, de forma peregrina, nuevos escritos. Los especialistas reclaman el original que guarda la casa Brockhaus para contrastar los nuevos hallazgos. Pero el fantasma sigue haciendo sus travesuras. Los editores han encerrado en una caja fuerte el manuscrito y no lo enseñan a nadie. Durante ciento cuarenta años los papeles permanecen guardados. ¡Curioso destino para la obra de un hombre que pasó tanto tiempo en la cárcel! Pese a las protestas de escritores y eruditos de todo el mundo, la casa Brockhaus no parece dispuesta a liberar a su prisionero. ¿Habrá perdido el fantasma de Casanova aquella fuerza de ánimo que tuvo en vida, cuando consiguió escapar de las siniestras prisiones de la República de Venecia? El 23 de febrero de 1960 se deshace el misterio. Los editores de Leipzig presentan públicamente el manuscrito. Giacomo Casanova resucita una vez más, un siglo y medio después de su muerte.

La historia de sus Memorias es, como su vida, una novela de aventuras. Estaban en un sótano durante la guerra, cuando la casa Brockhaus ardió en 1943. Se salvaron por un azar inexplicable. En medio de los bombardeos, un ordenanza las transportó en bicicleta hasta el único banco de la ciudad que resistía en pie. Allí fueron rescatadas en 1945 por un camión del ejército americano que las condujo hasta Wiesbaden, en un éxodo a través de las ruinas y las trincheras.

«El solo pensamiento de atarme a algo me fue siempre repulsivo, como algo contrario a la naturaleza», escribió en sus Memorias. Un siglo y medio después de su muerte podría bromear aún acerca de sa folie vagabonde.

El siglo de los aventureros

Giacomo Casanova nace en Venecia el 2 de abril de 1725. Su signo astrológico es el Carnero. Y como buen ejemplar de esta raza celeste es un tipo impulsivo, fogoso y primaveral, dotado de una poderosa testa y una verga de confianza. «Quien no ama la vida –escribe ya en su vejez– no es digno de ella». Dos veces sufre de sífilis, se envenena,

va a la cárcel, se arruina, recibe un montón de estocadas..., pero siente su copa colmada por la fiel y puntual y fecunda savia de la primavera. Es el antípoda de todos los intelectuales románticos; se ríe del complejo de Edipo, del idealismo de Fichte, de la guillotina de Robespierre y de la angustia de Rousseau. Cuando tiene a una mujer en sus brazos, se siente unido a la vida por lazos de alegría y amor.

Casanova es un aventurero. Confía en su suerte y sigue su instinto. «Mi mayor tesoro –dice– es no temer la desgracia y ser dueño de mí mismo». Es un aristócrata por temperamento, a diferencia de todos los truhanes advenedizos que lo rodean. ¿Cómo compararlo con el charlatán de Cagliostro o con el misterioso conde de Saint Germain, que vive obsesionado por el oro? En sus memorias se nos presenta como vástago de una noble familia aragonesa que perdió en el exilio su fortuna. Sus biógrafos se ensañan con esta bella fábula heráldica. ¿No es éste –dicen– el hijo de aquella comedianta que llamaban La Buranella? Probablemente no sea el descendiente de don Jacobo Casanova, secretario de Alfonso de Aragón, pero su historia familiar tampoco es tan desastrosa como pretenden sus enemigos. Sus hermanos Francisco José y Juan Bautista fueron pintores de prestigio cuyos cuadros pueden encontrarse en los mejores museos. Su propia madre llegó a ser bailarina de número en el Teatro Real de Dresden. Si Casanova exageró sus títulos haciéndose llamar Caballero de Seingalt –un simple juego de letras–, esa postura forma parte de su maquillaje social, de su sentido estético. Otros se habrían hecho pasar por hijos de la miseria; lo cual, sobre ser igualmente falso, es menos bonito.

Casanova vive como parásito. Le chupa tan profundamente el dinero y la sangre a la aristocracia que acaba teniendo sangre azul. Todos los hombres de espíritu de su generación viven al amparo de las cortes ilustradas de su tiempo. Goethe y Schiller van a parar a manos del señor de Weimar, que coleccionaba a los genios como si fueran porcelanas chinas. Händel y Glück ruedan de palacio en palacio. Y el pequeño Mozart se exhibe con su hermana como un prodigio de la naturaleza. Era, en el fondo, una generación privilegiada que aún divertía a los príncipes. Pocos años después, la Revolución francesa sustituiría a los reyes por los burgueses, poniendo así al artista en manos de las ideologías políticas o de los bancos hipotecarios.

Jugadores, magos, alquimistas, curanderos, todo el gotha de la truhanería rueda por las cortes y principados europeos del siglo XVIII.

El famoso conde de Cagliostro, inventor del elixir de la eterna juventud y fundador de la masonería egipcia, gobierna la iglesia de Rohan. El oportunista Teodoro, barón de Neuhof, se convierte en rey de Córcega. El escocés John Law, genio de la inflación, revienta la hacienda francesa durante el reinado de Luis XV. Un portugués, que se hace llamar conde de Saint Germain y asegura haber conocido a Cristo, se convierte en favorito del rey de Francia. Y el infortunado Federico, barón de Trenck, enamora a la princesa Amelia de Prusia y conoce todas las cárceles de Alemania antes de acabar guillotinado en París. Estos ingeniosos buscavidas se apoderan de Europa en poco más de cincuenta años. Pero son pequeños aficionados, simples comparsas, cuando se comparan con el mayor aventurero del siglo: un joven corso llamado Napoleón Bonaparte que comienza su carrera en las arcadas del Palais Royal, con las pindongas de París. Ese petimetre genial llegará a coronarse emperador y pondrá fin a la romántica raza de los aventureros.

Muchos de estos aventureros proceden de los conventos; son auténticos iniciados en el estudio de las almas; conocen los secretos del confesionario y todos los trucos de la prestidigitación. Ya lo ha dicho, en su estilo desgarrado y licencioso, el magistrado Giorgio Baffo:

Cossa voleu che diga, caro fio,

de niovo de sti frati buzzaroni?

Se non ve zollerè ben i bragoni,

spesso ghe n'avrè qualcun da drio.[1]

También Casanova recibe las órdenes menores. A los dieciséis años pronuncia su primer sermón en la Iglesia del Santo Sacramento y, cuando el sacristán hace balance de la colecta encuentra, entre las limosnas, cincuenta cequíes y un montón de billetes amorosos.

Casanova es también un actor. Cree, como Goethe, que cualquier actividad humana es puramente simbólica. Hoy se viste de cura,

mañana de militar, otro día de senador... Sus disfraces –si puede llamarse así a un atuendo llevado con tanta soltura– son símbolos de su múltiple personalidad.

Un decorado perfecto

La Venecia del siglo XVIII era un salón de fiestas. Las casas de juego funcionaban día y noche para que la gente viviera continuamente en la ruleta del azar. Un cargo diplomático en Venecia era una sinecura en «la República del Amor». En 1739 llega a la ciudad un nuncio pontificio, y tres conventos se disputan el honor de proporcionarle compañía para el lecho.

Se necesitaba mucho ingenio y no poca astucia para sobrevivir en esa madeja de intrigas, bajo la implacable vigilancia de los inquisidores del Estado. Pero Venecia es la ciudad ideal para esta existencia clandestina. En el laberinto de sus canales se borran todas las huellas; junto a cualquier muro se abre una puerta disimulada, un pasadizo secreto, una galería misteriosa.

Un bribón como Casanova no podía imaginar mejor escenario para sus andanzas. Cada tarde se reúne con sus amigos en la taberna de Filippo, situada en la concurrida calle de la Merceria, y emboba a la concurrencia con sus teorías. Satiriza generalmente las comedias del abate Chiari, un oportunista que ha hecho carrera en el teatro arrimándose a la Inquisición. Explica a las mujeres su famosa historia del Ángel de la Luz que se descuelga por los techos de las casas o aparece en los armarios cuando los maridos están de viaje... Recita los sonetos eróticos de Pietro Aretino y se embolsa los ahorros de un incauto en una partida de faraón... Pero veamos cómo lo describe un delator de los inquisidores:

Habiéndome sido dada la orden de informar sobre Giacomo Casanova, hago notar... que sus relaciones, tanto en Venecia como en otras ciudades que corrió, fueron principalmente con individuos de costumbres libertinas... Después de colgar el hábito sacerdotal, el

susodicho Casanova tocaba el violín... y luego, haciendo profesión de hombre de letras, ha viajado por varios países y, gracias a sus intrigas, se introdujo en la casa de nobles patricios y otros personajes; pero se ignora la religión que profesa... Hace creer a la gente que la muerte no existe y que el mismo san Bernardo nos transporta dulcemente a la Vía Láctea donde residen los elegidos... Embruja a la gente con las condenables imposturas de los Rosacruces y los Ángeles de la Luz... Profesa las máximas de Picure (el docto chivato debe referirse a Epicuro) y arrastra a la gente a toda clase de placeres y a un libertinaje total... Aparenta conocer la fórmula de la piedra filosofal... Ha escrito una obra donde dice que es necesario acostarse con las mujeres ya que, gracias al adulterio de David nació Salomón...

Los ojos y los oídos de los espías de la Inquisición estaban en todas partes. Miraban por las bocallaves de las cerraduras, por las rendijas de las puertas, por los pliegues de las cortinas. La tenacidad de estos voyeurs de las buenas costumbres era inaudita. Se dice que algunos llevaban un diamante en el párpado inferior para arrojar luz sobre las habitaciones oscuras. Otros miraban con un temible aparato: el «hilo de plata untado con bilis de águila». Para escuchar las conversaciones utilizaban el hueso de melocotón que, como la caracola del mar, guarda el eco de las palabras, especialmente si son blasfemas o eróticas. Cualquier argumento era bueno para encerrar a un ciudadano. Y los informes delatores estaban a la orden del día.

La vida veneciana siempre ha estado llena de prodigios. Maddalena, mi vieja criada, sabía muchas historias mágicas. Se empeñaba siempre en que, antes de salir de casa por la noche, tomase un poco de erba felice: una infusión que ella sabía preparar, con una receta que le había enseñado su madre, y que a mí me dejaba insomne, pero muy satisfecho. Le gustaba que yo le explicase mis andanzas nocturnas tras las huellas de Byron y de Casanova. Pero tenía sus manías: tiraba a la basura los cuchillos cuando le parecían «asesinos» (no sé cómo distinguía esta cualidad) y se negaba a cocinar en la noche de Difuntos, porque decía que los muertos salían en procesión y venían a prender sus velas en los fogones encendidos.

Una verdad que parece mentira

«Un hombre debe decir siempre la verdad –escribe Casanova–, especialmente cuando es joven. Porque la verdad tiene un gran poder de atracción sobre las personas».

Se ha discutido mucho si Casanova dice siempre la verdad en sus Memorias. Al menos está claro que es un hombre sin conciencia, sin remordimientos, sin psicoanálisis. Sólo cree en su instinto y en su experiencia. Todos los que han intentado buscar una interpretación trascendente a su biografía, juzgándola a la tormentosa luz del análisis freudiano, han naufragado en el despropósito; porque Casanova es un extravertido, un hombre que libera sus impulsos –mejores o peores– en la vida. «Me tendría por culpable –escribe– si hoy me encontrara rico. Pero nada tengo; lo he gastado todo, y eso me consuela y me justifica». Hasta tal punto es generoso que, antes de morir, lega a la humanidad su único tesoro: los recuerdos y las Memorias de su vida. Ésa es su auténtica y única obra de arte: una verdad que parece mentira.

Casanova juega siempre en favor de la vida. «Ante todo –dice Stefan Zweig– es la negación de lo demoníaco; es un niño que alarga la mano hacia el juguete». Su biografía está llena de golpes de suerte...

Un día de Carnaval encuentra al viejo senador Malipiero que, aburrido y melancólico, le confiesa que ya no invita a nadie porque sólo tiene dos dientes y tarda mucho tiempo en comer. Casanova sabe responder con ingenio a esta delicadeza del patricio:

–Invite usted a comer a alguien que tenga apetito por dos.

Desde aquel momento, se sienta cada día a la mesa con el senador Malipiero. Gasta los dineros de su mecenas en una vida regalada, rodeado de hermosas mujeres: la famosa cortesana Giulietta, la joven Lucia, las hermanas Nanette y Marton, que juegan a acostarse desnudas con él...

El senador Malipiero es como un padre para el joven Casanova: le proporciona dinero, diversiones, consejos extraídos de la filosofía de Séneca... Se lo permite todo, menos aproximarse a la joven Teresa

Imer, una niña con senos prometedores a la que protege.

Un día, el senador sorprende a Casanova en una experiencia ingenua: Teresa y él están desnudos, frente a frente, comparando las diferencias anatómicas de sus cuerpos. Casanova pretende argumentar que es el juego de los ángeles del Paraíso, pero el senador no está para monsergas teológicas y expulsa a Casanova de su Edén.

Ha llevado su juego demasiado lejos y, en un sólo día, lo pierde todo a cambio de la libertad de poder elegir. Para sobrevivir tiene que vender los muebles de su casa y la modesta herencia de su padre. Las cosas no le van bien, y experimenta, por primera vez en su vida, las incomodidades de una prisión. Sus tutores, para salvar los últimos restos de su mobiliario, lo encierran en el Fuerte de San Andrés, una cárcel militar situada en la laguna, a orillas del Adriático. Un filósofo habría escrito páginas muy amargas sobre su destino: ¡jugárselo todo por la libertad para acabar en una mazmorra! Pero Casanova no es un romántico. Rumia su venganza, mientras intenta poner en práctica los consejos que le diera el senador Malipiero: «Aprovecha para aprender todos los lances de la vida».

Recomendado a un monje franciscano, Bernardo de Bernardis, que acaba de ser nombrado obispo de Martirano, Casanova se embarca hacia Calabria. Pero en la primera escala se juega el dinero en un garito y se queda sin blanca. «Siempre he creído en la providencia», declara en sus Memorias. Casanova tiene entonces dieciocho años, muchos sueños en la cabeza y una deliciosa flexibilidad de espíritu.

En el camino, conoce a un fraile recoleto que se dirige a Roma sin más bagaje que la caridad. El padre Stefano es un bribón vagabundo que conoce todas las triquiñuelas de la picaresca. Pero el inexperto y joven Casanova no puede pagarse escuelas más idealistas.

–Sé escribir mi nombre con las dos manos –le dice el monje–. ¿Para qué quiero saber nada más?

Y para rematar su tesis acude, como siempre, a la más burda mentira.

–San Francisco no sabía leer, y por eso no decía misa.

Con aquel ángel de la guarda a su lado, Casanova se encamina hacia Roma. Improvisando diferentes trucos, consigue hospitalidad y

comida. Cuando llaman a las puertas de la Compañía de Jesús, comienzan a despotricar contra los capuchinos, esos ateos. Y, si piden asilo en un convento de frailes capuchinos, comparan a Ignacio de Loyola con el Anticristo. Hasta los esbirros de la Inquisición acogen hospitalariamente a estos dos santos varones.

Al llegar a Roma, Casanova es ya todo un licenciado en la escuela de la picardía. Pero allí le espera una desagradable sorpresa: su obispo, cansado de esperar, se ha marchado a Calabria. No tiene más remedio que seguir adelante. Pero, ahora, solo y sin compañía, sin más ayuda que su propio ingenio. En cinco días alcanza Nápoles, donde conoce a un griego que se dedica al comercio de drogas químicas. «Hablando con él –confiesa más tarde–, recordé que el mercurio amalgamado con bismuto y plomo aumenta en una cuarta parte su volumen. No dije nada; pero pensé que, si el griego no conocía este misterio, podía hacer un buen negocio». Con este sencillo truco de alquimista, Casanova se gana cincuenta onzas. «La extorsión es un vicio, pero la astucia honesta es una forma de la prudencia espiritual». No es un pícaro como aquellos sinvergüenzas de la literatura hispánica que maltratan a los ciegos o a los pobres. Al contrario Casanova siente una aversión invencible por la presuntuosa y mala ralea de los necios astutos, a los que distingue de los tontos ingenuos que merecen ternura.

Con las gracias de la providencia y las ganancias de su ingenio, se presenta finalmente en casa del obispo como un gran señor: tabaquera de plata, bastón con pomo de oro, y en carroza. En sólo unos días ha dado la vuelta a su fortuna.

El obispo de Martirano, que debe su cargo, por partes iguales, a la gracia de Dios y a las recomendaciones de la madre de Casanova, es un joven hospitalario y simpático. Pero el Reino de la Mitra es una decepción. Casanova advierte enseguida que su espíritu no podría sobrevivir en aquel palacio episcopal que se derrumba de viejo; entre aquellas gentes degradadas por la más absoluta miseria y esos burgueses que asisten, como cómplices callados, a un espectáculo digno de la prehistoria. «Allí no existía –confiesa con amargura– ni ese mínimo lujo superfluo que necesita el espíritu para refinarse».

Casanova –ya lo hemos dicho– no es un tipo demoníaco; tiene el instinto fresco, como un corzo, y olfatea el peligro a tiempo para

iniciar su carrera. Tres días le bastan para volver grupas y regresar a Nápoles. Y, poco tiempo después, lo encontramos en Roma, convertido ya en secretario del cardenal Acquaviva. «Heme aquí, pues, en Roma, bien trajeado, pasablemente equipado, cubierto de joyas, provisto de cierta experiencia, con buenas cartas de recomendación, perfectamente libre y con una edad que permite confiar en la fortuna». La mejor sociedad romana se disputa la compañía de este joven optimista. Y hasta el mismo papa Benedicto XIV lo recibe en su palacio y le concede dispensa para todos los días de abstinencia. En la Ciudad Santa aprende francés y se acuesta con todas las señoras, que adoran sus maneras audaces, su sonrisa sincera, sus manos prestas. «El amor hace milagros», comenta, proclamando su fe. A una dama que siente pavor de las tempestades y los truenos, la cura para siempre con tres maravillosos sacrificios ofrecidos al dios de la tormenta.

Pero Casanova no ha nacido para el dolce far niente. En cuanto su vida entra en los carriles de la monotonía aparece el ángel de la guarda de los enredos para salvarlo. Su profesor de francés tiene una hija, Lucrecia, que está perdidamente enamorada de un joven galantuomo. El padre se opone a esta boda, y Casanova, cómplice del amor, organiza el rapto de la muchacha. La aventura acaba en un sonado escándalo que compromete al mismo cardenal Acquaviva. Su única salida honrosa es huir de Roma. ¿Hacia dónde? Da lo mismo: Constantinopla, por ejemplo. Allí vive una gran colonia veneciana y no se sentirá solo.

El 25 de febrero de 1744 lo encontramos en Ancona, a punto de embarcarse hacia Corfú y Constantinopla. Ha dejado definitivamente los hábitos y ahora es un apuesto joven con uniforme militar, dispuesto a servir a su patria. Pero en la primera etapa del camino le espera ya otra aventura.

En el albergue donde se aloja conoce a una troupe de comediantes. Entre ellos viaja un adolescente con senos de niña y una deliciosa voz de soprano.

–Tú eres una mujer –exclama Casanova al mirarlo a los ojos.

–Soy un castrato –replica el joven–. Mis padres me castraron para dedicarme al arte del canto. El reverendo padre confesor del obispo me ha reconocido, y puedo demostrar que lo soy.

–Mi instinto no puede engañarme –protesta Casanova–. Estoy seguro de que eres una mujer.

El instinto nunca engaña a Casanova. Su naturaleza funciona de manera muy clara: olfatea a distancia la presencia de la mujer.

–Me llamo Teresa –confiesa el supuesto joven, abandonándose en sus brazos–. Me gano la vida con esta comedia... Pero tú eres el único hombre que me ha descubierto.

–Volveré a buscarte cuando regrese de Constantinopla –le dice a Teresa en el momento de embarcar.

Pero no se encontrarán tan pronto. Los años de aventura de Casanova comienzan en este momento. De Corfú a Constantinopla; de aquí a Venecia, Roma, Parma, Ginebra, París, nuevamente Venecia, Múnich, Augsburgo, Lorena, París, Ámsterdam, Colonia, Stuttgart, Zúrich, Berna, Ferney, Aix, Florencia, Londres, Varsovia... Recorre toda Europa jugando siempre las cartas del azar y del amor. Huye de Constantinopla porque se entera de que alguien quiere casarlo. En Corfú se ve mezclado en una pelea y acaba en prisión. Escapa de la isla para regresar a Venecia, más pobre y desconocido que cuando salió de allí. Siempre igual: hasta que no toca fondo, no aparece el ángel de la suerte para salvarlo.

A los veintiún años intenta enriquecerse con el juego. Pero, finalmente, tiene que ganarse la vida tocando el violín en el Teatro de San Samuele. «Tuve que aceptar el vil oficio de concertista –escribe con su implacable cinismo–. Mis amigos se horrorizaron, pero el oficio no me duró mucho tiempo». Así es, efectivamente: de la noche a la mañana se convierte otra vez en un hombre rico.

Un día de Carnaval merodea por las calles en busca de la aventura. Es una noche clara, de cuarto creciente, y las góndolas bogan como guantes negros por los canales estrellados. Inconscientemente, le sigue los pasos a un desconocido que anda extraviado y vacilante, como si llevara un barril de malvasía en el cuerpo. Nunc est bibendum («hora es de beber»), piensa Casanova mientras repite mentalmente los versos de Horacio. Pero, de repente, el desconocido da un mal paso y cae fulminado al suelo. Casanova lo recoge y lo lleva a su casa. El médico receta unas cataplasmas, pero Casanova desconfía de este doctor

extraño que ejerce sus artes sin auxilio de la magia y de la cábala. Arranca los emplastos y pronuncia una misteriosa invocación a las estrellas. Y así pasan las horas silenciosas de la noche, hasta que las campanas anuncian el alba.

–Son las campanas de Santa María –balbucea el anciano abriendo los ojos.

La fortuna de Casanova se anuncia, a redoble de campana, como un milagro. El desconocido resulta ser el venerable senador Giovan Matteo Bragadin, uno de los patricios más nobles de Venecia. A uno de sus antepasados, Marco Antonio Bragadin, lo desollaron vivo los turcos durante el asedio de Chipre. Y la humillación fue recibida con tanta rabia por los cristianos que este suceso quizá motivó la batalla de Lepanto, «la más alta ocasión que vieron los siglos».

Giovanni Matteo Bragadin es el último descendiente de esta familia veneciana. Y Casanova tiene, desde aquel día, la vida resuelta: duerme en el espléndido palacio gótico de su protector, dispone de criados y góndola propia y disfruta además de una renta de diez cequíes mensuales. La dulce luna de su destino ha vuelto a entrar en su cuarto creciente.

Un hombre con buena nariz

Cecilia Roggendorff me condujo una noche al Palazzo Bragadin, siguiendo en nuestra barca las oscuras aguas del Rio de San Lio.

Al extinguirse la familia Bragadin, el palacio perteneció a los Carabba y, posteriormente, a los Papadopoli: una noble familia de Corfú que tuvo lujosas posesiones en toda la región véneta. En sus haciendas agrícolas elaboraban buenos vinos, como aquellos que amaba Casanova. Y todavía se sigue elaborando vino en una de estas casas, que fue adquirida por Juan Giol: un argentino que, en el siglo XIX, había creado en Mendoza la bodega más grande de América.

A veces, la joven Cecilia me resultaba inquietante, porque conocía muchas cosas ocultas, como si hubiese vivido en otros tiempos que

para mí estaban envueltos en el misterio. Tenía una habilidad especial para relacionar las vidas pasadas y conocía cada casa de Venecia, como si hubiese vivido antes en aquellos canales oscuros, en aquellos balcones ruinosos que se asomaban sobre patios húmedos, en aquellos ríos que llevaban siempre nombres de pensamientos tristes. Pero, igual que Maddalena me hablaba siempre en el bello dialecto véneto, que me resultaba tan parecido al catalán y al español, Cecilia me enseñó los brindis más desvergonzados de Casanova, recitando los sonetos prohibidos de Baffo, delante de una copa de vino.

Muchas de las fantasías sexuales de Casanova surgen delante de una botella de vino, unas bellas copas y una mesa bien servida. Sus gustos naturales –propios de su infancia pobre– lo inclinan hacia los platos populares y fuertes: la olla podrida española, el bacalao de Terranova cortado en lonchas gruesas, las pastas a la arrabbiata, las anchoas y los antipasti en vinagre, los alcoholes fuertes. Pero, poco a poco, descubre en París una cocina más sofisticada –la primera cocina culta, que ensambla aromas y sabores sabiamente–, y la pone en práctica en sus aventuras amorosas

Siempre mantendrá esa fuerza y esa capacidad en la nariz, que son tan útiles para un buen amante. Lo mismo frecuenta las mesas financieras de Soubisse o Bernard, en las que se sirve el jamón frío cocido al Madeira o el rodaballo con salsa de bogavante, que se deleita en las tabernas del Sena, comiendo la caldereta y los pichones a la crapaudine; igual se anima con un champagne rosado de color ojo de perdiz, que se agarra al fogoso y ardiente pellejo de romanía. Disfruta con el aroma de rosa y naranja que desprenden sus amantes ricas, perfumadas como un guante de España; pero goza lo mismo con el suave olor de valeriana que rocía, como una grosella salvaje o un jazmín, el cuerpo tibio y excitado de las mujeres cuando se entregan al amor.

Practica un juego sensorial muy gratificante: comer las ostras intercambiando besos de boca en boca, alternando la textura crujiente de la carne con la suavidad sedosa de los labios, cortando el frío de la ostra helada con el temblor caliente del beso, enjugando la sal y el yodo con el perfume de flor y almendras que deja el vino blanco en la boca de una mujer.

La nariz de Casanova, bien esculpida en su anatomía, es quizás el

secreto de su inteligencia y de su sensibilidad. Sabe preparar personalmente el menú de sus citas de amor, eligiendo el perfume de las trufas, combinando los vinos tintos de borgoña (para acompañar el esturión) y los blancos de los mejores pagos bordeleses (para acompañar a las ostras), ya que es sensible a la elegancia de los vinos nacidos en suelos de gravas. Él mismo crea su raza de pollos blancos, manteniendo una pintoresca teoría que consiste en alimentarlos con arroz y criarlos en una habitación oscura. En París, alquila una casa al «rey de la mantequilla» –un título honorífico concedido por Luis XV– e invierte una fortuna en caballos nerviosos, en lacayos, en palafreneros... y en la bodega. Aprende a dar placer a todos los gustos, combinando la cocina inglesa –sólo para delicadas mujeres neuróticas– y la francesa, la española y la italiana. Para organizar sus noches de amor, se prepara con una taza de chocolate y seis huevos duros en ensalada. El chocolate tiene que ser, naturalmente, piamontés, y lo muele él mismo, dejándolo reposar para que concentre su aroma y se suavice. Por el contrario, el café lo prepara espresso, muy caliente y servido al momento.

Cuando yo vivía en Venecia, nunca conseguí entrar en el Palazzo Bragadin, pero a veces pasaba en mi barca por el río de San Lio para evocar tiempos pasados. Y me alegré mucho cuando me dijeron que el modista Pierre Cardin había comprado la vieja mansión, instalando en ella una firma de diseño en cristal. Porque Casanova no habría sido insensible a esos vasos, lámparas y copas que, con sus colores profundos, evocan el esplendor de las antiguas industrias del vidrio veneciano.

Tú olvidarás también

Se ha dicho que este gozador de la vida no conoció jamás el verdadero amor. Casanova es un gourmet de la vida: la siente en sus glándulas como un delicioso licor. Ama como un pagano, sin remordimientos, sin rencores, sin venganzas. Es incapaz de transformar su amor en odio, como hace don Juan. Pero no olvidemos que don Juan es, en el fondo, un hombre atormentado por la conciencia y que deja, tras de sus pasos, una legión de mujeres histéricas o desgraciadas. Casanova,

por el contrario, las deja siempre felices y satisfechas, dispuestas a renovar la alianza con sus maridos o sus amantes; les revela el placer que llevan dentro. «Los tres cuartos del placer han sido siempre, para mí, el hacer gozar a las mujeres». Casanova ensalza a la mujer. Don Juan, como buen sádico, la rebaja.

En Roma, conoce a Henriette, una muchacha que ha escapado de su casa porque no quiere que la encierren en el convento. Casanova no puede resistir los encantos de esta joven rubia, fresca y soñadora. Una mujer así puede ser la amante de un príncipe o de un cardenal. Pero Casanova lleva la púrpura en la sangre: en una noche de suerte salta la banca en una partida de faraón y la cubre de joyas. Juntos recorren Italia en una luna de éxtasis. «La tristeza –nos dice ya en su vejez– es una enfermedad que mata al amor». ¡Qué sabia filosofía si la comparamos con la inexperiencia de esos mancebos ojerosos y dolientes que ruedan, más tarde, por los caminos de la Europa romántica!

Pero la alegría es aire ligero que se va, como viene, seguramente por las ventanas abiertas. Y un día aparece en este escenario feliz un pariente de Henriette que la convence para que vuelva al hogar. La muchacha duda, se resiste; pero, al fin, cede al miedo.

La luna menguante se refleja sobre las aguas del lago Leman cuando Henriette sube al carruaje para regresar con su tutor. Casanova la observa en silencio mientras ella escribe, con su diamante, unas palabras en el cristal:

–Tú me olvidarás también.

Luego, los caballos arrancan veloces por las silenciosas calles de Ginebra. Tú me olvidarás, tu m'oublieras, tu m'oublieras aussi... Casanova no la olvidó jamás.

Pero la vida no espera a los indecisos. Casanova contempla, durante un segundo, la luna menguante, y sueña ya con su próximo destino. ¡París! ¿Hay un número más prometedor en la ruleta de todas las ciudades europeas?

En París conoce a una familia de comediantes que vive en los alrededores del Palais Royal; y allí, en el mejor observatorio de la ciudad, instala su cuartel general. Por los soportales del Palais pasea la

mejor sociedad de la ciudad, los oportunistas de la política y los ridículos de la moda... Por allí anda también un burgués americano, llamado Benjamin Franklin, que se muestra muy sorprendido porque «las francesas tienen los pezones muy pequeños». Y, como la observación es el principio de la ciencia, el joven Franklin se hará luego famoso como inventor del pararrayos.

Luis XV, que era un gran amante de la caza, tenía la costumbre de pasar cada año seis semanas en Fontainebleau, aunque sus vacaciones le costaban al país cinco millones de francos. Pero el monarca atendía generosamente a la diversión de su corte y se hacía acompañar por los mejores actores y actrices de la Ópera.

Casanova se introduce rápidamente en esos ambientes y se hace famoso por su elegancia y su ingenio. Es un hombre que atrae la simpatía; sabe presentarse en público y levantar la voz en el momento oportuno, cuando el auditorio está pendiente de sus gestos.

Una tarde, durante la representación de una ópera de Lully, tiene la osadía de soltar una carcajada.

–Cuando yo estuve en vuestro país –le comenta, con pérfida intención, el duque de Richelieu–, me reí también mucho con las payasadas de la ópera italiana.

–No lo dudo –responde Casanova–. Y estoy también seguro de que nadie tuvo la impertinencia de prohibírselo.

La corte está atenta a este duelo de esgrima. Casanova se da cuenta de que todos los palcos están pendientes de sus palabras; pero sabe disimular muy bien y permanece impasible, acariciando el pomo de su bastón.

Madame de Pompadour, la favorita del monarca, se interesa también por él.

–Me han dicho que usted es de por ahí abajo.

Casanova capta el fino desprecio que esconden estas palabras.

–¿Qué significa eso de «por ahí abajo»?

–De Venecia –contesta la Pompadour con maliciosa sonrisa.

–Venecia, señora, no está ahí abajo, sino en lo más alto.

En unos minutos, Casanova se ha ganado a toda la corte. Pero el duque de Richelieu no se da por vencido:

–¿Qué actriz os parece más hermosa?

Casanova señala una, al azar, y el duque hace un gesto de fastidio:

–¡Pero si tiene unas piernas horribles!

–No se ven, señor. Y, además, cuando examino los encantos de una mujer, lo primero que hago es apartar las piernas.

El esprit francés no tiene secretos para un hombre dotado de tan flexible y ágil ingenio. Pero Casanova no pierde tampoco su tiempo. Toma clases de lengua francesa con el famoso Crébillon, acude a las reuniones científicas del enciclopedista d'Alembert, frecuenta al viejo Fontenelle, traduce a Racine...; y, por si fuera poco, aún tiene oportunidad de practicar sus artes mágicas y curar una verruga a la duquesa de Chartres.

Pero, para triunfar, se necesita suerte; y Casanova no la tiene esta vez de su lado. Ha conseguido rodearse de un círculo de amigos. Pero eso es lo malo: los círculos. Siempre las mismas caras, las mismas fiestas, las mismas discusiones. Casanova odia la monotonía, porque sabe que el espíritu se debilita en la vida rutinaria. Busca una oportunidad para salir de París. Y el azar –su ángel protector– se la brinda. Un día recibe un desafío, y acepta el duelo. Desenvaina su espada y se lanza a fondo contra su rival.

La noticia de este lance se expande, en unas horas, por todo París. Casanova contrata un coche y escapa hacia Dresden. Sueña con regresar a Venecia. Pero en su cabeza rondan los malos presentimientos. Los caballos no quieren salir de París; hay que fustigarlos con violencia para que arranquen. El viento contrario sopla en los bosques. Todo el itinerario está lleno de malos presagios: una puerta que se cierra de golpe, un espejo que se quiebra, una rueda que chirría, unos cuervos que vuelan sobre una horca... Pero Casanova sueña aún con Venecia.

La prisión de los plomos

El 26 de julio de 1755, a primeras horas del alba, se forma cierto revuelo ante la puerta de Casanova. Los vecinos se asoman a las ventanas y observan, con el terror pintado en el semblante, cómo un grupo de esbirros fuerza la entrada y penetra en la casa.

La orden de arresto es muy concisa: «Se ordena a Missier que arreste a Giacomo Casanova, confisque todos sus libros y papeles y lo encierre en los Plomos». El Tribunal y los Plomos son las dos palabras más temidas en toda Venecia. Efectivamente, sus mejores amigos han hecho todo lo posible para salvarlo. Conocen los métodos de la Inquisición y las denuncias que se han formulado contra él: brujo, libertino, masón, filósofo, epicúreo... Pero Casanova no cree que todas esas acusaciones juntas sean delito para privar a un hombre de su libertad. Además, está ya cansado de huir.

–Fata viam inveniunt («el destino lo traza el camino») –dice, recordando a Virgilio.

Mientras se viste pausadamente –camisa de encajes, casaca de seda, abrigo de renard–, piensa en todos aquellos malos presagios que lo acosaron en el camino de París. Tres años han pasado desde que abandonara la capital francesa. Pero su vida, en todo este tiempo, no arroja un balance digno de recordarse: algunos amores clandestinos, varios enredos de comedia y un par de apuestas afortunadas en el casino.

Una góndola lo conduce, por los canales más angostos y solitarios, hasta la Riva Schiavoni. Vigilado por más de cuarenta esbirros, como un criminal, entra en el Palacio de Justicia para ser interrogado por el prudente Domenico Cavalli, secretario de la Inquisición.

–A éste, enciérralo –exclama el magistrado.

Y así, sin más juicio ni ceremonia, Casanova entra en las temibles prisiones del Estado, ignorando su delito y su condena.

–Aquí no entra nadie por un fin de semana –murmura el carcelero haciendo sonar alegremente su manojo de llaves.

Casanova no lo escucha. A través de las celosías que cubren el Puente de los Suspiros observa con melancolía este amanecer de julio. Un gondolero canta unos versos del Tasso y se aleja bogando por el Rio di Palazzo. Varios senadores, envueltos en sus togas, cruzan el Ponte della Paglia. Al fondo, a contraluz, se recorta la isla de San Giorgio.

Atraviesan pasadizos lóbregos, cerrados por grandes portones de hierro. Y, al fin, desembocan en una zahurda miserable, apenas iluminada por una claraboya.

–¿Es éste mi alojamiento? –pregunta Casanova.

El carcelero no responde. Saca del manojo una llave gigantesca y abre una puerta forrada de hierro, provista de un postigo redondo. «Con la cabeza inclinada, pues la celda no tenía más que cinco pies y medio de altura, recorrí esta triste morada».

El calor es inaguantable. El tejado de plomo arde bajo los rayos del sol. Casanova, extenuado, se apoya sobre la puerta y duerme, de pie, unos minutos. De repente, se despierta, sobresaltado, por un extraño griterío: son las ratas que corren enloquecidas por el desván y festejan así su llegada. Aterrorizado, cierra el postigo, aunque el calor sigue siendo abrasante. Tiene la boca seca, pero espera inútilmente que le den de beber. Aporrea la puerta, grita, insulta a todos los esbirros del infierno... Y, al fin, se deja caer en el suelo, dispuesto a morir. Las campanadas del reloj de San Marcos, que resuenan en la celda, lo despiertan a media noche. Extiende un brazo para desperezarse y encuentra... una mano fría. ¿Quién puede haber entrado en la habitación sin que él se diera cuenta? Sólo un muerto puede tener la carne tan quieta y tan helada. Pero Casanova quiere luchar contra el miedo. Vuelve a extender su brazo, y está a punto de soltar una carcajada. Es su propia mano la que está palpando. Su cuerpo, dormido, no se reconoce a sí mismo.

Se incorpora de un salto e intenta poner en orden su cabeza. Tiene miedo de volverse loco; sobre todo ahora que acaba de comprobar, por una experiencia cómica, lo fácil que es perder de vista la realidad. «Me di cuenta –escribe– de que estaba en un lugar en el que si lo falso

parecía verdad, la verdad debía parecer falsa».

Al fin amanece, y la puerta de la mazmorra se abre.

–¿Ha tenido tiempo de pensar lo que desea comer? –pregunta el carcelero al penetrar en la celda.

Luego, ofrece papel y lápiz a Casanova, para que haga una lista de todas las cosas que necesita: una cama, una silla, una mesa...

–Los libros y los objetos peligrosos están prohibidos. Pero el Tribunal ya se ocupará de proporcionarle las lecturas más recomendables.

Casanova vuelve a examinar su situación; no intentan matarlo, sino mantenerlo enjaulado, como si fuera un animal peligroso. ¿Durante cuánto tiempo? Quizá para siempre. El Tribunal, en prueba de amistosa clemencia, le asigna un sueldo diario para que pueda mejorar su comida.

–Periódicamente –añade el carcelero– le daré cuentas de sus ahorros.

–No hace falta –le interrumpe Casanova–. Puede guardarlos para que digan unas misas en mi parroquia.

Cuando el carcelero desaparece, Casanova vuelve a quedar en su terrible soledad. Las pulgas lo devoran hasta el punto de causarle espasmos dolorosos y convulsiones en todo el cuerpo. El calor es tan asfixiante que su propio sudor forma ya un charco en el suelo.

Las primeras semanas transcurren así, como en una horrible pesadilla. Sólo Lorenzo, el carcelero, entra en la celda cada mañana con la comida. Durante unos minutos, Casanova puede intercambiar unas palabras con este pobre diablo que se gana un sobresueldo manejando el garrote vil.

En la penumbra de la mazmorra, lee algunos libros que el Tribunal ha dejado llegar a sus manos; entre ellos, La ciudad mística de sor María de Ágreda, una obra demencial escrita por una monja española. Es un cuento extravagante que narra la vida de Nuestra Señora, desde el vientre de su madre hasta su purísima adolescencia, cuando los ángeles, al mando del príncipe Miguel, venían a barrerle la casa. Con ese melancólico alimento espiritual, Casanova enferma: sufre un

doloroso ataque de hemorroides que exige la urgente intervención de un médico.

–Hay que combatir la tristeza –dice el doctor, después de auscultarlo.

–¿Y qué puedo hacer? –se lamenta Casanova–. El Tribunal sólo me deja leer libros tan malsanos como esta horrible Ciudad mística.

El médico hojea el libro y frunce el ceño.

–Esa droga puede ser, perfectamente, la causa de la fiebre y de las hemorroides.

El Tribunal concede, por último, un permiso para que el prisionero pueda ejercitar su espíritu en otras lecturas menos sublimes. Una extraña providencia pone en sus manos un libro escrito en una prisión: La consolación de la filosofía. Su autor, Boecio, murió en el año 524, martirizado por el rey Teodorico.

Casanova toma con devoción el libro y lee sus primeras páginas: «No es ahora tiempo de lamentos, sino de poner remedio». A medida que avanza en la lectura, siente cómo el temple vuelve a su cuerpo: come con más apetito, ordena sus ideas, revive su esperanza. «A comienzos de noviembre –relata en las Memorias– concebí el serio proyecto de salir por la fuerza de este lugar donde se me retenía por la violencia».

Con una barra de hierro y un trozo de mármol, que ha robado en un descuido del carcelero, se fabrica una especie de cincel. Trabaja con una paciencia de hombre paleolítico, afilando su instrumento, hasta que las manos le sangran.

Pero está decidido a fabricar la herramienta y a agujerear con ella el suelo de la celda. «Estaba seguro –escribe– de que mi celda daba directamente sobre la habitación donde me había recibido el prudente Cavalli; sabía que esta habitación se abría cada mañana y no dudaba que, una vez abierto el agujero, podía descender fácilmente con ayuda de las sábanas, transformadas en cuerdas».

Una a una, va horadando las planchas del suelo hasta que sólo unos milímetros lo separan del piso inferior. Ahora sólo falta esperar el momento más propicio: la noche del 27 al 28 de agosto, víspera de san Agustín, cuando el Gran Consejo se encuentre reunido y nadie

pueda descubrirlo.

Casanova siente ya próximo el instante de su fuga. Para alejar todo tipo de sospechas pide que le traigan a un confesor, y aguanta estoicamente un discurso metafísico digno de sor María de Ágreda. Casanova escucha sin parpadear al jesuita, recordando sus años infantiles, cuando él mismo formaba parte de la legión de los niños de Ignacio. Y, de repente, oye una revelación que lo deja helado:

–Ya que aprendiste con nosotros la religión –dice el jesuita–, practícala siempre como nosotros, reza como nosotros, y acuérdate de que no saldrás de estas prisiones hasta el día en que se celebra la festividad de tu santo.

Cuando el misionero sale de la celda, Casanova repasa mentalmente el calendario. El día de su santo ha pasado ya sin que nadie viniese a liberarlo. Piensa también en san Marcos, patrono de Venecia... El día 25, cuando ya está todo preparado para su fuga, se produce un terrible imprevisto: el Tribunal, decidido a mostrar clemencia, traslada al prisionero Giacomo Casanova a una celda nueva. No había otra solución que obedecer. «Habría querido –escribe– llevarme mi precioso agujero, objeto de tantas penas y esperanzas perdidas. Puedo asegurar que, al salir de ese horrible antro de dolor, dejé en él mi alma entera».

Su nuevo aposento es un palacio, si se compara con la sórdida mazmorra donde ha vivido en los últimos meses. Es una celda luminosa y aireada que recibe, durante el verano, la suave brisa de la laguna. Pero estas ventajas no pueden borrar la desesperación y el terror del prisionero. Sabe que su vida depende ya de la providencia y, si los esbirros descubren el agujero, está perdido para siempre. Podrían mandarlo, incluso, a los Pozos, esas lóbregas mazmorras construidas en los sótanos del Palacio de los Dogos: allí donde no entra jamás la luz del día y donde las aguas se filtran por las paredes; allí donde los desgraciados mueren de frío, encaramados sobre sus catres de madera, mientras el acqua alta empapa sus huesos.

Al fin aparece Lorenzo, el carcelero, blasfemando como una bestia, y le pregunta quién le ha proporcionado las herramientas para intentar la fuga.

–En todo el tiempo que he permanecido aquí yo sólo he tratado con una persona –responde Casanova con increíble sangre fría–. Si me hacen declarar, aseguraré que usted fue quien me proporcionó todas las herramientas.

El pobre diablo, desarmado, no tiene más remedio que abandonar sus pesquisas. Él mismo se encarga de tapar el agujero y de sobornar a los esbirros para que no se vayan de la lengua.

Sin embargo, Casanova no ha abandonado sus proyectos de fuga. Está firmemente decidido a escaparse, pero ahora se le vigila más de cerca. Su única solución es buscar un cómplice.

Un día se entera de que muy cerca de su celda está encerrado un monje, el abate Balbi, que tiene una interesante colección de libros. Y Casanova, adivinando la posibilidad de comunicarse con alguien, solicita un permiso para intercambiar sus libros con los del monje. Los jueces que conceden la autorización no sospechan que Casanova –utilizando la uña como pluma y el jugo de unas moras como tinta– escribe mensajes en las páginas interiores. Comunica al monje todos sus proyectos de evasión; le explica cómo debe agujerear el techo de la celda y hacer un túnel de comunicación; y le aconseja que cubra todas las paredes de imágenes piadosas para que nadie pueda descubrir el agujero.

Pero la parte más comprometida del plan está todavía por realizar: ¿cómo hacer que su famoso cincel llegue a las manos del monje? Casanova lo esconde dentro de una Biblia, coloca encima una fuente humeante de macarrones y pone esta pirámide inestable en las manos de Lorenzo.

–Es un regalo de agradecimiento al bondadoso monje que me presta los libros.

El idiota de Lorenzo no sospecha nada. Corriendo, para no quemarse, lleva el obsequio hasta la celda del abate. En pocos días, el túnel está acabado.

Para la fuga elige esta vez la fecha del 31 de octubre, víspera de la fiesta de Todos los Santos, cuando el palacio debe estar desierto. Casanova recuerda los malos presagios de su última tentativa y abre al azar una página del Orlando furioso de Ariosto: Tra il fin d'ottobre e il

capo di novembre...

La lectura de estos versos lo hace temblar de emoción. Entre el fin de octubre y el comienzo de noviembre sólo hay un instante: la medianoche.

Cuando las campanas de San Marcos suenan de medianoche, Casanova y su cómplice levantan la última plancha del tejado y salen al aire libre. La luna está creciente, y una muchedumbre de trasnochadores pasea por la Piazza. Casanova respira hondo el aire fresco de la libertad; y, de repente, recuerda otra profecía:

–Tú no saldrás de aquí hasta el día en que se celebra la festividad del santo que te dio su nombre.

Es, efectivamente, la noche de Todos los Santos. La providencia está de su parte. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, escala el resbaladizo tejado del palacio y se arrastra, durante horas, por las planchas de plomo, buscando un lugar idóneo para descolgarse. Al fin, encuentra una claraboya que debe comunicar con los apartamentos de los dogos. Ayuda a descender a su compañero y, luego, se desliza él mismo, jugándose la vida. El edificio está desierto. Atraviesan los corredores, fuerzan las puertas, rompen las vidrieras, hasta llegar al primer piso. Allí esperan pacientemente la luz del amanecer. Casanova se viste con su ropa de calle y se asoma a una ventana para que la gente repare en él. Algunos madrugadores pasean ya por el patio del palacio y, al verlo, piensan que es un patricio que se ha quedado encerrado durante la noche.

Cuando el conserje abre la puerta, Casanova se quita el sombrero y da las gracias como un gran señor. El abate lo sigue con paso veloz. Y, sin mirar a nadie, aprovechando la confusión, atraviesan la Piazzetta y llegan al Molo, donde se embarcan en una góndola.

–¡A Mestre! –exclama Casanova, con gesto sereno.

Libertad, juego y azar

Una vida donde no aparecen el azar y la magia, la aventura y el milagro, corre siempre el riesgo de ser una existencia perdida. «Yo sé –dice Casanova– que muchas cosas no hubieran ocurrido jamás si alguien no las hubiera profetizado antes».

Desde Venecia, Casanova se dirige, por el camino más largo, a Treviso; se detiene en Múnich y Augsburgo, y llega a París el 5 de enero de 1757, en la noche de Reyes. Esta vez los caballos galopan alegres, las ruedas no chirrían, las puertas se abren, y todos los astros del cielo brillan sobre su cabeza.

En París encuentra a sus viejos amigos, dispuestos a ayudarlo. Se entera de que dos italianos, los hermanos Calzabigi, acaban de proponer al ministro de Finanzas un ingenioso negocio... Se trata de instalar en París una lotería similar a la que funciona ya en Italia con el nombre de Banco Lotto. Es una empresa de azar que seduce a Casanova.

Sin pensarlo más se presenta en la corte y, usando sus conocimientos matemáticos, demuestra las posibilidades económicas del negocio. Pero, como el juego y el amor son la misma cosa para este aventurero, propone al ministro una idea feliz: cada bola debe ir apadrinada por una joven honesta y hermosa, que recibirá una dote de doscientas libras si su número sale premiado. Es la alianza perfecta, capaz de convencer a cualquier político: unir la inmoralidad del juego a la virtud burguesa de la decencia.

En poco tiempo, Casanova se enriquece con la administración de la lotería. Abre varias oficinas en París y goza de una pensión de cuatro mil libras, que le sirve para mantener su tren de vida: lacayos, coches, caballos... Ama a la hermosa Manon Baletti y a la vieja marquesa de Urfé. Ése ha sido siempre el estilo de Casanova: no selecciona a sus amantes; da lo mismo que sean viejas que jóvenes, ricas que pobres, doncellas o prostitutas.

En Ámsterdam hace un fabuloso negocio con unas letras de cambio. Y allí se encuentra a una antigua conocida, aquella Teresa Imer que se hacía pasar por un muchacho castrado. Arruinada y abandonada por su marido, viaja con su hijo pequeño. Casanova la ayuda económicamente y vuelve a París con el niño, para ponerlo bajo la protección de la marquesa de Urfé.

–Es el conde de Aranda, hijo de una noble familia –dice Casanova al presentarlo en casa de la marquesa.

Desde aquel día, el pequeño vive en palacio y tiene de todo: caballo, palafrenero y criado.

Cuando el negocio de la lotería comienza a fallar, Casanova monta una fábrica de tejidos. La idea es genial: consiste en imprimir con tinta los estampados de los vestidos. Pero, para llevarla a cabo, recluta a quince obreras y las cubre materialmente de joyas. En el taller se ama, se bromea, se hace de todo menos trabajar. Y el negocio, lógicamente, se va a pique.

Otra vez comienza el éxodo vagabundo: Ámsterdam, Colonia, Stuttgart, Zúrich... En Berna conoce al famoso humanista suizo Albrecht von Haller. En Ferney visita a Voltaire, y se separan al cabo de dos días, sin poderse soportar mutuamente. En Roma se presenta al Papa y obtiene el nombramiento de Caballero de la Espuela de Oro. Es una condecoración de poco valor que los Papas conceden a todos los vagabundos que se ponen a su servicio. El joven Mozart también la posee: «Soy Caballero de la Espuela de Oro –cuenta el músico en una de sus cartas–; y cuando me case seré caballero del doble cuerno».

La estrella de Casanova vuelve a palidecer. Por el camino de Avignon escucha el chirrido de los ejes de su carroza. Al pasar frente a un castillo, el carruaje pierde una rueda. Se ve obligado a pedir ayuda.

–Mi señora, la condesa, tendrá el gran honor de hospedarlo –dice un mayordomo.

Casanova, olfateando la aventura, se hospeda en el castillo. Come solo, duerme en un buen lecho, pero nadie acude a saludarlo. Por la mañana, cuando está a punto de partir, le pasan una carta que dice: «Al hombre más honesto que he conocido en mi vida. Henriette». Es aquella Henriette que, años antes, había escrito en el cristal de su carroza: «Tú me olvidarás también».

En Londres se enamora de un demonio de diecisiete años, la hermosa Crébillon, que lo saluda con estas palabras:

–Os volveré completamente loco.

Y la joven cumple su promesa. Casanova cae en el enredo hasta el punto de que, por primera vez en su vida, pierde la fuerza de su espíritu: rueda por las casas de juego como un borracho del azar, firma cheques sin fondo, lo va perdiendo todo...

La bella Crébillon se muestra cada vez más ambiciosa e insaciable. «Con honda pena –escribe Casanova–, tuve que comprender esa relajación que va unida a los años. No poseía ya aquella confianza que dan la juventud y la conciencia del propio valer».

A los cuarenta años, nuevamente en la ruina, debe volver a empezar. Se traslada a la corte de Prusia y acepta el cargo de gobernador de la Escuela de Cadetes que le ofrece Federico II. Pero la vida de cuartel es peor que el obispado de Martirano. A los pocos días, se marcha a Polonia. Viaja por España y, a causa de un malentendido, visita las prisiones de Montjuïc en Barcelona. Va de fracaso en fracaso. Ya no puede viajar a pie ni rodar por los caminos. Los años le pesan. Y un día, cerca de Aix-en-Provence, cae enfermo de muerte. No se habría salvado sin la misteriosa colaboración de una enfermera espontánea que viene a cuidarlo. Y, cuando ya está fuera de peligro, encuentra una carta en su mesita de noche: «Los dos hemos envejecido. Me has visto y no me has reconocido... Si necesitas dinero, no olvides que mi bolsa está a tu disposición». ¡Otra vez Henriette!

Casanova regresa a Venecia. Sus antiguos delitos se han olvidado. Baja la cabeza y pide perdón a sus esbirros. Ya no tiene adónde ir: escribe libelos para el gobierno de la República y, con el nombre falso de Angelo Pratolini, se convierte en policía. Pero, al cabo de un tiempo, lo amenazan nuevamente con la cárcel, porque su trabajo es sospechoso: en varios meses no ha sido capaz de denunciar a nadie. «O yo no estoy hecho para Venecia –escribe–, o Venecia no está hecha para mí».

También yo creo que un buen proyecto de fuga en una prisión es mejor que una vida libre, pero sin sentido. No aprendí esta lección en Casanova, sino en Citadelle de Saint-Exupéry: «Si libero en un desierto a un hombre que no siente nada, ¿qué significa su libertad? Sólo se siente libre quien va a alguna parte. Liberar a un hombre sería enseñarle la sed y trazar un camino hacia un pozo».

Una porcelana rota

Empolvado y antiguo, como una pieza de porcelana, Casanova se refugia en Bohemia, bajo la protección del conde de Waldstein. Tiene sesenta años cumplidos y lo ha perdido todo, menos el espíritu: «Hay que despreciar la muerte –dice–, no la vida». Encerrado en la biblioteca del castillo de Dux escribe, una tras otra, las mejores páginas de su obra; trabaja trece horas diarias, con la fiebre creadora de un Balzac o de un Händel. Poco a poco, se va volviendo filósofo, como si la sabiduría fuese la última conquista de su amor. A esa altura de la vida lo comprende todo: sus errores y los errores de los demás. No se arrepiente de haber jugado con las ambiciones ajenas: «Mis protestas –dice– son un desahogo natural; no pueden ser fruto del odio ni de la cólera, porque no siento ninguna malevolencia en mi ánimo».

En esas horas sangrientas y agitadas de la Revolución francesa, la providencia lo ha puesto nuevamente a salvo, encerrándolo en la biblioteca del castillo de Dux. Mientras sus viejos amigos caen decapitados por la guillotina, Casanova tiene el privilegio de vivir entre recuerdos de amor, como un prolífico y antiguo patriarca. Sólo de tarde en tarde deja escapar una queja: protesta de la insolencia de los criados que le gastan bromas pesadas. Pero él se venga no aprendiendo jamás correctamente el idioma alemán y pronunciando de una manera cómica sus nombres.

Cuando pierde los dientes, Casanova pierde el secreto de su atractivo. Tiene setenta años, y le cuesta subir los escalones del palacio del conde de Waldstein, que lo ha empleado como bibliotecario.

«No había día en que no tuviese una discusión –escribe el príncipe de Ligne– por causa de su café, su leche o el plato de macarrones que no estaba en su punto».

En realidad, se sentía ya viejo, no digería los faisanes baratos que comía en las tabernas de Praga y se veía obligado a comer con el servicio, porque su amo ya no mostraba interés por la historia de sus aventuras.

Y, sin embargo, conservaba su nariz: menos aguda, pero más certera, fundamentada en romántica memoria de olores y en amargas penas de

vejez, quizás abierta ya sólo a los melancólicos perfumes del tiempo perdido y a la primavera exaltada de las muchachas en flor. Yo diría que, como todos los cínicos, como Diógenes y Epicuro, había comprendido al final de su vida que la filosofía es una cosa de apéndices: la nariz y el sexo.

Antes de morir aún tuvo fuerzas para pedir unos cangrejos de río: el mismo antojo que había tenido su madre cuando lo trajo al mundo...

https://www.facebook.com/SeaOfLetters

Grupo de Telegram

Grupo de WhatsApp

Y página de Facebook

Sea Of Letters

Un espejo dorado para La comedia humana

BALZAC, EN UNA SALA DE SUBASTAS

A Honoré de Balzac me lo encontré, por primera vez, en una sala de subastas de París. El subastador anunció el lote que se ponía a la venta: «Espejo de pared Imperio, con marco de madera tallada y dorada al oro fino, decorado en relieve con adornos de flores y abejas».

Le había puesto una señal en mi catálogo, porque me gustaba para decorar mi comedor. En cuanto lo vi pensé que era un espejo para La comedia humana. Pujé sobre el precio de salida cinco o seis veces, hasta que me di cuenta de que no podía seguir compitiendo con otros compradores. Un tipo gordo y despeinado, con aspecto de nuevo rico, estaba decidido a llevárselo. Debía de ser un millonario caprichoso, porque pagó una fortuna. Y luego me miró, vanidosamente, con unos ojos retadores que parecían los de un domador de leones.

Volví a acordarme de Balzac. Él amaba también las antigüedades, las cornucopias, las alfombras, los tapices, los bastones y los guantes de seda. Lo primero que hizo cuando se instaló miserablemente en París, buscando la gloria, fue comprarse un espejo dorado. «Ni papá ni mamá –escribió, preocupada, su hermana Laure– se han alegrado al saberlo». Yo sí, porque amo también los muebles de estilo, los objetos usados que tienen una vida antigua, los misteriosos fetiches de las vitrinas.

Para escribir La comedia humana hay que conocer bien las antigüedades, las subastas, los sombreros y los bastones, los guantes y los almacenes del viejo París.

Cuando la condesa Eveline Hanska, viuda de Balzac, murió en 1882, todos los muebles y recuerdos que guardaba en su palacio de París fueron embargados y subastados. Y aquella fantástica colección de porcelanas, marfiles, relojes, espejos, alfombras y fetiches que había comprado Honoré de Balzac, con el dinero que ganaba en su trabajo

despiadado, fue pasto de los especuladores que esperaban el momento. Me contaron que, en una almoneda vergonzante realizada en pocas horas, los muebles se remataron a su valor venal, como una última mofa de los chamarileros a los sueños de Balzac, que había redactado un catálogo fantástico de esas obras de arte, atribuyéndolas al Bronzino y a Holbein, soñando que un reloj había pertenecido a la reina María Estuardo o descubriendo en una mesa signos inequívocos de que había pertenecido a María de Médicis. Algunos de estos falsos valdrían hoy más que los auténticos, porque formaban parte de la imaginación de Balzac, como aquel espejo que yo no pude comprar.

A partir de esa fecha comprendí mejor a Balzac. Lo había leído antes, sin amarlo profundamente. Admiraba su facundia y su imaginación. Pero me costaba comprender su estilo, me martirizaba su erudición, me resultaban penosas sus descripciones prolijas y aburridos algunos de sus personajes burgueses. Muchas de sus novelas me parecían vetustas antigüedades, a las que él era tan aficionado. Y creo que, en realidad, era un espíritu demasiado grande para los sueños frívolos de mi juventud.

Cuando aprendí a amar los objets de vertu de las abuelas, comencé a comprender a Balzac. A partir de ese día disfruté de sus descripciones prolijas, soporté los excesos de su estilo glotón, amé su grandeza y sus debilidades. Y, a veces, cuando lo leía sentado en una mesa del Café de la Coupole, tenía que salir a la calle con unas ganas enloquecidas de gritar, de aplaudir, de amar la vida.

Persiguiendo a los fantasmas de la literatura he rondado mucho por los viejos pasajes y galerías de París, en una época en que vivían una decadencia romántica y bohemia. En estos pasadizos cubiertos que permitían cruzar, de parte a parte, el corazón del París de Balzac, sólo sobrevivían viejos comercios ruinosos: polvorientas librerías de lance donde se encontraban también daguerrotipos y postales antiguas; cafés silenciosos, donde sólo brillaba una copa de coñac en la solitaria barra de zinc; sucias claraboyas que dejaban filtrar una luz mágica sobre las vitrinas y los escaparates de madera; relojes parados en una hora que tenía ya más de un siglo...

Quizás era el hambre de la bohemia, pero entonces tenía yo muchas visiones místicas. Al mediodía me quedaba trabajando en la biblioteca para ahorrarme una comida. Y, al caer la tarde, en la niebla de

invierno, regresaba a mi casa en el barrio del Marais, atravesando estos pasajes solitarios. A veces, paseando por las galerías Vivienne y Colbert, me encontraba a Heine y a Colette, o al misterioso Lautréamont, que llevaba en las manos un ejemplar de Les Chants de Maldoror y que, al pasar por mi lado, murmuraba, confidencialmente, una noticia inquietante: que la ciudad estaba siendo invadida por una epidemia de peste asiática y que la gente sensata huía. Más adelante, en la Galerie Véro-Dodat, solía tropezarme con Baudelaire; en el Passage des Panoramas, con Zola o con Balzac. Apenas iluminadas por una luz mortecina, estas galerías misteriosas me recordaban los tiempos de la luz de gas.

Pero a Balzac lo encontraba más a menudo en las galerías del Palais-Royal. En Illusions perdues nos ha descrito estos rincones, con la imagen de las golondrinas del amor que lo frecuentaban. En realidad, eran conocidas como golondrinas o ruiseñores en otros pasajes de la ciudad, pero aquí las llamaban «castores». Peinadas con tocados caprichosos, algunas parecían caniches, pero sabían tomar posturas provocativas, enseñando sus pechos y sus piernas enfundadas en medias blancas que, de tarde en tarde, acariciaban y pellizcaban con un movimiento preciso de sus dedos, hasta dejarlas bien ajustadas a su piel de cera.

Balzac anduvo también por este rincón maravilloso donde se siente el latido del corazón de París. En las arcadas del Palais-Royal, el joven teniente Bonaparte conquistó sus primeras batallas en la caballería ligera del amor. Muchos soldados de la Grande Armée se dejaron el sueldo, ganado con sangre, en estos garitos de juego y en estos bazares del amor. En la calle Beaujolais habitaba una buena amiga de Balzac: la desgraciada Marceline Desbordes-Valmore, la escritora más poética y delicada de su tiempo. En el 177 de la Galerie de Valois estaba la tienda del cuchillero Badin, donde Charlotte Corday, la asesina de Marat –nadie recuerda ya que esta mujer era descendiente del gran dramaturgo Corneille–, compró el cuchillo que le serviría para matar al diputado. Y en el elegante peristilo del Palais-Royal había un cafetín sórdido con una orquesta de ciegos, desafinada como un coro de gatos, que tocaba hasta altas horas de la madrugada.

En las madrugadas de otoño, al regresar a casa, cruzábamos el Palais-Royal, confundiendo las estatuas con las nieblas de la luna bohemia y dejándonos acariciar por un aire ligero que daba escalofríos y que

traía el olor de verduras del vecino mercado de Les Halles.

Mamá Sallambier y mamá Berny

Siempre pensé que los juegos de magia y de azar son el más divertido entretenimiento de Dios. Por sólo dos años, Honoré de Balzac, nacido en 1799, se libró de la matanza de Waterloo.

Balzac descendía de una modesta familia occitana, cuyo verdadero nombre era Balssa. Su padre, Bernard-François, había sido cabo de intendencia; aunque, trabajando dura y honestamente, llegó a convertirse en administrador de un hospital de Tours. Honoré, con sus delirios de grandeza, le añadió un «de» al apellido paterno. Todos los Balzac eran un poco brutales, dotados de una fuerza salvaje. No le faltaba cultura, ni incluso curiosidad erudita, al viejo Balzac. Y Honoré divertía a sus amigos contando, con su estilo grandilocuente, cómo su padre había trinchado una perdiz con tanta fuerza que rajó el plato, cortó el mantel y dejó clavado el cuchillo en la mesa. Pero, al final de su vida, había comprado una casa en Villeparisis, un pueblo en la ribera del Loire, y se había retirado allí tranquilamente, convencido de que se convertiría en un viejo longevo y que heredaría todos los dineros que había depositado en una tontina: un juego muy de moda en la época, consistente en hacer entre varias personas un fondo común que iba repartiendo beneficios continuos, en la medida en que iban muriendo los participantes en la lista. Algunos dicen que, a los ochenta años, el viejo Bernard-François Balzac dejó embarazada a una joven del pueblo.

Por parte de la madre había precedentes más afortunados o, al menos, pulidos por el trato de la corte. Laura Sallambier, frustrada por un marido mucho mayor que ella, tosco y prosaico –su mujer lo comparaba con las pirámides de Egipto, y su suegra lo llamaba «perro gascón»–, no fue muy buena madre. Se sospecha que uno de los hermanos de Balzac era hijo de un aristocrático vecino de la familia: Jean de Margonne, propietario del castillo de Saché, casado con una mujer «intolerante y devota».

Un amigo me dijo que en esta comarca de Turena había todavía

descendientes de los Balzac. Y así llegué a Saché, en las riberas del Loire, para buscar el viejo castillo donde vivió el «protector» de los Balzac y donde el escritor se refugió en muchas ocasiones.

En estos paisajes de jardines y castillos vivió también Laura de Berny, la mujer que más lo amó. Había traído al mundo a nueve hijos de su marido –los varones siempre vestidos de negro y las señoritas, de blanco– y a una hija bellísima que le había dado un amante corso. Era ya incluso abuela. Pero no había perdido su ardiente secreto de mujer y estaba harta de su matrimonio; sobre todo, de aquel marido que quería dirigir la educación de sus hijos hasta dejarlos «fritos». Tenía cuarenta y cinco años cuando Balzac acababa de cumplir veintidós. Pero, por él, olvidó a su marido y a sus hijos, viviendo las más descabelladas aventuras y los enredos económicos que siempre acompañaron la vida del escritor. Como una madre consentidora, fue ella misma quien labró su propio infortunio, enseñándole a conquistar el amor protector de las mujeres. Y así encendió la fantasía de aquel loco, pobre, fantasioso y trabajador, que sólo soñaría desde entonces con condesas y castillos, con enormes plantaciones, marfiles orientales y elegantes bibliotecas de maderas exóticas.

Comenzaron escribiéndose cartas apasionadas. Balzac quería impresionarla con sus dotes de filósofo fantasioso y le explicaba que el pensamiento es la fuente de la vida y que incluso los árboles crecen porque tienen ideas, aunque sean extraordinariamente confusas. Esto es algo que debía haber leído en Leibniz, porque entonces devoraba todos los libros que caían en sus manos. Y hay que decir que no faltaban obras curiosas en la biblioteca que su padre había reunido en la casa familiar de Villeparisis. Pero Laura de Berny, que vivía en el mismo pueblo, tenía algo más interesante: los recuerdos de una mujer de mundo que había nacido en la corte de Versalles y había conocido a los personajes del Antiguo Régimen. Y por eso él se entusiasmaba cuando ella, evocando su memoria del pasado, le explicaba cómo la reina María Antonieta había sido su madrina. Le hacía mil preguntas sobre aquella corte, que tuvo un final tan trágico, y se interesaba por el destino novelesco del conde Hans Fersen, que, enamorado de la reina, la había intentado salvar, acometiendo una loca huida, hasta que los detuvieron en Varennes, a punto ya de pasar la frontera. El conde Fersen, descendiente de una poderosa familia aristocrática sueca, había llegado a la corte de Versalles cuando tenía dieciocho años. Y había conocido a la reina, que era también casi una niña, en

un baile de disfraces en la Ópera. Ella encontró enseguida guapo a este joven alto y elegante –«ágil de movimientos, con una piel de terciopelo y ojos de un azul indescriptible»–, más interesante que su marido, que siempre fue un muchacho triste y ausente. Se dice incluso que el futuro rey de Francia tardó varios años en consumar su matrimonio, porque su timidez rayaba en cierto grado de idiotismo.

La reina nunca fue amada en París. Había llegado siendo una niña y se aficionó enseguida a una vida frívola. Sólo sabía hablar de cintas, sombreros, tocados, y comentar con una ingenuidad casi estúpida las cosas que oía en los bailes de máscaras. Se vestía de pastorcita para jugar en su aldea de Versalles. Y, muy pronto, las malas lenguas comenzaron a atribuirle aventuras. Más de una vez las comadres de París se amotinaron para insultarla, acusándola de ser una fresca y de arruinar al pueblo. Y en esas algaradas nunca faltaban algunos alborotadores cobardes, travestidos de verduleras, que alentaban a las masas, sabiendo que los guardias no disparaban nunca contra las mujeres.

Para alejarse de las habladurías, Fersen marchó a América a combatir en la Guerra de Independencia, aunque nunca dejó de escribir a la reina. Este detalle agradaba especialmente a Balzac cuando Laura de Berny discutía con él si los verdaderos amores aumentan con la renuncia y la distancia.

A los veintiocho años, Fersen era más frívolo y seductor que inteligente. Había conocido a Voltaire, sin comprender ni una palabra de su pensamiento. Pero, como coronel de la Guardia Real sueca, se había ganado definitivamente el aprecio de los reyes y el amor de la reina. Desde la cárcel, la romántica María Antonieta había tenido todavía el valor de enviarle cartas cifradas o escritas en tinta secreta, pidiéndole que se pusiese a salvo sin volver a verla.

La imaginación novelesca de Balzac se encendía escuchando estas historias, sobre todo cuando Laura de Berny le explicaba que las cartas de Fersen llegaban a la prisión escondidas en cajas de chocolate –«la ch pronunciada por ella era como una caricia», escribe Balzac recordando sus conversaciones– o en el forro de los vestidos y los sombreros que recibía la reina. Y Laura sonreía cuando Balzac, con ardor juvenil, le juraba que él no se habría entregado jamás y se habría dejado matar defendiendo a su amante.

El joven Balzac acudía cada noche a la casa de la de Berny y la esperaba, a veces inútilmente, junto a la verja de su jardín. Durante meses sólo había conseguido un beso y muchas excusas. Pero allí, en un banco del parque, la tuvo finalmente en sus brazos, él siempre un poco alborotado y violento, ella dulce como las flores que perfumaban aquella noche de mayo de 1822. Desde aquel día, incluso cuando ella no estaba, él la esperaba en aquel banco que tenía perfume de rosas y luz de luna.

En las orillas del Loire se conservan algunos de los lugares donde Honoré de Balzac y Laura de Berny vivieron su amor romántico. Y también el castillo de La Bouleaunière, donde ella desapareció en 1836, ingratamente olvidada por su amante. Quizás, antes de morir, había pensado también que todos los amores acaban en Varennes, en una encrucijada del camino donde unos toman la dirección de las sombras y otros no se atreven o no pueden ya mantener sus promesas. Habían seguido escribiéndose y viéndose, pero él la amaba ya sólo en la memoria lejana de todas las noches de mayo, sin responder a sus últimas llamadas de pasión. Y cuando fui a buscar sus recuerdos me dijeron que hasta su tumba había desaparecido.

Su verdadera madre no fue con él tan tierna y lo trató siempre con dureza, como si aquel niño rebelde no fuese suyo, sino de un marido al que nunca había amado. «Nunca he tenido madre», escribirá Balzac. Es verdad que ella reservaba las caricias para su hijo más pequeño, Henry, fruto de sus amores con monsieur de Margonne. Y a Honoré le caían, más a menudo, las riñas y los golpes por vestir con desaliño o por sacar malas notas en el instituto. Incluso en su infancia había sido criado fuera de la casa, por una nodriza que habitaba en un pueblo vecino. El pobre niño se consolaba siendo el perrito protector de su hermana Laure, que lo adoró toda la vida, porque fue él quien, con mucha ternura, la enseñó a andar, llevándola de la mano por la casa, ofreciéndose siempre como culpable para recibir todos los castigos. Y también Laurence, la otra hermana más pequeña, recordaba cómo, a pesar de ser un glotón, guardaba siempre las mejores castañas asadas y la mermelada de naranja para ella.

Menos mal que Bonne Maman, la abuela materna, vivía también en la casa. Y el joven Balzac pudo encontrar en ella el cariño que no le daba su madre. La abuela era diferente. A pesar de ser fuerte y estricta, fingía a menudo estar enferma, creía en los aparecidos, tenía amigas

sonámbulas que le revelaban los secretos del más allá, se dejaba ganar unos dineros cuando jugaba a las cartas y, a pesar de que quería educar a su nieto en la piedad, apostaba con él pequeñas cantidades, retándolo a conquistar a alguna dama de la alta sociedad. Y hay que decir que Honoré ganaba siempre.

En el castillo de Saché no encontré a ningún pariente de la familia, aunque vi a algunos niños de labios carnosos, ojos grandes y cara redondita que me recordaban más a los Balzac que al amante de su madre.

Tampoco encontré a nadie que quisiera compartir conmigo el lecho de Balzac, con su romántico baldaquino. Y me marché con las ganas de encender el quinqué que, cuando Balzac escribía, llenaba la habitación de un olor desagradable de aceite de ballena. Me hubiese gustado comprobar si era verdad que su luz no arrojaba sombras sobre el papel. Siempre me han fascinado las sombras chinescas que se dibujan en los dormitorios, porque tengo la idea de que revelan los más oscuros misterios del amor. Pero la muchacha que me guiaba por las solitarias habitaciones del castillo, dulce y delicada como el vino del Loire, sonrió maliciosamente, sin hacerme caso, cuando le conté esta historia.

Balzac trabajaba también siempre de noche, entre las sombras chinescas de la fantasía. Y se reposaba luego, cuando las luces del día revelaban las formas ingenuas del valle, siguiendo el curso sinuoso del Indre, que se movía «en el fondo de una copa de esmeraldas».

Toda su vida Balzac mantuvo buenas relaciones con monsieur de Margonne, el «protector» de su madre. Y a menudo venía al castillo de Saché, donde le gustaba reunir a los amigos para leerles fragmentos de sus novelas junto a la chimenea de mármol negro.

La última vez que visitó el castillo en 1848, París estaba en llamas. El mundo burgués de la Restauración se derrumbaba en una nueva revolución. Y los personajes de La comedia humana rondaban por las calles de París, amedrentados y perdidos, como habían comenzado su vida: sin techo y sin futuro.

Un barrio lleno de leyendas

Siendo niño –cuando en el colegio lo consideraban todavía un imbécil, porque se pasaba el día perdido en sus fantasías–, Balzac había viajado a París para conocer a su abuelo Sallambier, que tenía un comercio de telas en la calle Saint Honoré, bajo el rótulo de La Toison d'Or. Por eso algunos de los personajes de La comedia humana, como Camusot o Claude Joseph Pilleraut, regentan establecimientos de sedas y de quincallería en este barrio.

Los Sallambier procedían del Marais, el barrio más evocador de París. Por eso Balzac nos ha descrito tantas calles y rincones de este quartier fascinante. Buena parte de la infancia del novelista transcurre en este antiguo barrio de los templarios, ya que en 1814 sus padres se instalaron en la calle del Temple. Algunos años antes había rondado por estas mismas esquinas un jovencito, llamado Wolfgang Amadeus Mozart, que amenizaba con su piano los tés en los palacios del Temple. El ruido de las calesas y los carros en las calles empedradas era ensordecedor. Y todavía se oían en esta época los gritos de los vendedores de arenques, los quincalleros, las vendedoras de pieles de conejo y las verduleras que pregonaban lechugas y remolachas.

En la calle Blancs-Manteaux estaba el Monte de Piedad, aquella bendita institución que tanto odiaban banqueros y usureros. Porque uno podía empeñar el colchón, recibir unas monedas, comprar unas patatas y, con el beneficio de la venta, rescatar por la noche la cama. Así vivió durante años una pobre abuela que era muy conocida en el barrio. Casi todo el mundo recuperaba sus prendas. Pero Laurence, la hermana pequeña de Balzac, que se había casado con un petimetre holgazán, tuvo que dejar allí «para siempre, sus diamantes y su bello chal de cachemira». Y me dijeron que, en el almacén, alguien había dejado sin desempeñar una troica rusa. Pensé enseguida que debía haber sido Balzac, a la vuelta de su viaje a Rusia.

Tengo tan hondamente abrigados en mi memoria los recuerdos de este barrio que podría llevaros a ciegas por cada uno de los patios y de los pasajes; los que todavía existen y los que ya desaparecieron, pero que albergaban en mi juventud algunos de los comercios que conoció Balzac: herboristas, grabadores, sombrereros, bordadoras, almacenes de papel y una vieja panadería que olía por la mañana temprano a baguettes calientes. Todavía recuerdo a una joven dependienta que

vendía guantes y que, asomada siempre al escaparate de su tienda, se ofrecía ella misma a los clientes como un maniquí enamorado, con tanta dulzura que yo la llamaba la «amante de la vitrina». Con los ruidos y los colores de aquel París, podría escribir hoy una sinfonía para La comedia humana.

En la torre del Temple, demolida por la Revolución, estuvo encerrado Luis XVI, y allí murió también, con sólo diez años, el pequeño delfín Luis XVII. Educado en la prisión por un zapatero, el pobre niño no recibió más que bofetadas, hasta que lo obligaron a confesar que había cometido incesto con su madre María Antonieta.

El maestro que regentaba la escuela donde estudió Balzac, Jacques-François Lepitre, había participado precisamente en un complot de los monárquicos para rescatar de la prisión del Temple a la desgraciada reina. Era un personaje gordo y bien apersonado, que se parecía a los Borbones; tanto, que caminaba desconfiadamente, mirando siempre hacia atrás y arrastrando sus muletas, como si se hubiese escapado de las carretas del Terror.

De la torre del Temple, en la mañana del 21 de enero de 1791, salió Luis XVI camino del cadalso. Lo escoltaban cuatrocientos jinetes y mil doscientos soldados de infantería. El carruaje atravesó en silencio las calles de París. Y sólo el padre confesor, sentado a la derecha del rey, se atrevía a hablarle. Cuando, al pie del cadalso, quiso dirigirse al pueblo, un redoble de tambores ahogó su voz. Pero algunos dicen que lo oyeron gritar: «Perdono a mis enemigos, y espero que mi muerte sea beneficiosa para Francia». Luego rodó la cabeza de aquel pobre hombre, y se oyeron gritos: «Vive la Nation!» y «Vive la République française!».

Cuando el conde Hans Fersen leyó esta noticia, en una carta que le enviaba el arzobispo de Tours, pensó que ya era tarde también para rescatar a su reina. Ella, en su última noche en prisión, había escrito una hermosa misiva de despedida a todos sus amigos, pero ciertos burócratas de la administración se ocuparon de que no llegara a su destino. Y Hans Fersen no tuvo nunca en sus manos este consuelo. El 16 de octubre de 1793, la odiada austríaca, la reina María Antonieta, fue conducida al cadalso. Sólo preguntaba por su hijo, que había quedado prisionero en la torre del Temple. En el momento de acercarse a la guillotina, pisó, sin querer, a su verdugo. Y, con su

habitual delicadeza, se disculpó: «Perdón, señor, por mi torpeza». Pero ya era tarde para todos, especialmente para el conde Fersen, que había intentado ayudar a esta familia desgraciada. «Nunca he dejado de amarla... Aquella a quien amé tanto y por la que habría dado mil vidas, ya no está... La imagen de la reina me seguirá siempre por todas partes... He dado orden de comprar en París todo lo que puedan encontrar de ella... Reliquias que serán siempre objeto de mi admiración». A pesar de que en su juventud había sido ligero y frívolo, nunca volvió a cortejar a una mujer. Y, desde entonces, vivió una vida atormentada, hasta el día de su muerte trágica, acaecida en un motín callejero. Llevaba en el bolsillo un reloj de oro que le había regalado María Antonieta.

En la misma torre del Temple, que se levanta para la eternidad en la puerta del infierno, encerraron a Toussaint-Louverture, el caudillo negro de vida rebelde, libertadora y romántica. Luchó valientemente por la libertad de los esclavos de Haití, y se dice que Napoleón Bonaparte sentía admiración por su genio audaz. La leyenda cuenta que el bravo haitiano se atrevió a escribir al emperador, encabezando su carta: «Del primer negro al primer blanco». Pero el propio Napoleón acabaría por detenerlo y deportarlo, permitiendo que sus carceleros lo maltratasen para que revelase dónde había enterrado su tesoro...

El joven Balzac escuchaba estas historias que conocía toda la gente del barrio. Y su imaginación se desbordaba cuando oía contar a un vecino cómo Toussaint-Louverture murió en prisión después de haber revelado el lugar de la isla de Haití, en las colinas de Cahos, donde había enterrado quince millones. Lo encontraron muerto en su celda, sentado en un sillón, con la cabeza apoyada en la chimenea y un brazo lánguidamente caído, como si estuviera dormido. Pero Balzac miraba ya el mundo con ojos de novelista y adivinaba, en los rasgos oscuros de su vecino, que aquel hombre había sido seguramente el carcelero del negro, el esbirro malvado que lo había torturado hasta la muerte.

Durante algunos años, Balzac sueña con llegar a ser un gran abogado. Asiste a las clases de la Sorbona, busca una habitación cerca de la universidad y, para sus prácticas, trabaja como pasante en la calle Coquillière, cerca del desaparecido mercado de Les Halles. Pero pronto se da cuenta de que no le interesan otros pleitos que los de sus personajes. Y, con una audacia temeraria, decide dedicarse a la

literatura, a pesar de que no tiene ni mecenas ni renta, como tantos jóvenes señoritos que presumen de poetas.

En 1819 se instala en la rue Lesdiguières 9, cerca de la Bastilla, en una buhardilla miserable que domina melancólicamente los tejados de París. «El amor de la ciencia –escribe en La Peau de Chagrin– me había arrojado a una buhardilla donde trabajaba durante la noche, mientras que pasaba el día en una biblioteca vecina».

Este viejo barrio del Arsenal tiene también mucha historia. Porque, cuando se suprimieron los molinos de pólvora y las fábricas de cañones, se fundieron aquí las mejores estatuas de los jardines de París y de Versalles. A mí me resulta evocador, sobre todo por la biblioteca, donde pude leer algunas de las obras menos conocidas de Balzac, juntamente con la historia de muchos prisioneros célebres encerrados en la Bastilla, como el marqués de Sade; sin olvidar los autógrafos que había reunido el famoso bibliófilo Jacob.

En la Biblioteca del Arsenal organizaba Charles Nodier sus famosas tertulias literarias de los domingos, a las que acudían Balzac, Lamartine, Víctor Hugo, Dumas y Gautier. Y donde presentó en 1830 su primer libro de versos un joven delgado y rubio, algo tímido, que pronto se haría famoso: Alfred de Musset.

«Cuando el tiempo era bueno, apenas me paseaba por el bulevar Bourdon», escribe Balzac, evocando los recuerdos de aquella buhardilla de su juventud. También Flaubert elegiría más tarde este lugar para comenzar su maravilloso retrato de la estupidez burguesa, Bouvard et Pécuchet: «Como hacía un calor de treinta y tres grados, el bulevar Bourdon se encontraba completamente desierto».

No le faltaban a Balzac temas de inspiración ni personajes en este barrio, surcado por el melancólico canal del Arsenal. Aquí vivió hasta 1680 Catherine Monvoisin, llamada «la Voisin», terrible envenenadora que fue quemada viva. Dicen que esta celestina vendía secretos para conservar la juventud, filtros de amor, y un producto muy eficaz que ella llamaba, misteriosamente, «los polvos de sucesión». Cuando la condenaron a muerte se pasó varios días comiendo y bebiendo, rechazó los consuelos del sacerdote y se fue a la hoguera maldiciendo y cantando himnos religiosos, como si fuesen canciones de taberna, completamente borracha. No sé por qué pensé siempre que Misia, la

polaca genial que fue compañera del pintor Sert, era una reencarnación de esta envenenadora. Era más joven, más culta, más interesante y más provocativa, pero también «mullida» y astuta, coqueta y zalamera. Y Erik Satie, al encontrársela un día en el estudio de Chanel, observó con desconfianza sus movimientos intrigantes y murmuró al oído de Coco: «Ya está aquí el gato, escondamos a los pájaros».

Hace muchos años me encontré con Georges Simenon paseando por las orillas del canal, porque había ambientado ahí alguna de sus novelas y buscaba a sus personajes en ese pintoresco rincón de París, tan rico en venenos. Recuerdo que era un día de invierno, brumoso y amenazante, cuando lo vi pasar por mi lado, casi fundido en la niebla. Era la época en que se habían manifestado ya los trastornos psíquicos de Denise, su mujer. Y tuve la impresión de que caminaba absorto, atormentado por amargos pensamientos.

La buhardilla de Balzac se conservaba aún a comienzos de los años setenta. Las ventanas se asomaban sobre los patios de las casas vecinas, llenos de ropa tendida. «Nada más horrible que esta buhardilla de muros amarillentos y sucios que olían a miseria... Las tejas rotas dejaban ver el cielo». Comentaba a sus amigos que las grietas y fisuras de las paredes lo ayudaban a soñar y a imaginar palabras. Pero habían desaparecido del suelo las manchas de café que tanto lo obsesionaban.

A veces Balzac se iba a pasear, durante la noche, entre las tumbas del cementerio de Père Lachaise. Así imaginaba los sueños de Rastignac, con la ciudad iluminada en las orillas del Sena, tendida a sus pies como un reptil brillante. Y así desafiaba a París, que entonces le cerraba las puertas de la gloria literaria. «À nous deux maintenant!» («¡Ahora, este asunto nos concierne a los dos!»).

La comedia humana necesitaba un escenario apropiado, como París: una ciudad fascinante y contradictoria, monstruosa y tierna, brillante y tenebrosa, donde pudiesen vivir y morir, amar y sufrir, esos personajes animados por la ambición, la furia de las pasiones y los sueños del amor. «Ciudad de las mil novelas», la llamaría Balzac.

Y así el novelista fue reclutando en las calles, en los pasajes, en las buhardillas, en las pensiones miserables, al ejército de sus personajes:

el ambiguo seductor Luciano de Rubempré, que es uno de los pocos poetas que aparecen en la obra de Balzac («la muerte de Rubempré fue una de las mayores tragedias de mi vida», dirá Oscar Wilde); el estudiante Desplein, que quiere ser un médico famoso; el filósofo Lambert o Rastignac, que sueña con ser ministro...

Pero Balzac conoció también la cara más fría y dura de París. Porque, como todas las grandes ciudades del mundo, este paraíso de los ricos podía ser un infierno para los desheredados. Por eso, cuando se refugiaba en su casa de Sèvres, huyendo siempre de sus acreedores, subía al último piso y decía a un amigo: «¡Vamos a escupir sobre París!».

La gente de La comedia humana

La comedia humana es el Nuevo Testamento de la sociedad burguesa y de todos los advenedizos que dejan sus pueblos para conquistar el éxito en París y convertirse en ministros, banqueros, comerciantes de fortuna, dandis extravagantes, amantes famosas... Si uno escribiese la biografía de todos estos respetables burgueses se llevaría algunas sorpresas, porque algunos de ellos tienen un pasado de delincuentes y ladrones, como el célebre Vidocq, confidente y amigo del príncipe Carlos Luis Napoleón. Pero un aventurero corso, llamado Bonaparte, les ha mostrado el camino. No se conforman, como sus padres, con trabajar una viña o con desempeñar un cargo de escribiente en el fielato de su pueblo, sino que quieren alcanzar la gloria.

El mismo Balzac ha comenzado ya su carrera de conquistador. Alumno aventajado de Laura de Berny, prefiere las mujeres bien maduras, porque no sólo aman más apasionadamente, sino que entregan con su corazón fascinantes memorias y secretas novelas. Por eso, a sus veintisiete años, persigue ya a Josefina, la duquesa de Abrantes, que confiesa tener cuarenta y uno. Alguno más, porque era ya viuda del general Junot, uno de los héroes de Napoleón, y había sido también amante del canciller Metternich. Ya de mayor, vivía vendiendo todos sus muebles, sus cuadros, sus joyas, sus objets de vertu y hasta los vinos que su marido había conservado en su espléndida bodega:

muchos tesoros que provenían, casi todos, de los saqueos en España. Pero seguía conservando un reflejo excitante de su pasada belleza, que conquistó enseguida a Balzac. Para un novelista en ciernes era algo extraordinario poder cortejar nuevamente a una mujer que había vivido en Versalles y que había frecuentado a Napoleón y a Josefina en la Malmaison. Era divertido oírla hablar de las trampas que Napoleón hacía cuando jugaba a la barre con las mujeres, obligando a su inseparable gacela domesticada, que mascaba tabaco como un corsario, a que las persiguiera por el jardín.

La duquesa de Abrantes tenía un alojamiento en la Abbay-aux-Bois, donde las monjas agustinas alquilaban unas habitaciones a las damas de alta sociedad que buscaban una vida tranquila sin retirarse del mundo. En su iglesia se veneraba a una virgen negra que encendió el fuego de la caridad en algunas almas, como san Francisco de Sales o san Vicente de Paul. Los apartamentos daban al jardín del convento, donde se oía el tañido de las campanas y paseaban las monjas, convertidas en iconos dorados bajo la luz del crepúsculo. Las novicias se distinguían por su toca blanca, fruncida como una col alrededor de la cabeza. Y, en aquel «memorial» de las mujeres, Balzac pudo conocer también a otras maravillosas sombras del pasado, como madame Récamier, que era ya una porcelana Imperio, a menudo sentada al piano o acostada en un diván. Chateaubriand venía también a este santuario a visitar a su amiga solitaria y permanecía muchas horas en la habitación, sentado junto al arpa, evocando sus Memorias de ultratumba.

Pero Balzac no era precisamente un poeta, y necesitaba alimentarse de vida exterior. Era tan incapaz de versificar que, cuando uno de los personajes de sus novelas debía escribir un soneto, tenía que pedírselo prestado a sus amigos, a Lassailly o a Gautier. Tampoco fue nunca un periodista, y odiaba tanto este trabajo que nunca quiso adaptar la intriga de sus novelas al folletín y prefería publicarlas por entregas iguales, sin contar dónde caía el corte. Podría decirse incluso que no sentía un aprecio especial por las artes plásticas. Prefería las mujeres a las estatuas, los sombreros de moda a los tocados griegos, los andares de las vendedoras de un mercado a la belleza de una Diana clásica. Y, por eso, sus antigüedades tienen siempre más valor literario que estético. Su mundo es la prosa, porque está harto de soñar y su único deseo imposible es vivir la vida. Así son sus personajes: ambiciosos, tremendamente reales y prosaicos. No disimula las arrugas en la cara

de sus heroínas ni las ojeras en una belleza cansada, porque el amor de las imperfecciones es tierno y humano.

Y así también él irá dejando su salud en un trabajo ingrato, forzado, movido por su desazón interior. Trabaja cada día hasta las ocho y vive obsesionado entre sus personajes, hasta que cae agotado en la cama para descansar cuatro horas y levantarse, nuevamente, cuando el frío de las madrugadas de París sorprende a los fantasmas dibujando flores malditas en los cristales helados. Para disimular la mala vida, después de trabajar doce horas, estimulado por el café, se viste de dandi o de banquero y se va a dar un paseo, como si regresase de la Bolsa.

En esta época conoce a Jules Sandeau, el joven estudiante que se ha dejado las fuerzas en la cama y en la hamaca de George Sand. Ella le ha quitado incluso la mitad de su apellido, para convertirlo en su propio pseudónimo. Y, cuando Jules Sandeau intenta consolarse contándole sus cuitas de amor a Balzac, éste le responde:

–Ya veo que estás apenado. De acuerdo. Pero hablemos de cosas serias: ¿quién se casará con Eugenia Grandet?

Y, rápidamente, pretende comprometer a su amigo en una descabellada expedición para rescatar el tesoro de Toussaint-Louverture, adornando con muchos detalles la leyenda que había oído contar tantas veces edurante su infancia. Con la misma fantasía escribe entonces Facino Cane, la historia de un noble veneciano que ha vivido encerrado en la cárcel de los Plomos y que, al escapar de la prisión, ha descubierto por azar el tesoro secreto de los dogos.

Una imprenta ruinosa

A los veintitrés años, Balzac comienza su ruinosa vida de negociante, estableciendo una imprenta para publicar novelas populares. Sus delirios de gloria lo llevan a crear una fundición de caracteres, dilapidando una fortuna y contrayendo tal cantidad de deudas que nunca conseguirá enjugarlas.

Todavía se conserva en la rue des Marais-Saint Germain 17 –hoy rue

Visconti, «una horrible calleja, rebelde a todos los embellecimientos»– la nave donde Balzac instaló su taller de imprenta. Muy cerca vivieron Gérard de Nerval y Henri Heine, poetas de amargo y romántico destino. Pero el barrio, que era bastante triste en sus tiempos, se ha convertido en un lugar maravilloso donde han anidado los anticuarios y los libreros, como ayer anidaron Wilde y el físico Ampère, el acuarelista Fantin-Latour y Edouard Manet, el mayor genio de la pintura moderna. La última vez que anduve rondando por estos lugares, todo se conservaba igual que Balzac lo dejó en 1829. Por eso me dio mucha rabia no encontrar aquella mañana a Jorge Luis Borges en el hotel donde se hospedaba –el mismo donde Oscar Wilde vivió sus últimos días–, porque le habría enseñado este rincón sagrado de París, con la imprenta que él no conocía. Creo que Borges amaba también estos azares que han sido la obsesión de mi obra y que reúnen a los hombres en un mismo lugar, trasponiendo los límites del tiempo, los cálculos del raciocinio y todas las interpretaciones mágicas del destino.

Balzac ocupaba una nave en los bajos y una habitación en el primer piso, con una sola ventana. Y encima instaló más tarde su taller Delacroix, quien, recién regresado de su viaje a Marruecos, pintó aquí algunas de sus obras geniales. George Sand y Federico Chopin posaron en este taller para el famoso cuadro de Delacroix que los representa a él, tocando el piano, y a ella, ocupada en sus labores de tapicería, con la vista levantada para mirar al maestro.

Pero el joven Balzac no tuvo fortuna con su imprenta. Angustiado por las deudas, sólo tenía ya una opción: trabajar día y noche, intentando vivir de su fantasía y de su pluma.

Huyendo de sus acreedores, se instaló en 1828 en un apartamento cercano al Observatorio, en la calle Cassini 1. Y hay que decir que no era precisamente una vivienda barata, porque Balzac ya había comenzado su delirio de responder a la ruina con el lujo.

Hoy el Luxembourg sigue siendo un barrio libresco y literario, con buenas librerías. En la época de Balzac, los jardines del Luxembourg estaban orillados de casas. Y como los propietarios tenían la llave de las verjas podían pasearse de noche por el jardín.

Este mismo barrio será el escenario del dolor de Ferragus, convertido

tras la muerte de su hija en un viejo sin ilusiones que viene a refugiarse en «este espacio sin género, este lugar neutro de París», entre la gente sensata y discreta que «cuando el cielo está despejado» se mueve entre la verja del Luxembourg y la verja del Observatorio.

Tanta verja podría hacerle pensar en la amenaza de la cárcel, cada vez más próxima. Ni la duquesa de Abrantes ni Laura de Berny, sus protectoras, consiguen hacerle sentar la cabeza. Y ahora tiene además una nueva madrina, la marquesa de Castries. Otra mujer intrépida de existencia aventurera. Cuando Balzac la conoció, se había apagado algo el encanto de su belleza pelirroja, aunque todavía sus hombros parecían bellísimos, como sus cabellos, que tenían los reflejos dorados de una Magdalena de Tiziano. Pero andaba con dificultad a consecuencia de una caída de caballo.

Aun afectada por su invalidez, la marquesa de Castries seguía siendo rápida como una pantera. Y Balzac, persiguiéndola hasta Aix-les-Bains y Ginebra, tuvo también un accidente al caer de una calesa. Pero el viaje con ella fue más místico que apasionado. Visitaron el desierto de la Grande Chartreuse, cerca de Grenoble. Y, cuando consiguió besarla, después de una peregrinación a la Villa Diodati –donde había vivido Byron con Shelley y sus locas amigas inglesas–, ella le hizo comprender que nunca llegaría más lejos.

La aventura de estos dos seres con los riñones destrozados no había sido muy brillante. Pero a Balzac le había permitido conocer otros palacios y castillos, tratar a los parientes de la marquesa, que eran descendientes bastardos de los Estuardo, y viajar acompañado de lacayos. Además, estaba convencido de que nunca le faltaría el apoyo de las mujeres. Su éxito con ellas se debía, sin duda, a su facundia y a su optimismo vital. Era robusto, graso, vulgar; sano bebedor y comilón insaciable. Cuando contaba chistes utilizaba el verbo jocundo de Rabelais. Le gustaban los juegos de palabras y, mientras caminaba a grandes zancadas, como un payaso entre sus invitados, disfrutaba cambiando los proverbios y transformando «un âme en peine» en un «âne en plaine». Sin embargo, era una tumba con los secretos íntimos. Y, cuando se abandonaba a sus sueños y relataba historias de tesoros perdidos, sus ojos negros se encendían con reflejos metálicos. Y las mujeres se dejaban conquistar –sólo pasajeramente– por este genio infantil que disfrutaba enfrentándose a una pirámide de melocotones con la corbata desatada y el cuchillo en alto.

Hay cuatro cosas que lo enloquecen: su obra, las mujeres, los negocios y los muebles antiguos. Continuamente pide créditos para embarcarse en aventuras ruinosas. Compra una mina de plata en Cerdeña, se dedica al cultivo de hortalizas y a la producción de abonos, funda editoriales y revistas. A menudo, sus negocios no son tan descabellados como parecen a primera vista, porque tiene un instinto genial para las inversiones. Pero se adelanta al tiempo y no sabe administrar los gastos. Otras veces, es tan ingenuo que descubre sus proyectos a cualquier sinvergüenza que le roba el negocio. Así perdió los beneficios de la mina de plata, después de dejar en esta empresa tres meses de trabajo, sin contar las penalidades de un viaje difícil hasta Alghero. Pero aquellos túneles y pozos de escorias que habían explotado los romanos y que él pensaba recuperar –concitando las bromas crueles de los más calculadores burgueses– serían, algunos años más tarde, un sano negocio para la Compagnia Generale delle Miniere d'Argentiera, que dio trabajo a más de nueve mil obreros. Las barcas de vela cargaban el mineral en la playa de San Nicola. Y recuerdo que, cuando yo visité las minas en 1960, algunos pozos profundos seguían en explotación, aunque nadie recordaba que Honoré de Balzac había sido el primer empresario que quiso recuperar este negocio. Es una pena que, después del cierre, se destrozase el paisaje en un proyecto turístico que resultó ser uno de esos muchos fraudes que han enriquecido a los especuladores en el oasis europeo.

El hombre de los apellidos falsos

Cuando se abrió la avenida de Iéna desapareció del mapa de París la calle de las Batailles, donde Balzac vivió en 1836. «Hace un mes –escribe en estos días de trabajo forzado– que no me muevo de mi mesa, y en ella arrojo mi vida, como un alquimista echa en el crisol su oro». El piso lo alquiló con una identidad falsa, firmando el contrato como «viuda Durand». Sin embargo, no fue capaz de mantener mucho tiempo el anonimato ni la discreción y, en cuanto consiguió firmar un contrato, salió a pasear con una levita azul con grandes botones dorados y un bastón que tenía el puño de oro y turquesas, que le había costado setecientos francos.

La nueva casa tenía una fabulosa vista sobre el Sena, el Campo de Marte y la cúpula de Los Inválidos. Y en el mobiliario no faltaban los detalles de coleccionista tan propios de Balzac: un diván turco cubierto de cojines donde uno podía sentirse como un sultán en el harén; telas fabulosas de cachemira y muselina de Indias; cortinas rojas y negras; elegantes arañas; alfombras persas dibujadas como los chales de Oriente; un tresillo con un reloj y dos candelabros de oro sobre la chimenea de mármol blanco; una escribanía de oro y malaquita que parecía salida del Ermitage y muchas jardineras con rosas blancas y encarnadas. Pero sólo los amigos íntimos conocían la puerta secreta que daba paso a un corredor oscuro y acolchado y desembocaba en una habitación con una cama y una mesa, donde él podía retirarse a trabajar, vestido con su hábito de monje.

Balzac era todo menos un burgués, porque tenía un alma aristocrática, de emperador o de gran duque. Mientras vivía en la pobreza, vestido con su hábito blanco y gastando cuatro céntimos, era capaz de hacer unas cuentas escalofriantes y pródigas. Y cuando los amigos objetaban, riendo, que aún le sobraban treinta mil francos, respondía: «Siempre tiene que haber un resto para comprar rábanos y mantequilla».

En 1836, Balzac compró también unas tierras en Sèvres y decidió construir allí una mansión, rodeada de tilos, abedules, chopos y viñas. En realidad, su nueva amante, la condesa Guidoboni Visconti, lo había ayudado a buscar este refugio, porque instalándose en las afueras podía escapar de la jurisdicción de los guardias de París. Sarah Lowell –pues éste era el nombre de soltera de la condesa– llegaría a encargarle la defensa de sus intereses en Italia. Y así lo veremos, convertido en serio abogado, paseando por Turín y Venecia, acompañado, como Giacomo Casanova, de una joven disfrazada de paje.

No tenía Balzac muchos problemas para ganarse el amor maternal de las mujeres, aunque luego no sabía o no quería conservarlas. Pero las conquistaba con sus fantasías, con su voz llena, sonora y metálica, que él sabía modular y suavizar como nadie, según el papel que interpretaba. Sus amigos reconocían que pudo ser un gran actor. Era simpático cuando relataba sus viajes, cuando explicaba sus dificultades con los idiomas o cuando imitaba las voces ridículas de sus acreedores: unos melifluos y serviles, otros amenazadores, otros

rastreros y avaros. Tenía tantos que los conocía mejor que nadie.

Pero pronto escandalizó a sus amistades: pensaba decorar la nueva casa de las Jardies con mármoles griegos de Paros, con puertas monumentales como las del Trianon, con marqueterías de maderas exóticas, y un jardín que él mismo pretendía diseñar como el de Versalles. En realidad, el jardín era una barranca abrupta en la que los amigos tenían que calzarse los pies con unas piedras para no caer rodando por la pendiente. Pero soñaba con crear allí una plantación de cinco mil piñas y otros frutos exóticos. Y se imaginaba sus fabulosos viveros de cristal, atemperados por un sistema de calefacción. De verdad sentía, al levantar los brazos en medio de la nevada de invierno, el perfume tropical de las piñas. Por algo son éstos sus años más delirantes y descabellados, cuando las páginas y los personajes de La comedia humana vibran con más fantasía.

Desde el primer momento, la finca de las Jardies parecía más una cantera que un paraíso. Pero ya llegarán los magnolios, puesto que piensa comprarlos con veinte años, igual que todos los árboles que, en sus sueños, son casi centenarios. Está tan convencido de que las plantaciones de piña serán un negocio que, acompañado de Gautier, busca en el Boulevard Montmartre una tienda para vender sus productos, y piensa que debe pintarla de negro con un rótulo dorado en el que se lea: «Ananas des Jardies».

Y las viñas vendrán, naturalmente, de Tokay, como las cepas que, en la antigüedad –parecía un profeta cuando se inventaba una historia bíblica–, habían crecido en este lugar paradisíaco. No hay duda de que darán un vino de oro, con intrigantes fragancias de naranja y de piña, de miel de tilo y de confitura de limón.

La casa, pintada de colores como una villa italiana, es pequeña y alta. «Parece la jaula de un lorito», confiesa el propio Balzac. Y para acceder al piso alto hay que subir por una escalera exterior. Se diría que es un diseño de Le Corbusier o, quizás, un anticipo de la casa surrealista que construyó Sir Edward James en La Huasteca. Pero a un buen arquitecto no le habrían fallado los cálculos, como al maestro de obras que levantó este delirio. Y, en cuanto comenzaron las lluvias y el terreno cedió, los muros exteriores se vinieron abajo con un estrépito bíblico, como si hubiesen sonado las trompetas de Jericó. Los escombros invadieron la propiedad situada más abajo y, para que no

lo denunciasen por daños, sólo le quedó la opción de comprar la finca del vecino. Y, mientras tanto, seguía escribiendo novelas y obras de teatro, pidiendo créditos y cargándose de hipotecas. A menudo los albañiles que trabajaban en Jardies lo acompañaban hasta el patio del periódico, esperando a que cobrase los derechos de autor para que les pagase lo que les debía. Cuando salió de Sèvres dejó a deber 600 francos al guarda de la finca, 220 francos a la lavandería y 750 francos al carnicero.

Al cabo de los años, compró la casa Léon Gambetta: un político francés, cuyo nombre fue muy venerado por los radicales. Quizá gracias a esta providencia se conserva la memoria de las Jardies, aunque la finca fue urbanizada. Y, en medio de los sueños de Balzac, se levanta hoy un megalítico y terrible monumento al ilustre tribuno republicano que parece aplastar la casa y que a mí me inquieta mucho cuando estos suelos arcillosos comienzan a moverse en los días de lluvia.

El Hôtel des Haricots

Junto a sus Cuentos jocundos, Balzac guardaba en su biblioteca un libro de cuentas, en el que había hecho encuadernar todas sus hipotecas, letras, papeles timbrados, facturas impagadas y denuncias. Pero esta obra, que tanto divertía a sus amigos, le proporcionó una gloria dudosa: una semana en la prisión del Hôtel Bazancourt, más conocido como el «Hotel de las alubias». Todavía se conservan en las paredes los dibujos y grafiti de los artistas que cayeron en estas redes, aunque no se vivía mal en esta prisión, donde Balzac compartía la mesa con Eugenio Sue. Personaje extravagante que comía en vajilla de plata, servido por su criado, e hijo de un médico de Napoleón, Eugenio Sue había sido apadrinado por Josefina Beauharnais. Se enroló en la Marina y escribió fabulosas novelas de aventuras que hoy me parecen injustamente olvidadas. Pero se inclinó luego hacia las ideas del socialismo utópico y se hizo famoso escribiendo novelas populares.

En 1837, huyendo siempre de los acreedores, Balzac pudo esconderse

en una morada más noble: la mansión de los Guidoboni Visconti, en los Campos Elíseos. No en vano se decía que el novelista era el padre de Lionel-Richard, el hijo recién nacido de la condesa.

Para evitarle la vergüenza de una nueva prisión, su generosa amante pagó una cuantiosa fianza. Quizá no sabía que él ya perseguía a otra rica aristócrata: la condesa polaca Eva Hanska, con la que se había citado, cuatro años antes, en Neufchâtel y en Viena.

Eveline Hanska, descendiente de una familia de músicos alemanes, estaba casada con un rico conde polaco. Su familia había servido también al zar, y tenía una bella mansión en San Petersburgo, en la calle Millonaria, cerca del palacio imperial. Su hermana Carolina –la leona de Odesa– fue amante de Adam Mickiewicz, el gran poeta polaco. Y, desde su juventud, Eveline había conocido y tratado también a grandes artistas, como Pushkin o Glinka. Quizás esa educación había influido en su carácter fantasioso e imaginativo. Y en 1832 había escrito cartas apasionadas a Balzac, desde Odesa, firmándolas con el nombre de «La Extranjera». Él debía contestarla en el periódico, enviando notas a la que escribía con este pseudónimo. No sabía entonces que su misteriosa corresponsal estaba casada con el conde Paul Hanski, un mariscal polaco, y que no tenía veintisiete años, como declaraba, sino treinta y tres. Y además había traído al mundo a cinco hijos, de los que sólo sobrevivía una niña. Pero nada importa: para él será desde ahora la Princesa Lejana, la Estrella del Norte, «la única mujer que he amado verdaderamente en mi vida».

Los amores de Balzac nacen siempre envueltos en un sobre. Porque hay que recordar que la duquesa de Castries también había entrado así en su vida, firmando sus cartas como «Una mujer que no quiere darse a conocer».

Muy a menudo me he preguntado si es verdad que la vida forma a los novelistas. Pero Balzac no vivió. «He dicho –confiesa en un momento de amargura– que moriré de pesadumbre el día que me dé cuenta de que resulta imposible realizar mis esperanzas. Aunque no haya hecho todavía nada, siento que el día se acerca. Seré la víctima de mi propia imaginación». Trabajó tanto que apenas tuvo tiempo para soñar la vida. Y pienso que, como sus personajes, tuvo sólo una existencia literaria y fantástica. Hasta sus amores apasionados con la condesa Eve Hanska fueron, en buena parte, una fantasía epistolar. Durante

muchos años tuvo que conformarse con escribir cartas románticas a esta amante lejana. Y, al fin, cuando ella le dio un hijo, un hijo de verdad, nació muerto.

Una casa en Passy

Angustiado por las deudas, Balzac sólo tenía ya una opción: trabajar día y noche, para vivir de su fantasía y de su pluma. Nadie como él era capaz de transformar su pobreza en energía, su energía en vida: en vidas ajenas, claro está, porque la entrega al trabajo puede ser la forma más romántica e imprudente de la generosidad. Pero las novelas le exigían muchas correcciones. Llenaba las galeradas de cambios y arrepentimientos. Sus manuscritos y las pruebas de sus novelas eran, a veces, casi ilegibles.

Recuerdo haber visto una de estas novelas, encuadernada con las correcciones tipográficas, en la colección de autógrafos de Stefan Zweig. Sé que a mi maestro le había impresionado tanto esta voluntad de perfección que él mismo se mostraba a veces exigente y cruel con sus originales, siempre insatisfecho del resultado. Y pienso que esta obsesión lo fue arrinconando también en el desengaño y en la melancolía. Y, cuando las sombras de la tristeza se abatieron sobre él en Petrópolis, sólo se quejaba de no tener a mano los originales de su biografía de Balzac –abandonados en su lejana casa de Londres– que para siempre quedaría incompleta.

Pero Balzac, tan exigente con la novela, era capaz de producir cuatro obras de teatro en un mes, trabajando descuidadamente, a veces descabelladamente, sólo por ganar unos francos.

Así, duplicando el esfuerzo, volviendo a endosarse el hábito de cartujo, conseguía reponer su economía. Pero esa vida prisionera y cerrada, propia de un galeote, resecaba su espíritu y agotaba su creatividad.

No pocas veces sus amigos intentaron ayudarlo. Y George Sand, siempre generosa, lo invitó una temporada a su palacio de Nohant, que fue, en diferentes momentos, refugio de todos los románticos:

Jules Sandeau, Balzac, Liszt, Gautier, Delacroix, Flaubert y Turgueniev, con su inseparable amante española, Paulina García, que cantaba acompañada al piano por Chopin. A George Sand le gustaba la vida de campamento y disfrutaba cuando la casa estaba llena. Y por eso es fácil evocar todavía al círculo de los amigos de la escritora en esta encantadora mansión, decorada con tantos fetiches mágicos: las vitrinas llenas de recuerdos de viaje, las estanterías con bellas porcelanas, las colgaduras de telas de Jouy, las colecciones de mariposas y fósiles, las barrocas lámparas de Murano que debían recordarle a ella tantas historias venecianas... En los grandes retratos de familia están todos los mariscales de la línea paterna, aunque no hay rastro de la madre, hija de un humilde vendedor de pájaros. Es una pena este olvido, porque me parece que las mujeres de esta saga familiar tenían más inteligencia y más arrestos que los hombres. Entre tantos invitados, el pobre Casimiro, el marido de la escritora, tuvo que abandonar su habitación matrimonial e instalarse pacientemente en un ala accesoria de la casa, donde la Sand había construido un teatro. Pero esta mujer rebelde no se cansaba tampoco de trabajar. Y Balzac nos ha descrito la habitación y la mesa donde ella escribía cuarenta páginas diarias, sin contar las innumerables cartas que envió a sus amigos.

La estancia en Nohant y los paseos bajo los cedros del parque aliviaron un poco las cuitas de Balzac. Pero en 1838 fue detenido dos veces por deudas, en 1839 estuvo encerrado en la prisión de Sèvres y, en 1840, la casa de las Jardies, que tantas preocupaciones le había acarreado, fue embargada por sus acreedores. En los muros de la vivienda se veían escritos con carbón los nombres de las obras maestras que debían decorarla: tapiz de Gobelinos, espejo de Murano, cuadro de Rafael... No era una originalidad de Balzac, porque Gérard de Nerval decoraba así sus casas.

Y, para compensar esa vida infeliz, seguía gastando sin medida. «¡El pomo de la cisterna de nuestro retrete es de cristal de Bohemia verde!», escribe, con la ilusión de un niño, a su amada Eve Hanska. Ella, para consolarse, coquetea con Franz Liszt, que acaba de dar unos conciertos de piano en San Petersburgo. El pianista también tiene un pomo de cristal de Bohemia verde, pero lo lleva elegantemente en uno de sus bastones.

En noviembre de 1840, huyendo siempre de los acreedores, Balzac

alquila un pequeño refugio en el pueblecito de Passy, entonces un paraíso escondido en los alrededores de París, donde la gente iba a tomas las aguas termales. Todavía la calle Berton conserva su aire campesino, entre viejos muros cubiertos de hiedra.

El refugio, situado en una pendiente abrupta, tenía algunos inconvenientes: cinco familias que vivían en la planta baja, con una prole de niños llorones. Pero la principal ventaja era que la disposición de la casa permitía escapar por el jardín trasero cuando los acreedores llamaban a la puerta.

Todo era escondido y angosto, porque la vivienda se ocultaba en un laberinto de pequeñas construcciones en diferentes niveles. Y por eso Gautier, con buen sentido del humor, comentaba que había que entrar «juste comme le vin entre dans les bouteilles». La puerta de la calle se abría casi en el tejado, como una buhardilla, y había que descender tres pisos para llegar a las habitaciones principales.

Balzac alquiló la casa utilizando el nombre de su sirvienta, madame de Breugnol. Pero, como medida de precaución, dio a sus íntimos un santo y seña: «Ha llegado la temporada de las ciruelas» o «Traigo los encajes de Bélgica para madame de Breugnol».

Louise Breugnol tenía unos cuarenta años y era algo más que un ama de llaves, porque ayudaba a Balzac en su trabajo, negociaba sus contratos y lo acompañó en alguno de sus viajes. Además, nunca rechazó sus impulsivos arranques de cariño que ella, gordita como una hermana tornera, sabía agradecer con ternura, dejándose amar en la cocina, el tiempo justo que necesita un gigot de cordero, entre la harina recién amasada y el vino dulce, entre las ciruelas perfumadas y las especias derramadas.

Los amigos iban a menudo a disfrutar de su hospitalidad, porque Balzac era también un genio inventando recetas, algunas de ellas tan discutibles como el puré de cebollas que le causó una indigestión a Lassailly o las sardinas con mantequilla, que le gustaban con delirio. Pero los vinos solían ser excelentes, sobre todo cuando Balzac mismo ponía toda su imaginación para presentarlos en la mesa, explicando que un Burdeos había dado tres veces la vuelta al mundo, que un Châteauneuf-du-Pape procedía de la cava de un alquimista –era muy aficionado a las ciencias ocultas– o contando la historia de un viejo

barril de ron que había sido rescatado en una isla perdida del Caribe, entre los tesoros de un corsario. Se bebía, sin mostrar signos aparentes de turbación, dos botellas de blanco Vouvray. Y para acabar la cena siempre había peras, porque las devoraba a docenas, igual que el siniestro Robespierre comía naranjas.

He pasado muchas horas en esta casa de Passy donde Balzac escribió las últimas páginas de La comedia humana. Mil veces he cruzado, bajo la lluvia, el pequeño jardín donde crecen las viñas y las lilas, y donde la alheña esparce un perfume de viejo champán. Hace más de treinta años me gustaba refugiarme allí en las tardes de invierno, cuando los visitantes habían abandonado ya el museo. Desde las ventanas se veía, en otros tiempos, la clínica donde el célebre doctor Blanche encerraba a sus locos y donde el pobre Gérard de Nerval pasó sus últimos días. No sé por qué su cara me recordaba a Dostoievski: la misma frente ancha y atormentada, los mismos ojos escudriñadores... Nerval se había quedado huérfano cuando sólo tenía dos años, y los médicos que lo trataban en el manicomio se conmovían cuando contaba sus alucinaciones, porque –en su locura– había convertido a su madre en reina de un maravilloso cuento de hadas. Quizá por eso amó a una mujer enloquecidamente, hasta arruinarse en el intento generoso de protegerla. Cuando ella lo abandonó, él se paseaba por París arrastrando su corsé y le hablaba incluso como si fuera su perro. Y un día de enero de 1856 lo encontraron colgado de una verja.

A mí también debían tenerme por loco, pero me dejaban entrar y contemplar el crepúsculo desde la mesa de trabajo de Balzac, milagrosamente salvada de tantos traslados y embargos. «Esta mesa ha visto todas mis miserias, enjugado todas mis lágrimas, conocido todos mis proyectos, compartido todos mis pensamientos. Mi brazo casi la ha gastado a fuerza de rozarla mientras escribo».

La chimenea de mármol estaba apagada. Pero, en los días fríos, el conserje me ofrecía un café, que yo tomaba religiosamente, delante de la cafetera en la que Balzac había calentado mil veces el filtro amargo que le permitió escribir tantas páginas maravillosas con su trabajo insomne. Treinta mil líneas en 1841. Cuarenta mil en 1842.

Él mismo se preparaba su mezcla de cafés arábica: martinica, moka y bourbon, que compraba en tres tiendas diferentes. La cafetera, marcada con las iniciales HB y una corona condal dorada, poseía un

hornillo para mantener el café caliente. Hasta en este aspecto no era muy refinado, y se contentaba con un pocillo recalentado.

Un sueño de veinte mil hectáreas

En el verano de 1843, cuando la condesa Hanska ya es viuda, Balzac decide reunirse con ella en San Petersburgo. El viaje de París a Rusia es agotador, atravesando el norte de Europa en calesa para tomar luego un barco hasta San Petersburgo. Pero no le importa acometer esta locura, porque cree que el matrimonio puede ser ahora la culminación feliz de su larga y difícil relación epistolar. Quiere recordar a Eve cuántas veces le había jurado amor en los años lejanos de Suiza, cuando el matrimonio entre ellos era imposible. Además, Balzac tiene un renombre literario bien ganado en Rusia y piensa gozar de este triunfo social. Desde que desciende del vapor Devonshire que lo ha llevado hasta las orillas del Neva, se siente adorado y poderoso como un sultán. Se instala en casa de madame Tardiff, en la calle Millonaria, porque así está casi enfrente del palacio donde vive su amada, que quiere guardar las apariencias. Sin embargo, en San Petersburgo todo el mundo conoce la historia. Es tan famoso que los peluqueros de la ciudad leen sus novelas para copiar el estilo de los peinados. Y un joven y desconocido escritor, llamado Fédor Dostoievski, traduce en tres semanas Eugenia Grandet para rendirle homenaje.

En San Petersburgo, disfruta rodeándose de sus admiradores en el palacio de la condesa. Se pasea como un sultán por aquellos salones decorados con antigüedades más valiosas de las que él pudo jamás comprar en las casas de subasta: preciosos escritorios de palisandro y maderas finas, fabulosas cornucopias que parecen salidas del Palacio de Invierno, suntuosas cortinas con estampados de fondo verde que hacen juego con la colcha del dormitorio, relojes de oro que llevan la firma de los orfebres de los zares y un paravent de chimenea que es barroco como la cola de un pavo real.

Quizás espera también que ella lo redima de todas sus deudas, rescatándolo de su vida de trabajos forzados. Pero Eve Hanska aplaza

una y otra vez la boda, con el pretexto de que debe casar primero a su hija.

Para convencerla, la persigue a través de media Europa, de Rusia a Italia, de Holanda a Bélgica, de Dresden a Kiev. Sus vidas son muy distintas. Él, siempre entre sus fantasmas, sus deudas, sus fundaciones y sus delirios. Ella, rodeada de tres mil siervos, en una propiedad de veinte mil hectáreas.

Los largos viajes comienzan a minar su salud y a fatigar su corazón, ya muy castigado por un trabajo excesivo. Pero todavía tiene fuerzas para comprar una nueva casa en la calle Fortunée 14 (hoy rue Balzac), cerca del arco de L'Étoile. Era un palacete misterioso que había pertenecido a un rico financiero y que conservaba algunos detalles de su esplendor: elegantes escaleras, puertas con marcos de ébano, arrimaderos de nogal, una galería iluminada con luz cenital y un pequeño jardín.

Eve Hanska le presta un capital para que vaya decorando este palacio. Y él gasta tres veces más. Compra jarrones chinos, tapiza los sillones del salón de damasco con botones dorados; ordena los libros en oscuras librerías de estilo boulle, con bellas lacas e incrustaciones de peltre y carey; cubre los suelos de alfombras y las paredes de estanterías con delicadas porcelanas y decora con bajorrelieves de estuco el mármol blanco del cuarto de baño. Siempre ha necesitado gastar una fortuna en delirios: guantes, carrozas, lacayos, muebles antiguos... y un palco en la Ópera. Pero no sería Balzac si no amase, también, las joyas falsas. Ésa es la diferencia entre un genio y un inversor sin riesgo.

Algunos de los muebles que ha ido salvando de sus expropiaciones lo acompañan, en una mezcla delirante de buenas y falsas antigüedades: una taza de Sèvres, firmada por Watteau (pintor que había muerto antes de crearse la manufactura); cuadros falsos de Rafael y Giorgione; un mueble de ébano que, según él, había pertenecido a María de Medicis... Sus amigos, tomándolo a broma, corrían la voz de que se había vuelto rico como Abulcasem y tenía en su casa tres cisternas llenas de piedras preciosas.

Finalmente, en 1850, cuando se celebra la boda en un pueblecito de Ucrania, ya Balzac es un hombre valetudinario y enfermo. Y el viaje

hasta París acaba con sus últimas fuerzas. Ni siquiera se mueve de los hoteles, mientras la condesa va comprando joyas, sombreros y vestidos en todas las etapas.

Pero la entrada en París es digna de las mejores páginas de Las ilusiones perdidas. Llegan a medianoche, y la casa está iluminada. Balzac ha dado órdenes de que los salones aparezcan resplandecientes, ha mandado comprar ramos de flores para que no haya un jarrón vacío y ha pedido que preparen el ambigú y los vinos para una recepción inolvidable. Está ansioso, esperando a que su amada Hanska vea las obras de arte que ha coleccionado para ella. Pero nadie responde cuando llaman a la puerta. Y, cuando al fin un cerrajero abre el portón, se encuentran un espectáculo deprimente: el criado se ha vuelto loco y tienen que encerrarlo aquella misma noche en un manicomio.

Las ilusiones perdidas

Después de este viaje de bodas, Balzac no vivirá más de cinco meses. «Ya no puedo leer ni escribir», dice amargamente a Theo (así llamaba cordialmente a Gautier). Apenas si tiene fuerzas para recibir a sus viejos amigos. Pero la condesa Hanska, siempre tan coqueta, prefiere a los más jóvenes. Ella ha cumplido ya los cuarenta y cinco años, pero tiene un acento ruso que la hace interesante y unos andares provocativos. Bajo el raso de las faldas se le marcan las nalgas firmes, bien sostenidas y dibujadas, como las estatuas de bronce o los marfiles eróticos que coleccionaba Balzac.

Es curioso que un hombre que amaba tanto los fetiches antiguos no nos haya legado ni siquiera su propia mascarilla. No pudo hacerse el vaciado, porque el cadáver comenzó a descomponerse rápidamente. Para esculpir la famosa estatua del autor de La comedia humana, Rodin tuvo que recurrir a todos los métodos imaginables: escribió a los amigos que lo conocieron, consiguió que su sastre le enviase sus medidas y se inspiró en un daguerrotipo de Nadar en el que aparece el escritor en sus últimos días, cuando ya estaba gordo, apopléjico y gravemente enfermo.

La fortuna se le ha rendido tarde, demasiado tarde. Balzac tiene sólo cincuenta y un años, pero ha publicado casi un centenar de novelas. Como algunos de los personajes de La comedia humana ha llegado a entrever la gloria cuando ya no le quedan fuerzas para disfrutarla. Gordo, cansado, bronquítico y envejecido, padece graves trastornos circulatorios. Ve doble, tiene las piernas hinchadas, pierde a ratos la memoria y, a veces, vomita sangre.

No sé si en algunos de sus delirios piensa en Lionel-Richard, el hijo que le dio la condesa Guidoboni Visconti. Debe tener ahora catorce años. Y llegará a ser oficial en la Marina francesa.

Como no me gusta dejar a mis muertos en deudas de amor, le seguí la pista y encontré su tumba, muy deteriorada, en un lugar de Italia, junto a Villa Galvagna. En la piedra gastada le dejé una rosa blanca, que era la flor preferida de su padre, y me detuve a meditar un momento delante de la inscripción en francés, que dice «Jesús, aie pitié de moi». Me contaron que se suicidó a los treinta y siete años, después de regresar de su destino en San Petersburgo. Casi lo mismo que su padre, que también se estaba muriendo a la vuelta de un viaje a Rusia.

Balzac comenzó comprando un espejo dorado, y ahora tiene ya la colección completa de los netsukes de La comedia humana: 2505 personajes, retratados con todo detalle.

Pero ya es tarde, demasiado tarde. Una herida que se ha causado al tropezar con un mueble desencadena el final. En cierta manera, es un buen final para un coleccionista de antigüedades.

Cuando Víctor Hugo viene a visitarlo en el lecho de muerte, la gangrena ya está devorando las últimas carnes vivas que le quedan a este cadáver. Desde el 14 de marzo en que contrajo matrimonio hasta este 18 de agosto, no ha levantado cabeza.

Theo Gautier, que se encuentra pasando el verano en Venecia, se sienta en el Café Florian y pide el Journal des Débats. Y allí lee la noticia de la muerte de Balzac, tan incomprensible, porque todos pensaban que aquel cuerpo enorme, animado siempre por un vendaval de ideas, era muy fuerte. No sé si el bueno de Gautier se acordó en aquel momento de acercarse a uno de los lugares venecianos que más

amaba Balzac: un palacete del Gran Canal donde se dice que había vivido Desdémona.

Lo enterraron en el cementerio del Père Lachaise, entre todos los muertos de La comedia humana.

Desde lo alto de la colina del cementerio, Balzac había contemplado muchas veces el inquietante sueño de París, como el joven Rastignac había asistido al entierro del Père Goriot: «A las seis en punto, el cuerpo del Père Goriot fue descendido a su fosa... El día iba cayendo, un crepúsculo húmedo agarrotaba los nervios».

Y, con parecidas palabras, describe Víctor Hugo el entierro de Balzac. Su tumba se levanta en lo alto de la colina, en un lugar donde puede contemplarse todavía la imagen de los tejados de París; lo que queda del viejo París de Goriot.

Todos hicimos el trayecto a pie. Descendieron el ataúd a la fosa, abierta junto a las tumbas de Charles Nodier y Casimire Delavigne... Todo París surgía a lo lejos en la espléndida bruma del crepúsculo. Casi a mis pies el suelo se desmoronaba sobre la fosa, y el ruido de la tierra que caía sobre el ataúd interrumpía mi discurso.

Enfrente se levanta también la tumba de Gérard de Nerval, donde nunca he visto flores. La última vez que fui a visitarlo le dejé unas violetas al pie de la columna. Y un gatito que me acompañó todo el camino se revolcó en las hojas muertas y comenzó a ronronear de contento, como si el perfume de mis flores fuese una droga.

«Levanté el cobertor –escribe Víctor Hugo, recordando la última visita que hizo a su amigo– y tomé la mano de Balzac. Estaba bañada en sudor. Se la apreté, pero él no respondió a la presión... Tenía el rostro violáceo, casi negro, inclinado hacia la derecha».

En una casa de subastas encontré un Cristo así, pero valía una fortuna. «Es una pieza especial –me advirtió el anticuario– porque tiene una talla muy realista. Fíjese que tiene los pies clavados por separado. Por eso lo llaman “el Cristo de los Cuatro Clavos”».

No tuve fuerzas para ver cómo lo subastaban ni cómo se lo llevaba a su casa un inversor de antigüedades. Era un día de otoño frío en París, pero me senté en la terraza de La Coupole. Desde la mesa donde

escribía podía ver la estatua de Balzac que esculpió Rodin, en la esquina del Boulevard Raspail. Yo creo que a Balzac, tan dandi, no le habría gustado dejar esa imagen, porque parece que se sostiene los pantalones debajo de la bata, como si estuviese saltando en «una carrera de sacos». Pero es una obra genial y dramática, voluntariosa, impresionante, sobrenatural. Cuando uno la contempla, recortándose entre los árboles desnudos del otoño o a la luz de la luna en los bulevares desiertos, parece algo espectral y dantesco. Se diría que el fantasma insomne de Balzac se levanta sobre París, con los ojos vacíos, el cuerpo helado, envuelto en la toga de los muertos nobles que regresan del más allá, cubiertos de nieve de estrellas, agitados por el viento y la energía radiante de la inmortalidad.

Libertinos en Capri

MODELOS PARA DORIAN GREY

Isla de los cuernos, paraíso de las cabras, Capri es también tierra de viñas donde reina Dionisos. Quizá por eso la eligió Tiberio cuando buscó un retiro dorado. Muchas veces, siguiendo la costa escarpada de los Faraglioni, he llegado hasta la gruta donde Tiberio celebraba sus orgías. En la inmensa oquedad vacía quedan sólo algunos restos de altares y una humedad maligna; pero, en las paredes cubiertas de moho, se siente la presencia brutal de la Magna Mater, diosa de la fecundidad y de la tierra.

Cuando llegué por primera vez al golfo de Nápoles, hace más de cincuenta y cinco años, me pareció que la mejor manera de aprovechar una saison d'hiver en esta bendita tierra era recibir clases particulares de canto. No me arrepiento de esta decisión, porque no hay nada más maravilloso que aprender la lengua italiana juntamente con el canto; sobre todo, si uno tiene una profesora joven y guapa y, frente a la ventana, el Vesubio, un limonero cargado de frutas y las soberbias rosas de Ischia y Capri. Para un jovencito era fácil perderse en aquella orgía de antigüedades y vinos volcánicos, en aquellos crepúsculos calientes, en aquellos muros pintados con el rojo de Pozzuoli y el amarillo de Nápoles. Pienso que hoy no hubiese gozado tanto, aunque con los años uno aprende a darle hondura a la historia, sentido a los dioses, contenido a las ruinas, como vivió Plinio en estas villas o como acabó el Tasso –hijo pródigo de Sorrento–, descansando aquí de una vida deliciosa, aventurera y espléndida.

Quizás era la inconsciencia de la juventud, pero me sentía como un gato libre paseando por aquellas callejas rodeadas de muros que tienen cada día del año un perfume diferente: las naranjas en invierno, las higueras en julio, las uvas en septiembre. Algunos días recorría la costa de Amalfi y llegaba hasta Villa Rubinacci, donde Nietzsche y Paul Rée vivieron con Malwida von Meysenbug. Luego me sentaba a leer El atardecer vital de una idealista –las memorias de Malwida–,

hasta que la roja oscuridad del crepúsculo sobre el Vesubio me obligaba a cerrar el libro. A menudo me quedaba en la terraza del Hotel Victoria, donde Nietzsche y los Wagner se vieron por última vez. Y a veces me acercaba a Ravallo, donde los cipreses y jardines del Palazzo Ruffolo me recordaban el parque encantado de Klingsor.

En Capri me hospedé en una taberna que alquilaba habitaciones. Pierino, el tabernero, había conocido al pintor Diefenbach, había tratado a Curzio Malaparte y recordaba incluso los tiempos en que Axel Munthe, el médico sueco, habitaba todavía la Villa San Michele.

Como Pierino nunca quiso creer que yo fuese español, debido al color rubio de mi pelo y a mi aspecto svedese, ponía mucha devoción en demostrarme que había aprendido cuatro palabras en sueco. Por eso nuestras conversaciones eran tan divertidas, porque él mezclaba el italiano y unas expresiones incomprensibles en sueco (barciogut, pronunciaba con un acento diabólico, probablemente para decir varsågod, «por favor»), y yo le respondía en el más castizo dialecto napolitano, porque siempre adoré esta lengua.

No había personaje famoso que hubiese pasado por Capri y que no hubiese sido amigo de Pierino. Sabía historias increíbles, pero las contaba sin caer en la maledicencia, sólo las cosas que podían decirse, aunque algunas rayasen el límite de las cattiverie. Y así, por ejemplo, explicaba la historia del banquero Hugo Andreae, a quien su mujer engañaba con el pintor que decoraba su villa. El pobre marido, cornuto y desesperado, se marchó de Capri y se suicidó en Alemania. Pero ella no sólo continuó con su amante, sino que heredó la magnífica Villa Andreae y tuvo la desfachatez de cambiarle el nombre, llamándola «Villa Capricorno».

Carmela, la hija de mi tabernero, había estudiado en la universidad y era una muchacha culta. Conocía, por ejemplo, todos los lugares de la isla donde había habitado Maxim Gorki. Sabía que Lenin había sido huésped del escritor, y me enseñó una foto, de 1908, en la que se veía al revolucionario bolchevique jugando al ajedrez con Gorki en la terraza de Villa Blaesus. Recuerdo la casa blanca, con ventanas que se asomaban al mar y a un jardín lleno de palmeras y plantas exóticas. Pero Gorki era incapaz de mirar al Mediterráneo sin pensar en Rusia. Y, mientras los niños de Capri lo seguían por las calles diciendo, con su peculiar acento napolitano: «Signori Gorki, molto ricco, molto

ricco!», él vivía ajeno a todo, recordando los días en que se emocionaba leyendo Taras Bulba a los bateleros del Volga, mientras el barco surcaba las aguas del gran río ruso, llevando siempre deportados a los presidios. Vivía sólo esperando noticias de Rusia, soñando con que el zar les permitiría pronto volver del exilio. Y el día en que se enteró de que Tolstoi había muerto en la estación de Astapovo, se encerró en su despacho y se pasó el resto de la jornada llorando. «El hombre más bello, el más poderoso, el más grande nos abandona... No es sólo su mujer la que queda viuda, sino toda la literatura rusa».

Entonces yo no conocía tantas cosas de Gorki, como luego me contaría mi buen amigo Eugen Relgis, que lo trató personalmente a principios de siglo. Pero me intrigaba la figura de este ruso, devorado por el alcohol, que había perdido ya un pulmón a los diecinueve años tras dispararse un tiro con una pistola. Me atraía, sobre todo, el pseudónimo Gorkij, que en ruso significa «amargo». Hasta en sus fotos, embozado en una capa como un bandido español, siempre con su papagayo Pepito en el hombro, me resultaba un tipo original. Su imagen me parecía incluso más interesante que las obras que había escrito en Capri –Estate, Confessione, La nascita di un uomo, Un avvenimento nella vita di Makar–, que leía entonces ávidamente, en las ediciones italianas que me prestaba Carmelina. Mi inolvidable amigo Relgis me explicó más tarde que, en verdad, había sido un anarquista salvaje que había convivido con todos los desheredados de Rusia, con los deportados del Volga, con los campesinos maltratados y con aquellas pobres gentes, arrastradas por el sueño de la redención, que fueron a enrolarse bajo la bandera roja de la Revolución. Cuando era un niño se había ganado la vida vendiendo trastos viejos por las calles de su pueblo. A veces, robaba algo para comprarse un libro. Y el día que le dieron su primer diploma en la escuela lo arrugó con desprecio. Pero, cuando pudo permitírselo, Gorki vivió como un potentado entre criados y alfombras, habitando villas fastuosas y viajando en el Orient Express. Dicen que fue asesinado por orden de Stalin, como, poco antes, lo había sido su hijo.

A Carmelina le gustaba que yo la acompañase en sus excursiones arqueológicas por la isla, cuando pasábamos la jornada entera fuera, nos llevábamos una cesta de comida a las ruinas y luego intercambiábamos pequeños obsequios, según lo que cada uno tenía. Ella me contaba muchas cosas sobre las vírgenes romanas, las sacerdotisas de Cibeles y los ritos de iniciación en las cavernas. Creía

en los duendes y en los aparecidos, y me explicaba la historia de O munaciello, el monje que anda por los caminos buscando a los que mueren sin recibir los últimos sacramentos. Era apretada y pequeña como los limones; dulce como el perfume de las higueras; morena como las uvas negras. Y a mí se me acababan enseguida las fechas, los datos, las referencias históricas. Menos mal que me había inventado un juego que atribuí a Tiberio, y no tardé mucho en enseñarla también a jugar.

Los fantasmas de Capri me subyugaron siempre. Y, a veces, me he paseado por las noches delante del corazón de mármol que hay en la puerta de la Villa Cottrau, porque Carmelina me había contado que allí se aparecía el espectro de lady Hamstead, una loca inglesa que se dedicaba a los cultos mágicos. Creo que se construyó una casa en Anacapri y se marchó de la isla, embarazada, después de haber sido seducida –según contaba ella– por el mismo dios Mitra.

Todavía llegué a conocer, poco antes de que desapareciese para siempre, el café más legendario de Capri, que lucía el impresionante rótulo de Zum Kater Hiddigeigei («Al gato Hiddigeigei»). Más que un café al estilo vienés era una taberna de pueblo, donde lo mismo se podía leer los periódicos que comprar cualquier cosa.

Lucia Morgano, propietaria del café, había salvado de la cárcel y de la vergüenza al pintor Christian Allers. A finales del siglo XIX, este excéntrico artista se retiró a Capri, donde construyó una villa en las pendientes de la colina de Tuoro. Había sido el retratista de Bismarck, que le pagó siempre generosamente sus encargos y lo recompensó con buenos regalos, especialmente valiosos bastones de ébano, plata y marfil. Pero Allers tenía un motivo para aislarse, ya que sus tendencias homosexuales causaban entonces escándalo en todas partes. Siempre andaba acompañado de un jovencito de Marina Grande, llamado Albertino «Mezarechhia» (en Capri todo el mundo tiene su mote), que le servía de modelo y de camarero.

Allers vivió como Tiberio en Capri, decorando su casa con lujosos muebles, armaduras, alfombras persas y bellas lámparas de cristal de roca. Pero, en 1902, la policía de Nápoles dio la orden de detenerlo y expulsarlo de la isla por «inmoralidad». Y pudo escapar, casi de milagro, gracias a que la propietaria del café Zum Kater Hiddigeigei lo avisó a tiempo.

Allers huyó al Pacífico y se estableció en Samoa. Y, como había tenido que abandonar sus propiedades con tanta urgencia, alquiló la casa a una señora que había conocido en el tren de Nápoles a Roma. Y así, por uno de esos irónicos azares de la vida, la famosa villa donde Allers había adorado al amor rosa, se convirtió en residencia de esta dama puritana y tuberculosa que se llamaba lady Mackinder. La pobre mujer se dedicó a la caridad, intentando que la isla se convirtiese «en un núcleo estable de familias inglesas, acaudaladas y honestas, amantes del golf».

En Villa Federico, en las laderas de la montaña, vivieron las últimas horas de su amor amargo Alfred Douglas y Oscar Wilde. En 1897, algún tiempo después de haber salido de la cárcel de Reading, el poeta permaneció unas semanas en Capri, intentando reconciliarse con la luz. Pero ya era tarde y, sobre todo, demasiado tarde para el rencor de los burgueses, que lo reconocían en todas partes y huían de su presencia. Fue aquí en Capri donde los huéspedes del Hotel Quisisana exigieron al propietario que lo expulsara del comedor...

Un joven, llamado Jacques Fersen, asistió a esta horrible escena. Y no pudo olvidarla nunca. También él era un dandi y había dedicado poemas a Venecia. Era alto y delgado, con una mirada extrañamente fría y lejana, como la de las estatuas, y descendiente de Hans Fersen, un noble sueco que, en 1774, se había enamorado de María Antonieta en un baile de máscaras.

Como su antepasado –el galán de la reina–, Jacques Fersen no tuvo suerte en la vida. Su novia lo abandonó, porque no quería verse envuelta en sus escándalos. Y, desde entonces, reaccionando justamente al revés de su antepasado, odió a las mujeres y amó a los hombres. Se hizo construir en Capri un templo a la belleza, con una inscripción en la puerta: «Amore et dolori sacrum». Y contrató sólo a cuadrillas de mujeres para que subieran los materiales a la colina.

Para hacerse perdonar por Venus, consagró a la diosa los mirtos de su jardín. Tenía un gusto exquisito para decorar la casa, con narcisos y camelias: las mismas flores que los poetas andalusíes comparaban con los muchachos melancólicos que les escanciaban los vinos. Y allí se dedicó a escribir versos y novelas que, a menudo, tenían un perfume wildeano.

Cuando los escándalos lo obligaban a abandonar por un tiempo Villa Lysis, se embarcaba en su yate Orta (¡qué recuerdo para Nietzsche y Lou Salomé!) y se perdía en los mares. Pero volvía al cabo de los meses, con nuevos trofeos para su casa: unas alfombras, unos espejos, unas sedas turcas o una colección de pipas de opio que habían pertenecido a un antiguo emperador de Oriente. En Villa Lysis, hasta los criados servían borrachos. Y así murió su gobernanta, al precipitarse sobre la escollera desde el camino que atraviesa el jardín y desde donde se escucha el batir incesante de las olas. Y así murió también Fersen, entre los perfumes del opio y la sobredosis de cocaína, en la estancia rosa de Villa Lysis, delante de una botella de champán. Sus amigos lo enterraron con un sarong de seda que él mismo había traído de Oriente, después de maquillarle las mejillas con un poco de rosa, su color preferido.

–Entre los labios –me explicó Carmelina, un día en que conseguimos entrar en la casa, que por entonces estaba abandonada y medio derruida– le pusieron el anillo de oro de un faraón, que se había traído de uno de sus viajes a Egipto.

Pierino y Carmela me abrieron las puertas de las villas más famosas de la isla: la Villa Behring, escondida en un muro de rocas y casas, donde habitó el premio nobel Emil von Behring, descubridor del suero antidiftérico; y la pequeña casita de Il Rosajo, donde Claude Debussy compuso sus Collines d'Anacapri.

En Villa La Certosella –convertida hoy día en albergo– vivió de incógnito, durante veinte años, un francés misterioso que resultó ser Camille du Locle, el gran musicólogo y director de la Ópera Cómica de París. Verdi escribió para él Don Carlo y Aida. Pero, en la isla, nadie conocía su verdadera identidad. Era un personaje extraño, que puso de moda entre los veraneantes el tejido de lana que usaban los pescadores de Capri, con su capucha típica. Cuando murió en 1903, la casa pasó a ser propiedad de Annie Webb, una americana riquísima que lo compraba todo, sólo por caridad, por agradar a los vendedores, por ayudar a los necesitados. Dicen que pagó una fortuna a Norman Douglas por una horrible colección de sílex y pedruscos prehistóricos, cuando él estaba pasando una mala época.

En Villa Discopoli vivió Rainer Maria Rilke, aunque su temperamento atormentado e introvertido no encontró nunca la paz en Capri. Y en

Villa il Fortino compuso Bizet las mejores arias de Carmen, inspirándose en las olas que cantan habaneras y seguidillas al estrellarse en las rocas, a los pies de la casa: «L'amour est un oiseau rebelle»...

Todavía, cada vez que vuelvo a Capri me detengo unos minutos a rezar (pensar es orar) delante de una lápida, a la entrada de Villa Mura. Porque en esta torre de piedra vivió una princesa infortunada, que no murió drogada ni alcohólica, ni suicidándose ni arruinada por el vicio, sino mucho peor... Los verdugos de Hitler se la llevaron de Italia y la encerraron en Buchenwald. Allí acabó su vida Mafalda de Saboya, fallecida en un prostíbulo que los carceleros nazis habían convertido en enfermería. Murió el 28 de agosto de 1944 con el nombre falso de Emy von Weber. Dejaba dos hijos y un cuerpo manchado de sangre, que fue a parar a la fosa común 262 del cementerio de Weimar.

Algunas de estas casas estaban en mis tiempos casi en ruinas, pero eran más bellas así, convertidas en monumentos de lo efímero. Muchas conservaban espléndidos patios y terrazas, cerrados por cancelas de hierro que se negaban a contar lo que habían visto y oído; y, en las mejor cuidadas, quedaban todavía algunos muebles en las bellísimas estancias blancas, comunicadas entre sí con arcos de medio punto, donde uno podría haber colgado perfectamente el retrato de Dorian Gray, entre grandes columnatas romanas que todavía olían al perfume negro del opio y a los fantasmas del amor rosa.

No sé cómo tenía fuerzas para regresar los lunes por la mañana a Sorrento, con la resaca de mis delicias de Capri. Pero mi profesora de canto decidió expulsarme de la clase un día que me sorprendió fumando. No conseguí hacerle entender que Caruso, su ídolo, fumaba incluso antes de las representaciones. Caruso nunca tuvo voluntad para vencer este ridículo vicio. Cuando ya tenía más experiencia, se metía en la cama, antes del estreno, para luchar contra la tentación del tabaco.

El vino no es enemigo de la garganta, como el tabaco. Pero Caruso no bebía sólo vino, sino que abusaba a veces de los alcoholes, como el whisky. Existe una grabación de Madame Butterfly, interpretada por Caruso y Geraldine Farrar, en la que se escucha en vez de «Si, per la vita», algo así como «Sí, per il whisky». Es una broma que le gastó la

famosa soprano al tenor, que, a su parecer, llegó al estudio con demasiado alcohol en el cuerpo. La verdad es que las relaciones entre Caruso y la Farrar nunca fueron muy cordiales. En algunas interpretaciones de Carmen ella había llegado a abofetearlo violentamente. La Farrar era una diva, llena de tics y de caprichos, tantos que el propio Puccini la había juzgado una Butterfly insoportable.

Mi estancia en Sorrento acabó de forma tormentosa el día en que decidí poner fin a mis clases de canto. Me acordé de Caruso y de una de sus discípulas, que le dijo:

–Me voy de viaje el mes que viene y necesito recibir veinticinco clases de canto antes de irme.

–Imposible –le respondió Caruso.

–¿Imposible? –insistió ella–. Podemos dar dos clases diarias.

–En ese caso –sonrió Caruso–, será mejor darlas todas el mismo día.

Mi profesora me dio también en una sola tarde todas las clases de canto que me debía. Y era ya la medianoche cuando me fui de su casa, cantando como un loco por los acantilados desiertos en los que sólo se oía el rumor de las olas, a la Prima Gioventù y a los irrepetibles amores de Na sera e'Maggio. Pero, cada vez que vuelvo a Sorrento, me acerco a las viejas villas de mi juventud y me siento en un café a pensar cuánto dinero necesito para quedarme a vivir allí para toda la vida. A estas alturas de mis sesenta años, cuando soy pesimista, me salen las cuentas...

https://www.facebook.com/SeaOfLetters

Grupo de Telegram

Grupo de WhatsApp

Y página de Facebook

Sea Of Letters

Ángeles de todos los colores y muchas estrellas

D. H. LAWRENCE EN TAORMINA

Ella abrió la puerta y contempló la lluvia persistente y pesada, como un telón de acero, y sintió el súbito deseo de salir corriendo y atravesar el chaparrón, huyendo. Se puso en pie y comenzó a quitarse rápidamente las medias, luego el vestido y la ropa interior, y él contuvo el aliento. Sus pechos animales y puntiagudos oscilaban y se mecían al ritmo de sus movimientos. Su cuerpo tenía el color del marfil bajo la luz verdosa.

Digamos, para empezar esta historia, que a Sarah Melbourne la conocí, hace más de cincuenta años, en un barco italiano que hacía el trayecto de Génova a Nueva York. Sarah no se llamaba Sarah, y su hija Barbara tampoco se llamaba Barbara; pero es verdad que a su marido lo llamaban Putifar.

Como siempre he sido muy aficionado a los barcos, hicimos enseguida buena amistad, porque ella había conocido los mejores trasatlánticos de los años treinta: el Normandie, el Queen Mary, el Bremen y el Conte di Savoia.

–Mi preferido fue siempre el Conte di Savoia –comentó Sarah, mientras acariciaba en sus manos una edición antigua y muy releída del Lady Chatterley´s Lover–. Era una nave bellísima, con su casco negro y dos grandes chimeneas, pintadas con las franjas de la bandera italiana. Fue el último barco del viejo estilo que surcó los mares, antes de que se impusiera en todas partes el art déco.

Sarah disfrutaba hablando de aquel barco que tenía todos los lujos: camas con baldaquino, un bar decorado con bambúes como una cabaña de los mares del Sur y una veranda acristalada sobre el mar. La

famosa Sala de las Columnas estaba decorada con pinturas y mármoles, como el foyer de un teatro de ópera.

Mientras ella hablaba, yo seguía el movimiento de sus dedos, que hojeaban con extrema delicadeza las páginas de aquella novela de D. H. Lawrence. Siempre me ha excitado el movimiento de los dedos femeninos sobre el lomo fatigado de los libros viejos, como si sólo las mujeres fuesen capaces de acariciarlos con la ternura que requieren los sueños que se pierden en las noches difíciles. Y fue Sarah Melbourne quien me dio a conocer la obra de D. H. Lawrence, porque era su autor preferido.

–A Lorenzo –a ella le gustaba llamarlo así, como lo había hecho su mujer–, lo conocí precisamente en el Conte di Savoia.

Hablaba con el tono intrigante que utilizaba cuando quería confundir a la gente. Y añadió enseguida, para resultar más desconcertante:

–Pobrecillo, era su último viaje. Quiero decir que ya sólo quedaban sus cenizas

Y, cuando llegamos a Villefranche, ya me había contado todos los pormenores de la vida y de la muerte del infortunado David Herbert Lawrence. Supe así que había muerto en Vence –uno de los más poéticos lugares de la Provenza–, donde Frieda, su mujer, lo enterró bajo un sencillo monumento, construido con guijarros que cogieron en la playa.

–Lorenzo comparaba el paisaje de la Riviera con «un barco de dos o tres puentes, con campesinos en la bodega» –comentó lady Melbourne. Y añadió con una nota de humor negro que no era habitual en ella–: Algo así como la tercera clase del Conte di Savoia.

Al morir Lawrence, Frieda –que ya lo había engañado varias veces– regresó con uno de sus amantes: un joven oficial de bersaglieri, llamado Angelo Ravagli. Ella, que tenía más de cincuenta años, no olvidaba a este amigo que la había amado apasionadamente en los viñedos de Spotorno, bajo una salvaje tormenta de lluvia.

Era una forma pálida y extraña que corría inclinándose y

levantándose, curvándose de modo que la lluvia la azotara y se deslizase sobre sus caderas mórbidas, alzándose de nuevo y exhibiendo provocativamente el vientre mientras avanzaba, después agachándose, una vez más, de forma que sólo los flancos redondeados y las nalgas se ofreciesen, en una especie de homenaje a su hombre, como si repitiese una salvaje reverencia.

El viñedo de Villa Bernarda en Spotorno («the house stands above the town with a big vineyard garden») donde el joven teniente desnudó a aquella mujer casada, catorce años mayor que él, es hoy una reliquia.

Estaba ya casi en el camino cuando él la alcanzó y rodeó con su brazo desnudo su suave cintura mojada. Ella dio un grito y se enderezó, restregando contra su cuerpo su carne dulce y fría. Y él estrechó arrebatadamente la masa de carne blanda, fresca, de mujer, que al sentir el contacto se puso enseguida ardiente como una llama. La lluvia se derramó sobre sus cuerpos, hasta que humearon. Él le cogió las nalgas redondas, adorables, una en cada mano, y las apretó contra su cuerpo frenéticamente, temblando extático bajo la lluvia.

En 1928, cuando D. H. Lawrence publicó El amante de Lady Chatterley, le quedaban apenas dos años de vida. Había escrito muchas páginas autobiográficas, aunque nunca había llegado tan lejos, describiendo sin pudor los amores de su mujer con un amante. Pero ahora, minado por la tuberculosis, se sentía impotente, como el protagonista de su obra, que vivía postrado en una silla de ruedas. «Tullido para siempre, era consciente de que no podría tener hijos... Tenía una silla de ruedas normal y otra con un pequeño motor acoplado, con la que podía recorrer despacio el jardín y el hermoso y melancólico parque».

David H. Lawrence era más afortunado, porque su enfermedad le permitía todavía seguir rodando por el mundo, desde Florencia hasta la Riviera, «donde se puede disfrutar de algunos días soleados como no existen en la oscura Inglaterra». Se alimentaba ya sólo de té y de jaleas que le mandaban sus amigos. Estaba gravemente herido por la

tuberculosis y no tenía las fuerzas del teniente de bersaglieri; aunque sabía amar mejor, incluso cuando –convirtiendo el eros en aghapé, como los ángeles iniciados– sólo utilizaba ya la palabra.

En 1930, a la muerte del escritor, Frieda y su amante se fueron a México, donde vivieron veinte años en el rancho de San Cristóbal, en una casa que había pertenecido a Mabel Lodge Luhan, una mujer extraordinaria que había sido mecenas de Lawrence y le dejó esta herencia.

Pero, en 1935, Frieda encargó al teniente que regresase a Vence a buscar los restos de su marido. No debió de ser un cometido fácil para aquel semental que entendía poco de aventuras poéticas. Mandó exhumar el cadáver, pidió que lo incineraran en Marsella y subió a bordo del Conte di Savoia con la urna en las manos.

–Todo el mundo sabe que tiró las cenizas por la borda –me explicó, con todo detalle, Sarah Melbourne–. Yo misma se lo oí contar en el barco, un día que había bebido demasiado whisky.

Me parece que Frieda no fue nunca consciente de que había llegado tan lejos en la infidelidad a su marido, poniendo sus cenizas en manos de un cretino. Cuando escribía mi libro Memorias de México anduve explorando un poco las tierras del Norte, buscando los recuerdos de D. H. Lawrence, entre pintorescos anfiteatros y cañones. Debido a la altura, era bastante cansado abrirse camino por estas sendas que ayer recorrían los indios para llegar a las orillas del Río Grande. El paisaje me recordaba a muchas páginas de los libros de Lawrence, como Saint Mawr o La serpiente emplumada. Pero también a Tennessee Williams, que se consideraba discípulo de Lawrence y que había visitado a Frieda en este retiro, quien dejó en I Rise in Flame, Cried the Phoenix, un buen rastro para localizarlo. Y así llegué hasta el Kiowa Ranch de San Cristóbal, con sus pequeñas casitas rojas, construidas con madera de pino.

El propio Lawrence trabajó con los indios para reparar aquellas cabañas, donde quiso crear una colonia de socialistas utópicos a la que llamó Rananim. Pero sólo la pintora Dorothy Brett, que había sido amiga de George Bernard Shaw y de Virginia Woolf, aceptó la invitación. Ella ayudaba a Lawrence a copiar a máquina sus manuscritos. Hasta el día de su muerte, casi centenaria, la llamamos

siempre lady Brett, porque descendía de una noble familia inglesa. Como era sorda, utilizaba una trompetilla (ella, que le daba un nombre a todo, la llamaba Toby). Y él, a gritos, le hablaba de las estrellas cuando, al caer la noche, majestuosa, sobre las montañas, se sentaban debajo del pino que, «como un ángel guardián», levantaba su gigantesco y centenario tronco delante de la casa.

–¿Has dicho Walt Whitman?

–No, querida: Dostoievski. El cometa de Whitman se ve por las mañanas, como un camino blanco que se abre paso, rompiendo la sombra. Por la noche, cuando no hay luna, sólo nos llega la luz de Dostoievski.

Me habría gustado leer el libro que Henry Miller quería dedicarle a Lawrence, que nunca acabó ni publicó. Creo que nadie estuvo jamás más cerca de los delirios eróticos del autor de El Amante de Lady Chatterley. Pero Miller llegaba más lejos con las mujeres, porque despertaba en ellas un instinto feroz, como le ocurrió a Anaïs Nin, revelándoles su lado masculino y violento. Precisamente fue ella la que escribió un libro sobre Lawrence, mientras él –fumando su pipa– se dedicaba a sus colosos, a sus excesos, a sus demonios.

Cuando regresó a Nuevo México con su amante, después de la muerte de Lawrence, Frieda mandó construir una capilla blanca, rodeada de árboles, en lo alto de una roca. Fue allí donde me enseñaron un altar y una urna, en la que muchos creen todavía que se conservan las cenizas del escritor.

La verdadera historia es más irreverente y prosaica. Frieda murió en México en 1956. A pesar de sus traiciones, no había olvidado a su poeta, y se hizo enterrar en la misma capilla que había construido en el rancho. Pero Angelo Ravagli murió rico en Spotorno, en 1975, con más de ochenta años. Había heredado un tercio de la herencia de Lawrence, con la parte proporcional de los derechos de El amante de Lady Chatterley. Y, según me dijeron en San Cristóbal, se lo vendió todo, antes de regresar a Italia, incluyendo las «escandalosas» pinturas de Lawrence que hoy decoran la Fonda de Taos.

Ni Dorothy Brett ni Mabel Lodge Luhan las amigas fieles de Lawerence>– estuvieron jamás de acuerdo con las decisiones que

Frieda tomó a la muerte de su marido. Tampoco he comprendido nunca por qué Frieda quiso rematar el memorial Lawrence en Nuevo México con un fénix. Es verdad que él se identificaba con este animal. Pero ella sabía también –y mucho mejor que yo– que Lawrence, nada más llegar a la cabaña, había pintado un fénix en la tapa de su retrete.

Un aburrido Te Deum

Sarah pertenecía a la más antigua nobleza inglesa, y su árbol genealógico se remontaba hasta Guillermo el Conquistador, pero yo le cambié su ilustre apellido, llamándola Melbourne, en homenaje a la fiel amiga de Lord Byron: aquella dama que tenía un instinto especial para concertar amores que duraban una primavera y rencores que perduraban una eternidad.

Sarah Melbourne vivía en Piccadilly, en una magnífica mansión del siglo XVIII que tenía una espléndida biblioteca y unos salones decorados con extraordinario gusto, aunque recuerdo especialmente la veranda de madera que se asomaba a un jardín romántico donde Sarah me hizo soportar todos los tés del mundo: el breakfast tea, el five o´clock tea, el té de los jueves y una mezcla horrible que preparaba una condesa amiga suya y que llamábamos «un Te Deum»...

En una de las habitaciones de la casa recuerdo una pintura, firmada por D. H. Lawrence. Delante de ella, inmerso en sus azules fríos y en sus árboles de un rojo ardiente, se sentía uno en el paraíso, contemplando el vientre de una mujer desnuda antes de que se inventara la vergüenza bíblica. Y éste era precisamente uno de los cuadros que los jueces habían ordenado retirar en 1929 de la Warren Gallery de Londres, porque tenía demasiado «vello púbico».

Con Sarah compartíamos una aversión instintiva contra los burócratas autoritarios e inflexibles. Recuerdo un día que llegamos tarde a la estación Victoria y perdimos nuestro tren. Pero en aquel momento llegó otro convoy, que no tenía allí parada oficial y que se detuvo sólo en una escala técnica.

–¡Subamos! –dijo Sarah.

Pero el revisor nos detuvo con gesto displicente:

–Señores, lamento decirles que este tren no tiene parada aquí.

–Y, sin embargo, ha parado –respondió, muy seria, lady Melbourne.

–Sí, señora. Pero oficialmente es como si no hubiese parado.

Sarah sonrió con una expresión ingenua, habitual en ella cuando se le ocurría una travesura, y exclamó:

–¡Ah, bueno! El tren ha parado como si no hubiese parado. Y nosotros hemos subido, pero como si no hubiésemos subido. ¿Usted lo comprende?

Me agarró de la mano y se metió en un departamento, tan feliz y contenta.

Nadie era capaz de corregir a Sarah Melbourne, sobre todo cuando quería poner en su sitio a la gente inoportuna. Como un día que estaba convaleciente de una gripe y la llamaba insistentemente una amiga –una de esas personas que utilizan el teléfono con exigente arrogancia–, hasta que consiguió hablar con ella, y le dijo:

–Espero que ya estés en condiciones de recibir a gente.

–Oh, sí –respondió rápidamente Sarah–. Pero no estoy segura de poder recibir a tanta gente como eres tú...

A las reuniones de lady Melbourne asistía la gente más variada, en una inusual mezcla de ideologías y clases que, en aquel tiempo, podía considerarse incluso extravagante. Recuerdo a un viejo científico, discípulo de Pasteur, que se excitaba hablando de las formas de las levaduras: redondeadas, alargadas o acabadas en un pequeño botón; «como un seno femenino», puntualizaba enfáticamente. Y podía pasarse una hora explicando cómo hay que suavizar los taninos del té, añadiendo un poco de infusión a la leche fría y nunca al revés, para que las proteínas lácticas no se «desnaturalicen». A veces traía un par de ranas en el bolsillo de la chaqueta y, en más de una ocasión, se escaparon y tuvimos que perseguirlas por el salón.

Pero el personaje más curioso que conocí en las reuniones de lady

Melbourne fue un médico de Hollywood que se llamaba Gayelord Hauser. Los japoneses le habían erigido un monumento en 1977, por su fama extraordinaria como higienista, ya que dirigía la dieta de las actrices más famosas, como Greta Garbo, Marlene Dietrich, Rita Hayworth o Joan Crawford; sin olvidar a personajes de la sociedad como la millonaria Gloria Vanderbilt o la duquesa de Windsor. A mí siempre me cayó sumamente simpático, porque recetaba yogurts, zanahorias y apios a sus bellas pacientes, pero él comía sabrosos platos de pasta napolitana y bebía buenos vinos tintos. «Yo he llegado así, jovencísimo, al umbral de los noventa años», confesó en sus últimos días a un periodista que le reprochaba esta contradicción.

Gayelord Hauser era reconocido como homosexual, pero creo que estuvo siempre enamorado alla follia de Greta Garbo. Convivieron juntos en la preciosa villa que él tenía en las afueras de Taormina, donde la Garbo pasaba largas temporadas, siempre con el nombre falso de miss Harriet Brown. Ella se había retirado del cine a los treinta y seis años, dejando atrás una leyenda de amores y caprichos. Coleccionaba a los hombres como perseguía antigüedades, sólo por el placer de descubrirlos. Pero era una mujer demasiado inteligente para compartir su vida con un semental. Dicen que sólo amó verdaderamente a Mauritz Stiller, el hombre que la había encontrado en unos almacenes de Estocolmo cuando tenía diecisiete años –muñeca despeinada, antes que estatua de alabastro–, y que la rescató de una vida golfa para lanzarla a un mundo de estrellas donde ella solamente supo o quiso ser reina.

Alguien me dijo que el último proyecto de Greta fue llevar al cine una versión del Retrato de Dorian Gray, en la que interpretaría el papel del perverso seductor. Habría sido un reto magnífico para una mujer tan ambigua y tan interesante; sobre todo si Marilyn Monroe hubiese querido ser, como estaba previsto en el reparto, una de las jóvenes seducidas.

Verdadera diosa del Olimpo, Greta no amaba en la cama como los vulgares mortales –primero entre caricias y, al final, entre bostezos–, sino que poseía y se dejaba poseer por la energía del eros, por la embriaguez de las palabras, por el magnetismo de las formas y de los metales, por la provocación de los gestos, por el delirio del vino, por el aghapé platónico, por el enthousiasmós (el rapto místico y divino). Iniciada en los misterios de Frigia y en los cultos de la piedra negra de

Pessinonte, elegía el amor de los homosexuales, buscando entre ellos los espíritus más sensibles, como el músico Leopold Stokowski –una preciada antigüedad– o Gayelord Hauser. Nunca hubo mejores sacerdotes para el culto de las vírgenes.

Más de una vez Greta intentó descender al prosaico mundo de los mortales, pero retrocedió delante de la profanación, incluso en el último minuto, como le ocurrió en Santa Ana, cuando pidió disculpas para ir al aseo y dejó en el altar al guapo John Gilbert, el galán más deseado de las jóvenes de la época.

«Greta ha sido amada también por las mujeres –escribió Cecil Beaton, uno de sus maridos desdeñados– y siente amistad por las mujeres; pero sabe que sólo un hombre puede darle seguridad, protección, ser un punto de referencia en su vida de eterna fugitiva». Sir Cecil no era capaz de entender a fondo el misterio, aunque lo adivinaba. Y creo que Gayelord Hauser la comprendía mejor, pues la dejaba vivir tranquila en su casa de Taormina, disfrazada con sus gafas negras, siempre con nombre cambiado, descubriendo muebles viejos en casas ruinosas. Ella sólo quería, como la Magna Mater, ser bañada con agua, aceite y vino, por las manos de un sacerdote.

Una orilla del Paraíso en la tierra

Ingleses y alemanes habían descubierto el paraíso de Taormina por las crónicas de Goethe, las pinturas de Otto Geleng y las fotografías de Wilhelm von Gloeden. Es verdad que Taormina no tiene la espléndida soledad de la campiña de Segesta, donde las ovejas pacen a los pies del templo griego. Ni tampoco alcanza el esplendor monumental de Agrigento, con sus gigantes de piedra y su inmenso valle de santuarios dóricos. Pero el paisaje de Taormina, entre las nieves del Etna y las islas de su costa rocosa, no tiene rival.

En su Viaje a Italia, Goethe escribió que Taormina era una «orilla del Paraíso en la tierra», y se dejó seducir por la belleza extraordinaria de estos huertos de naranjos y limoneros, salpicados de rosales silvestres en los que anida y canta, durante seis meses, el ruiseñor. Ningún escenario del mundo puede competir con el Teatro Griego de

Taormina, que se abre en semicírculo sobre una luminosa bahía y tiene, como decorado majestuoso, la cima nevada del Etna.

En el invierno de 1863 llegó a Taormina, tras las huellas de Goethe, un joven pintor prusiano que se llamaba Otto Geleng. Cuando envió sus cuadros a París, nadie quería creer que los almendros podían florecer bajo la nieve y junto a un mar azul.

Pero Geleng había pintado la realidad, y se atrevió incluso a retar a los críticos de París, diciéndoles: «Venid a verlo. Si he inventado algo, pago el hotel». Y, como no había hospedería en el pueblo, el joven pintor convenció al propietario de una casa, bien situada a los pies del Teatro Griego, para convertirla en albergue.

El barón Wilhelm von Gloeden, pintor y fotógrafo, acabó de consagrar la fama de Taormina cuando se estableció allí, en 1878. Era un joven rubio y de rasgos delicados, con una mirada melancólica en la que se adivinaba la sutil enfermedad de los románticos. Nacido en el seno de una noble familia prusiana, se hizo famoso con sus fotos de jóvenes desnudos, retratados en escenarios que evocaban la Grecia clásica, coronados de laurel, tocando la flauta doble, que los antiguos llamaban aulós y cuyo triste sonido despertaba la melancolía de Agamenón, o bebiendo el vino nuevo en kylix de barro, como hacían los discípulos de Dionisos.

Las extravagancias de Gloeden despertaron habladurías en todo el mundo. Y los más serios burgueses comentaban escandalizados que se bañaba cada día en su casa con agua del mar. Sus jóvenes modelos le subían el agua, transportándola en barriles desde la Isola Bella, igual que los griegos llenaban las jarras que llamaban loutrophoroi en la fuente Citerea para bañar a las novias.

Gloeden amaba tanto a los animales que tenía su casa –una villa que había alquilado cerca del Teatro Griego– llena de cuervos, canarios y ruiseñores. El papagayo sabía silbar marchas militares y pregonar huevas, como las vendedoras del mercado: «Aju ova». Y tenía también un perro que no ladraba, aunque tocaba el piano con las patas delanteras.

Pero las circunstancias de la vida no fueron siempre favorables a Gloeden, porque su familia se arruinó y tuvo que ganarse la vida con

la máquina fotográfica que le había regalado el gran duque Federico de Mecklemburg: una pesada 30x40, montada en una caja de madera. Y así nacieron aquellos desnudos que tanto agradaban a Wilde, a Richard Strauss y a Anatole France, pero que hoy nos aparecen como un teatro grotesco, en el que los jóvenes campesinos disfrazados de griegos no pueden ocultar sus rostros rústicos abrasados por el sol, sus pies gigantescos, sus manos encallecidas y un triste gesto de abandono que los mantiene alejados, ausentes y extraños a los delicados delirios del barón.

Sin embargo, por el estudio del fotógrafo prusiano pasaron todos los personajes famosos de la época, desde Eduardo VII al banquero Morgan, desde el príncipe August Wilhelm de Prusia hasta Alfonso XIII de España, desde Marconi hasta d'Annunzio. Y, muy pronto, sus fotografías se convirtieron en postales que circulaban por Londres y Nueva York, formando parte de los álbumes que los más sofisticados estetas exhibían cuando recibían a sus amigos en el parlor. No hay que decir que Krupp compró algunas escenas especiales para decorar su casa de Capri. Una colección de estas fotos se publicó también, en 1916, en el National Geographic Magazine. Y algunos pintores, como Macfield Parrish o Sir Lawrence Alma Tadema, se inspiraron en estas fotografías escenográficas que crearon un estilo que recibió en la época el nombre de «pictorialismo». Pero sólo Gloeden conocía el secreto de las emulsiones –aceite de oliva, leche, incienso y glicerina– que utilizaba para maquillar a sus modelos, buscando en su piel reflejos satinados.

En la delirante y fabulosa mansión que se construyó Gabriele d'Annunzio en el lago de Garda, encontré un día un retrato de la bella Eleonora Duse realizado por Gloeden. Se descubría enseguida que el fotógrafo había recurrido a un truco, porque Eleonora aparecía mucho más joven. Yo he preferido siempre el busto de mármol que tenía el poeta en su estudio, en el que Eleonora estaba tan bella que –para no sucumbir a su poder mágico de diosa– había que cubrirle la cara con un pañuelo. Cuando llegué, tarde ya, a leerle unos versos en su última morada de Asolo, fui yo el que tuve que enjugar mis lágrimas con el pañuelo.

Pero Gloeden hizo este retrato «falso» de Eleonora maquillando y disfrazando a una muchacha de Taormina. Y d'Annunzio quedó fascinado por esa imagen –digamos retrospectiva– de su ya madura

amante. Quizá por eso, para despertar también sus instintos, ya algo apagados por la edad, el poeta decidió seguir la receta que le había dado Gloeden: agarrar por los testículos a un macho cabrío y aspirar el olor. El experimento no fue bien, porque el animal, al sentirse exprimido, reaccionó repartiendo testarazos, y d'Annunzio estuvo a punto de perder el único ojo que le quedaba.

Además de sus escenas arcádicas, Gloeden fotografió los bellísimos paisajes de Taormina. En algunas de sus imágenes puede reconocerse el claustro del viejo convento de San Domenico, cuando todavía no había sido transformado en hotel. En otras aparece el propio Gloeden, disfrazado de nazareno o de personaje oriental. Tenía fama de ayudar generosamente a sus modelos, aunque muchos de aquellos jóvenes murieron trágicamente en las trincheras de la Primera Guerra Mundial. Y los últimos años de Gloeden transcurrieron en melancólica soledad, a pesar de que su hermana Sofia –una de esas mujeres bellísimas que suelen quedarse solteras– vino a vivir en la misma casa.

Antes de morir, en 1931, dejó su herencia, incluyendo su vieja máquina y tres mil placas, a su ayudante Pancrazio Bucini, al que llamaban «Il Moro» (en Taormina, como en Capri, todo el mundo tiene su apodo). Cuando ya tenía cerca de noventa años y era bisabuelo, seguía paseando por las calles de Taormina, siempre con su poblado mostacho encanecido y su gorra de cuadros. Conservaba el color oscuro de la piel y aquellos ojos grandes y negros que fascinaron a Gloeden cuando lo viera por primera vez al llegar a este paraíso. Había sido modelo del maestro, le sirvió luego fielmente –preparándole los baños salados que le recetaban los médicos, organizando las fiestas nocturnas del barón, cuidando su dieta– y continuó a su lado cuando su protector se arruinó.

Cuando el régimen fascista intentó destruir las fotografías de Gloeden, bajo la acusación de que eran material «pornográfico», Il Moro dijo a los jueces: «Vuoi, uomini di legge, non siete in grado di giudicare l'altissima opera di un grande artista» («Ustedes, hombres de leyes, no pueden juzgar la obra suprema de un gran artista»). Y, para reforzar sus argumentos, recitó una lista completa de las personalidades que poseían fotografías de Gloeden.

Primavera en el Hotel Timeo

Al llegar la primavera, lady Melbourne se instalaba en el Hotel Timeo de Taormina. Era el escenario más apropiado para sus vestidos románticos, para su educación decadente, para sus manos delicadas, que parecían llenas de brillantes cuando se bañaba a la luz de la luna.

El Timeo fue el primer hotel de Taormina –aquel que Geleng eligió para hospedar a los críticos franceses que venían a ver sus pinturas–, y conserva todavía un aire vagamente gattopardiano, con sus muebles antiguos y sus grabados románticos. A lady Melbourne le agradaba cenar en la terraza, siempre en la misma mesa, junto a la estatua griega de bronce que levanta misteriosamente un dedo, como los ángeles de Leonardo, señalando a la Luna. Han pasado muchos años desde entonces, pero nada ha cambiado en sus salones acristalados que, en los días de lluvia, duermen bajo una luz de invernadero. Ni siquiera parecen otros los pájaros que ayer cantaban entre los almendros en flor, entre las buganvillas rojas, entre los alegres naranjos que buscan los rayos de sol, huyendo de la sombra de los pinos y de los centenarios cipreses. El Gran Hotel Timeo tiene, además, la mejor situación, porque está a los pies del Teatro Griego. No sé por qué me recuerda a algunos otros hoteles paradisíacos con jardines que se asoman al mar, como el antiguo Cristina de Algeciras, el Hostal de La Gavina, el Quisisana de Capri o el Victoria de Sorrento.

Para la aristocracia inglesa, Taormina era un lugar clásico para pasar la temporada de primavera. Lady Melbourne sabía muchas historias divertidas de aquellas maduras damas victorianas que habían descubierto ese paraíso. Los jóvenes campesinos se convirtieron, de la noche a la mañana, en boyfriends. Algunas de estas ricas solteras legaron sus villas y sus fortunas a sus amantes. Otras repartieron caridad y amor entre las muchachas de la comarca, como una misteriosa princesa que perseguía a las hijas de los pescadores por la escollera: iba siempre vestida con una túnica negra, que se remangaba para caminar sobre las rocas, dejando ver unas piernas bellísimas, enfundadas en medias de seda.

Entre aquellas damas del fin de siècle, lady Melbourne me hablaba de miss Florence Trevelyan, emparentada con la reina Victoria de

Inglaterra. Estaba enamorada de su primo Eduardo VII, algunos años mayor, pero que debía casarse «por razones de Estado» con Alexandra de Dinamarca. Y, por eso, la reina pagó a la joven Florence y a sus perros –un terrier, un mastín y tres bulldogs– un exilio de lujo en Taormina, prohibiéndole regresar a Inglaterra. Andando los años, ella se casó con un médico famoso y, reuniendo ambas fortunas, fue comprando todas las tierras desde la Badia Vecchia hasta el capo de Sant'Andrea, desde Castelmola hasta las playas. Pero Florence Trevelyan no sólo era culta y elegante, sino también buena, y ayudó a muchas jóvenes sicilianas a pagar su dote de matrimonio. Hizo construir algunas casas, como Villa Paradiso. Y mandó levantar una extravagante torre chinesca –entonces se llamaban victorians follies–, donde se dedicaba a estudiar ornitología. Además, como era también aficionada a la botánica, diseñó espléndidos jardines que todavía se conservan. Paseando por este parque he encontrado a veces restos de antiguas construcciones griegas y romanas, que los arquitectos de la época mezclaban con el material de obra.

En el Hotel Timeo se hospedó André Gide cuando llegó a Taormina en 1950, huyendo de sus fantasmas. Había llevado una vida literaria y escandalosa, siempre con los géneros cambiados; porque tenía, como Greta Garbo, una idea sensual y morbosa del ángel. Estuvo casado con su prima Madeleine, una muchacha bellísima y culta con la que nunca mantuvo relaciones sexuales. Durante veintitrés años, ella soportó discretamente esta situación, hasta que él comenzó a declarar abiertamente en sus libros que era «íntegramente homosexual». Quizás ella podía comprender sus teorías, pero era difícil aceptar que –con esas mismas ideas– hubiese tenido una hija en Holanda, fruto de un pasajero capricho en otros géneros.

Gide vivió luego con Dorothy Strackey, una mujer inteligente y muy interesante, gran amiga de Virginia Wolf, que conocía perfectamente sus ideas sobre el amor. Dorothy tuvo el valor de dejar a su marido para irse a vivir con Gide. Y hay que decir que sus relaciones fueron «deliciosamente intelectuales». Porque tuvo que aprender a practicar el amor de los ángeles mientras recitaban a Shakespeare y Marlowe, mientras compartían el éxtasis de las ideas en una confusión morbosa o mientras ella entonaba –intentando simular una voz masculina– el papel de Teseo en una obra de Gide. Luego, ya cansados, se miraban a los ojos, apagaban las luces, se acariciaban las manos y se retiraban a habitaciones distintas: la de él oliendo a romero; la de ella, a rosas.

Truman Capote recuerda haberlo visto paseando junto a la fuente en Piazza del Duomo y lo describe como a «un viejo con pantalones de pana, envuelto en un abrigo negro; el sombrero de fieltro color aceituna, transformado en una especie de tricornio con la copa en punta, y las alas que arrojaban una sombra sobre el rostro largo, amarillento, casi mongólico».

Ya no era, evidentemente, aquel hombre «alto y bien parecido» que había impresionado a Sylvia Beach, cuando entró por primera vez en la librería Shakespeare & Company. Llevaba entonces un sombrero Stetson de ala ancha y un abrigo de piel de oso que le daba un aspecto impresionante.

A Gide le agradaba sentarse sobre un murete de piedra para tomar el sol, como los viejos pescadores. Gaetano Saglimbeni, que conoce mejor que nadie las historias de Taormina, dice que parecía un vagabundo y que permanecía mucho rato inmóvil, hasta que veía pasar a un ragazzotto del que se había enamorado. Se sentaba cada mañana en el muro, limitándose a sonreír cuando pasaba el muchacho. Nunca lo molestó ni le dijo nada, porque se contentaba con aquel amor platónico. Y se marchó un día como había venido.

Entre tantos libros escandalosos y algunas páginas insuperables, Gide fue uno de los primeros intelectuales del siglo XX que se atrevió a denunciar los crímenes de las dictaduras soviéticas. Y, aunque había pertenecido al Partido Comunista –cuando todavía pensaba que sus colegas creían en la libertad–, descubrió en su viaje a Rusia algunas graves contradicciones. No era fácil revelar en 1936, bajo un terrible aparato intelectual de propaganda, los rastros ocultos del Gulag: los helados campos de concentración en el Círculo Polar, las masas de esclavos que trabajaban en las minas de Siberia, las deportaciones y las acusaciones falsas...

Gide tuvo el valor de denunciar a los dictadores soviéticos –aún no juzgados por ningún Tribunal de Nüremberg– y se ganó con eso la hostilidad de todos los intelectualitos «comprometidos» de Europa. «Le han dado el Premio Nobel a un hombre que lleva dibujado en el rostro la máscara de la muerte», escribió L'Humanité.

Es humano llevar en el rostro la máscara de la muerte. Y es mejor morirse en vida que momificar a los verdugos, como hacen todas las

dictaduras.

Un parque temático del escándalo

Los escritores americanos del siglo XX tuvieron mucha afición a Taormina. Y Hemingway, que era siempre el primero en todas las aventuras, anduvo por estas tierras cuando estaba convaleciente de sus heridas en el frente del Piave y de sus amores con una enfermera de la Cruz Roja. Lo habían herido en una misión nocturna, cuando conducía una ambulancia que llevaba chocolate y cigarrillos para los soldados que combatían en las trincheras. La metralla de los morteros austríacos le alcanzó en una pierna. Pero esa experiencia lo convirtió en un héroe –fue el primer soldado americano herido en Italia– y le ofreció mucha inspiración para sus novelas, aunque el trauma de aquella noche infernal lo afectó durante años, porque no conseguía dormir sin dejar una luz encendida en su habitación.

Tennessee Williams llegó algunos años más tarde, siguiéndole siempre los pasos, como había hecho ya cuando se instaló en Key West. Se hospedaba en el Hotel San Domenico, donde se congregaban todas las celebridades del cine que venían a recibir el David de Donatello, cuando este galardón se entregaba en Taormina. El escritor americano había hecho fortuna con las obras que le llevaron al cine –La gata sobre el tejado de zinc, La noche de la iguana, La rosa tatuada, Un tranvía llamado deseo–, pero le gustaba presumir de «lobo solitario». Adoraba Italia, país que había inspirado su primera novela, The Roman Spring of Mrs. Stone, y una de sus obras de teatro, The Rose Tattoo. Desde las nueve de la mañana se le veía hojeando el periódico en un bar, siempre delante del mismo vaso de bourbon, aunque lo iba rellenando con una petaca que llevaba escondida en el bolsillo. Este gesto me hacía pensar que era un poco avaro, pero luego supe que, por el contrario, fue siempre muy generoso. Mantuvo económicamente a su madre y a su hermana, que padecía una grave enfermedad mental, y hacía frecuentes donativos a muchas instituciones culturales. Pero debo reconocer que Tennessee era un personaje para Taormina, porque nadie era capaz de organizar fiestas como las suyas, vistiendo a sus amigos de geishas –como había hecho en Nueva York

para recibir a Yukio Mishima– y disfrazándose él mismo de gran dama japonesa. Dicen que Mishima, impresionado, comentó: «Nunca más regresaré a Japón».

El Hotel San Domenico, instalado en un viejo convento, ha visto pasar a todas las celebridades del mundo, desde Leslie Caron hasta la bellísima Ingrid Bergman, desde la elegante Marlene Dietrich hasta la caprichosa Liz Taylor, que lo mismo besaba en público a su marido Richard Burton que ponía fin a una disputa rompiéndole una guitarra en la cabeza. El diálogo entre ellos era siempre digno de ¿Quién teme a Virginia Wolf? Pero Liz, acostumbrada a hombres tan tontos como Eddie Fisher, disfrutaba discutiendo con este marido más culto y apasionado, aunque a veces su voz de terciopelo con acento de minero irlandés se volviese brutal. Y entonces, entre vasos de vodka y champán –ella era más moderada, quizá porque opinaba que el champán da mal aliento–, estallaba la tormenta de gritos y manotazos en los que participaban incluso los perros y gatos que la acompañaban a todas partes.

Por su parte, el inolvidable Peter Ustinov reservaba sus bofetones para Truman Capote, que, cuando bebía demasiado, era muy grosero con las mujeres.

Truman Capote vivió a comienzos de los cincuenta en Taormina, donde escribió algunas de sus páginas más duras y provocativas. Nunca he sabido si tenía genio o si lo fingía (saber fingir el genio es otro tipo de talento), con esa extravagancia que pusieron de moda los escritores americanos en la primera mitad del siglo XX y que podría confundirse fácilmente con un «Disneyland del escándalo», auténtico parque temático donde estaban representadas –a veces con la ingenuidad de los dibujos animados– todas las variaciones del sexo, de la droga y del alcoholismo.

Truman Capote había conocido también el famoso salón de Natalie Barney en París, donde acudía a las tertulias de los viernes y se «sentaba en un sofá, como un pequeño pequinés entre dos duquesas que le daban a comer pasteles de nata». Y dicen que, cuando vio los retratos que Romaine Brooks había pintado de todas estas amigas –Radclyffe Hall con un traje de caza, Mercedes de Acosta con pantalones y capa, Natalie Barney con guantes y un látigo en las manos–, exclamó: «Esto es una colección sin precedentes de todas las

tortilleras famosas, desde 1880 hasta 1935».

Truman Capote, con su aire de niño maldito –hijo de una madre alcoholizada, criado con un tío travestido y un padre paralítico–, era la mascota perfecta de este parque temático del escándalo. Drogado o borracho, se paseaba por Taormina con sus pantalones cortos, sus babuchas gastadas y su cestita de compras. Todavía, en aquellas fechas de 1955, no habían llevado al cine su Desayuno en Tiffany. Y, a veces, firmaba talones sin fondos. «Cómprame la Isola Bella», le dijo un día al anticuario Giovanni Panarello, firmándole un cheque de diez mil dólares que debía pagar la Manufacturers Hanover Trust Company de Nueva York y que alcanzaría hoy un buen precio en una subasta.

Truman Capote asistió al último encuentro de Gide y Cocteau. Nunca fueron muy amigos, quizá porque la brillante y frívola imaginación de Cocteau, inquieto como una libélula, despertaba en Gide, frío como una estatua, una sensación de tristeza.

Ya he dicho que, en aquellos días de la primavera de 1950, Gide no hablaba con nadie. Los golfillos lo llamaban «Il Vecchio». Sentado al sol, envuelto en su capa negra, tocado con su sombrero de alas anchas que –en palabras de Truman Capote– le «hacía parecer una arpía», permanecía callado, dormitando o bebiendo a sorbos una botella de agua salada que se hacía traer del mar. Un día, Cocteau se sentó a su lado, intentando animarlo con sus gestos afectados, con sus caricias y abrazos –nunca se sabía dónde comenzaba Jean «Cocotte» y acababa Jean Cocteau–, pero Gide lo miró con su rostro severo y le dijo en un tono desagradable: «Arrête toi, estate quieto, que no me dejas disfrutar de la vista».

En el comedor del San Domenico podía uno encontrarse a Thomas Mann compartiendo la mesa con Roger Peyrefitte, que era tan buen escritor como desagradable contertulio; hablaba mal de todo el mundo, y a veces se atrevía también con los grandes y llamaba «imbécil» a De Gaulle y «pavo estúpido» a Giscard d'Estaing. Tenía una casa pequeña, pero llena de antigüedades que habían pertenecido a un príncipe ruso que, según me contaron, participó o estuvo implicado de alguna manera en el asesinato de Rasputin.

Jean Cocteau, siguiendo los pasos de Peyrefitte, se sentaba en un banco del jardín del San Domenico, cogido de la mano de su amigo

Jean Marais, su elegante pareja. Normalmente era Cocteau quien hablaba, porque era mejor y más convincente en sus monólogos.

Jeannot –así lo llamaba el viejo poeta– se conformaba con reír como un niño, porque era ingenuo e infantil, trabajador como nadie. Cocteau había escrito para él Les Parents Terribles. Y Jean Marais lo seguía como si fuese un hijo dócil, aunque la sesión de maquillaje en La Belle et la Bête le exigiese cuatro horas y aunque, a veces, las rosas del parque de Raray se marchitasen antes de rodar una escena.

Cocteau estaba convencido de que el amor podía convertirlo en un ángel. Y, quizá, la única disculpa que los dioses pudieron tener para crear la vida humana es que nunca es tarde para romper una máscara. Por eso Cocteau recomendaba a Jeannot que leyese siempre sus versos al revés, mirando las letras en un espejo. Y, como un viejo filósofo griego, se atrevía incluso a darle consejos, pidiéndole que dejase las «malas compañías»: «Una banda de intrigantes mundanos, de ociosos mantenidos, indignos de ti», le decía el celoso maestro.

Je te donne un livre

tu me donnes tout!

Tu m'apprends à vivre

vivre tout d'un coup.

En 1963, Jean Marais llegó a Taormina solo, invitado para el festival de cine. El poeta, ya enfermo y cansado, no tuvo fuerzas para acompañarlo. «Recuerdo bien los lugares en los que hemos sido felices juntos –le escribió Jean Cocteau desde París–. Cierro los ojos y paseo contigo».

Yo también recuerdo la mirada triste del maestro cuando lo conocí, ya en sus últimos años de vida. Se quedaba, a ratos, como perdido en sus sueños. No tenía que esforzarse para ser charmant, pero le costaba mantener su máscara sobre la cara. Ya no era como lo describió Truman Capote, «frágil, fresco y costoso como una ramita de

muguete», sino que había ido arrugándose en sepia, como los retratos antiguos, y llevaba los dedos llenos de anillos proustianos.

Y en el camino de sus sueños se encontró una tarde a Edith Piaf. Ella llevaba en la mano un ramo de rosas, como el día en que debutó en el teatro estrenando una obra del poeta. Apretaba contra su pecho el ramillete, tan fuerte que las espinas le hirieron los dedos. Tenía las manos heladas y una palidez de muerte. Y hablaba, hablaba... Le habló de la calle, de las canciones, del burdel donde se había criado cuando era una niña abandonada. Él la abrazó, intentando protegerla, al ver cómo el viento de octubre le iba arrancando las rosas. Luego, se quitó la máscara y la besó.

Se apagaron las luces y se fueron juntos. Quizá porque Cocteau tenía ya el corazón muy castigado y no quiso volver a la escena, con los ojos enrojecidos de llorar.

Juegos eróticos bajo la lluvia

Así también, con el propósito de olvidar y ser olvidado, llegó David Herbert Lawrence a Taormina en febrero de 1920. Tenía treinta y cinco años y pensaba que el clima de Sicilia podía favorecer a sus maltrechos pulmones. Venía siguiendo las huellas de Oscar Wilde, que había dejado una escandalosa leyenda en la isla, amando siempre «hasta la tragedia y la ruina».

Sarah Melbourne se sabía de memoria las páginas más atrevidas de David Herbert Lawrence. Hay que conocer bien a la aristocracia inglesa para aceptar estas aparentes extravagancias, que suelen ir unidas a la más refinada tradición cultural; porque, cuando se ha leído a Shakespeare, a Rabelais y a Cervantes, uno comprende que sólo los más iletrados o hipócritas burgueses pueden mostrar reparos al leer a Lawrence y encontrar la palabra fuck (follar) cuarenta veces, sin contar catorce cunts (coños) y trece balls (cojones). A veces, cuando el Te Deum resultaba demasiado aburrido, Sarah me llevaba al jardín y me reanimaba rápidamente recitando los amores de lady Chatterley: «Connie –declamaba, ocultándose entre los arbustos, con gestos muy teatrales– escapó corriendo con una risa salvaje, con los senos bajo el

aguacero, extendiendo los brazos, confundida con la lluvia, con aquellos movimientos rítmicos de danza que había aprendido, tantos años antes, en Dresden».

Cuando Lawrence escribió estas páginas en 1928 no tuvo que inspirarse en danzas exóticas ni en experiencias muy lejanas, a pesar de que había viajado por la India y por los mares del Sur. Estaba casado con Frieda, una alemana que había estudiado danza en Dresden y a la que le gustaba practicar los «juegos eróticos bajo la lluvia»; aunque no siempre con su marido.

Emma Maria Frieda von Richthofen era hija de un barón alemán y pertenecía a una aristocrática familia prusiana. Todas las hermanas fueron independientes y feministas. Frieda tuvo una buena serie de aventuras, pero fue la inspiración de Lawrence. Elsa fue la amiga de Max y Alfred Weber, y protegió valientemente los derechos de las jóvenes en las fábricas. Otro de sus parientes, Manfred von Richthofen, se hizo famoso como aviador en las batallas de la Primera Guerra Mundial con el sobrenombre de «Barón Rojo».

–Frieda era tan inútil como ama de casa que ni siquiera sabía preparar el té –me comentó lady Melbourne, en una de sus habituales conversaciones sobre Lawrence.

Antes de casarse con David H. Lawrence, Frieda había tenido tres hijas de un primer matrimonio con un profesor inglés. Luego conoció al joven escritor, y se sintió enseguida atraída por su hedonismo, por sus discursos escabrosos y apasionados, por el escandaloso naturalismo erótico que sería siempre el tema dominante de sus libros: Hijos y amantes, El arcoíris, La muchacha perdida, Mujeres enamoradas, La vara de Aarón o El Amante de Lady Chatterley. Parece mentira que aquel joven tuberculoso y taciturno, de mirada sufriente, fuese un volcán de pasiones; pero Frieda creyó que podía curarlo con sus remedios de valquiria, con sus senos provocativos, con sus cabalgadas bajo las estrellas, con su sensualidad siempre insatisfecha. En realidad, él necesitaba una mujer así, porque tenía que curarse de los abusos de una madre posesiva y manipuladora.

Yo diría que el drama de Lawrence es muy parecido al de Rilke. Los dos tuvieron que soportar las desagradables intrigas de unas madres que querían convertirlos en poetas sólo para realizar sus propios

sueños frustrados. La madre de Rilke odiaba a su marido, un sencillo y aburrido burócrata. Y la madre de Lawrence, una virtuosa maestra casada con un minero de Nottingham, vivía también de forma conflictiva su relación matrimonial.

«Yo crecí odiando a mi padre –escribió Lawrence, evocando sus recuerdos infantiles–. Desde que tengo memoria me estremecía con horror cada vez que él me tocaba [...] Y eso estableció un lazo entre mi madre y yo. Nos hemos amado casi como se aman marido y mujer».

En aquellos valles mineros de Eastwood, la vida de las familias no era fácil. Uno de los Lawrence había muerto dentro de las galerías, y el abuelo materno también había sido jubilado antes de tiempo por un accidente. La madre de Lawrence había luchado mucho para sacar adelante la familia, ayudando incluso a su marido con una pequeña tienda de ropa, aunque el negocio nunca fue próspero. No era una mujer que se adaptase a la miseria, y acabó acorralando a su marido en la insignificancia, de forma que a sus hijos les transmitió sólo la imagen de que era un bebedor ignorante. Es verdad que él bebía, aunque no fue nunca un alcohólico y no faltó jamás a su trabajo en las minas de carbón. Pero a ella le gustaba explicar cómo, en cierta ocasión, la había echado de casa por la noche, «dejándola en la calle». Y este drama familiar se agravaría cuando murió Ernest, su hijo preferido, arrebatado en plena juventud por una mala enfermedad.

Lawrence, presionado por su madre, no tuvo la infancia de los otros niños. Disfrutaba solo, leyendo o jugando con las niñas, que eran más tiernas, más delicadas, más bellas. Bastantes rarezas para aquella sociedad male-dominated, en la que los hombres debían hacerse fuertes para ser buenos picadores en la mina. Pero su aprovechamiento en los estudios lo llevó a conseguir una beca para la High School de Nottingham, premio que no se concedía fácilmente al hijo de un minero. Desde entonces, cuando regresaba a su pueblo, vestido con cuello alto, corbata y traje oscuro, con sus libros bajo el brazo, era objeto de muchas burlas.

En cuanto conoció a Frieda –casada con uno de sus profesores de la Universidad de Nottingham–, Lawrence le envió una carta: «You are the most wonderful women in all England». Pero como ella no se decidía a abandonar a sus hijas, tuvo la osadía de dirigirse

directamente al marido: «I love your wife and she loves me».

Y se fugaron a Metz, donde el severo padre de Frieda no quiso recibirlos, pero donde ella encontró ayuda en su madre y sus hermanas. En la guarnición prusiana se encontraban a escondidas delante del cuartel, paseando en las primeras sombras, como los amantes de Lili Marleen. Hasta que las autoridades cayeron en la sospecha de que Lawrence era un espía, y lo obligaron a dejar la ciudad.

Así comenzó el largo exilio de los Lawrence a través del mundo: de Baviera al lago de Garda, de Florencia a Nuevo México, de Australia a la Provenza.

Alquilaron en Taormina una modesta casita blanca que se asomaba sobre un paisaje de colinas, almendros, viñedos y olivares. Tenía sólo dos habitaciones principales: un cuarto de estar con su gran mesa para comer y trabajar y el dormitorio. «Hemos encontrado una casa pequeña pero muy bella, con un jardín que parece una inmensa terraza suspendida entre cielo y mar». A Lawrence le gustaba especialmente el viejo algarrobo, sólidamente enraizado entre el patio y la cocina, porque daba sombra a la casa y porque «es el árbol que mejor representa a la tierra de Sicilia, símbolo de fuerza física y de virilidad». Años más tarde, en Spotorno, también buscará un viñedo y unos algarrobos; aunque siempre será ella quien sabrá aprovecharlos mejor.

Durante los primeros años, la vida de la pareja en Taormina fue bastante apacible. A David le gustaba pasear al alba, justo antes de la salida del sol, en ese momento delicioso en que un pincel mágico comienza a pintar los colores de la cal y de la piedra, del cielo rosado y las nubes de oro, del mar y del volcán nevado.

Más de una vez he seguido sus pasos desde los Capuchinos hasta el Palazzo Corvaja, atravesando luego el Corso y ascendiendo, para contemplar la vista, por las colinas desnudas. Frieda lo acompañaba casi siempre, pero luego él regresaba a su trabajo, y ella continuaba hasta Castelmola, en un largo camino de ocho kilómetros, para visitar a una amiga.

Fue precisamente esta amiga quien propuso a Frieda que se hiciese

acompañar por un arriero, para que no regresase sola en el crepúsculo. Un joven campesino, llamado Peppino, la escoltaba cada día, conduciendo el mulo que transportaba a la dama, cómodamente sentada en una silla.

Y así comenzó una historia que dejaría una huella imborrable en la literatura universal. Porque un día estalló una furiosa tormenta y tuvieron que refugiarse en un lagar, en mitad de las viñas. Estaban calados hasta los huesos, pero el agua fresca era una bendición en aquella jornada caliente de verano. Peppino, intentando ser amable, quiso ofrecer a la señora algunas comodidades, extendiendo unas mantas en el suelo que dispuso entre las tinajas y los cestos, bajo el techo de caña, intentando levantar una pequeña defensa contra el agua y el viento. Encontró también unos trozos de tela que podían servir para secarse los cabellos. Pero ella, sin dejar de reír, comenzó a quitarse los vestidos mojados y, como si fuese una bacante poseída por Dionisos, gritaba y danzaba, haciendo ademán de bajarse las medias, descubriendo y escondiendo en un juego diabólico unas piernas satinadas como el marfil y unos pechos que, humedecidos por la lluvia, parecían humear al calor de la carne tersa y tibia, como una porcelana rosa en la que se dibujaban –con el color de la piel del melocotón– los pezones aún jóvenes. Tan pronto se anudaba un trozo de tela en los cabellos mojados y comenzaba su danza provocativa, moviendo las caderas y el vientre con un ritmo entrecortado, como se dejaba caer lánguidamente en los brazos de Peppino. Ella tenía cuarenta y tres años. El sólo veinticuatro.

Frieda Lawrence era como una llama. Humeaba, igual que las flores, en los días de lluvia. Y a su marido se le encendía la cabeza, como un Pentecostés, cuando pensaba en ella.

El Ángel Azul

Cuando Marlene Dietrich llegó a América, como una reina a bordo del Queen Mary, ya había triunfado en El Ángel Azul. Parecía una dama de mundo, fría y distante, con una mirada hipócrita e inclemente; pero, cuando comenzaba a cantar, su voz la comprometía y la

arrastraba, delatando las ambigüedades ocultas de su vida, con una sensualidad morbosa, cálida, rebelde e inesperada en una mujer de su porte. «Aun cuando no tuviera más que la voz, podía romperle a uno el corazón», dijo Hemingway. Ella regaló a Ernie una ingenua porcelana blanca que recuerdo haber visto en el salón de su casa de Key West.

Greta no cantaba, y ni siquiera sus amantes adivinaban las contradicciones que llevaba dentro. Quizá por eso Marlene y Greta nunca se llevaron bien. Se quitaban incluso las novias. Y Greta estaba convencida de que Marlene no sería capaz de dejar nunca el falso mundo de las estrellas; aunque también el ángel azul conoció la soledad.

En 1925, habían participado juntas en una película, interpretando papeles secundarios en Die freundlose Gasse (La calle sin alegría), bajo la dirección de Georg Wilhelm Pabst.

Cuando Jean Cocteau me habló del santuario sáfico de Natalie Barney en la calle Jacob, me dijo que Marlene Dietrich las había amado a todas o a casi todas. En realidad, aquellas mujeres –Alla Nazimova, Isadora Duncan, Eva Le Gallienne, Dolly Wilde, Tamara Karsavina– compartían las amantes en una dulce o amarga promiscuidad, según las circunstancias. Algunas, como la divina Mercedes de Acosta, diseñadora y poeta, habían sido también novias de la Garbo. «Podéis decir lo que queráis de Mercedes –dijo, con sobrada razón, una amiga–, pero han sido suyas las mujeres más importantes del siglo XX». Marlene la cubría de orquídeas. Y quizás aprendió de ella el gusto por los vestidos negros, aunque Mercedes era más extravagante y se maquillaba con el rostro pálido y los labios rojos, como una máscara.

Marlene amaba también a los hombres: Josef von Sternberg, Ernest Hemingway, John Wayne, Gary Cooper, Michael Wilding, Gérard Philippe, Joe Kennedy, Alberto Giacometti…, una lista interminable se le atribuye. Pero ella se presentaba siempre como un ángel, asegurando que amaba a los hombres sólo para ayudarlos a encontrar su camino. A Hemingway y a Michel Wilding les había encontrado enseguida pareja. Y ella se reservó un amor maternal y delicado con Jean Gabin. «Lo he amado enseguida, desde nuestro primer encuentro. Siempre lo he amado y lo amaré siempre».

Cuando Jean Gabin huyó de Francia, ocupada por los nazis, Marlene lo hospedó en su casa de Hollywood. Le hacía la comida y lo mimaba como si fuese un niño. Y luego, cuando él volvió a luchar en Europa, ella lo siguió cantando Lili Marleen. Son historias de mi infancia que resuenan en mi memoria, unidas a las voces de Lale Andersen y Marlene Dietrich, que cantaban en las noches sobresaltadas de la Europa en llamas.

Cuando acabó la guerra y él volvió con su mujer, ella lo esperaba en la calle –como antes, Lili Marleen–, a la hora en que las sombras se funden bajo las primeras luces amarillentas de las farolas. Europa estaba en ruinas y los ángeles, cuando vuelan sin plumas, parecen todos azules:

Vor der Kaserne, vor dem grossen Tor,

Stand eine Laterne und steht sie noch davor,

so woll'n wir uns da wieder seh'n,

Bei der Laterne wollen wir steh'n:

Wie einst Lili Marleen.

Edith Piaf contaba que había visto a Marlene «llorando como una niña, por amor». Pero los caminos de Jean Gabin y Marlene Dietrich se separaron. Y ella, elegantísima y vestida de negro satén, cantaba todavía con sesenta y dos años en el Casino de Taormina. Recuerdo sus últimas actuaciones en público, antes de que desapareciese para siempre en 1992, en su oscuro retiro de París. Ya no tenía edad para vestir plumas, pero su voz no había cambiado.

La Colombe d'Or y un pájaro muerto

D. H. Lawrence pasó los últimos meses de su vida en Provenza, una

tierra perfumada y bellísima, donde los pueblos huelen a lavanda, los bosques, a resina y los vinos, a hierbas del monte. A veces, una puesta de sol salvaje mezcla los colores de la naranja y del azufre, como los paisajes que pintaba Monticelli. Otros días, en las mañanas de niebla, se vuelve todo del vago color de las pinturas de Turner.

Se comprende que Marc Chagall crease lo mejor de sus sueños en estos lugares donde, en los días de primavera, se confunden las palomas con los ángeles y los pueblos con las nubes.

Merece la pena subir hasta el bellísimo pueblo amurallado de Saint-Paul-de-Vence, donde está enterrado el pintor judío. Es muy agradable pasear por estas calles medievales, entre puertas monumentales, fuentes de piedra y escaleras que conducen siempre a una plaza iluminada por un farol que se quedó encendido hace muchos años, cuando Signac, Renoir, Dufy o Soutine regresaban por la tarde a Cagnes, en el último tranvía.

En el Hotel La Colombe d'Or, una casa vieja entre cipreses, se hospedaba Picasso cuando venía a visitar a sus amigos. Era fácil encontrarse aquí a Yves Montand al acabar su partida de petanca en la laza, a Orson Welles, a Jean Paul Belmondo, a Romy Schneider o a Roger Moore, que vivía muy cerca. Y debajo de la gran higuera del patio se sentaba Simone Signoret a escribir un libro de memorias cuyo título yo hubiese querido quitarle de los labios: La nostalgie n'est plus ce qu'elle était («La nostalgia ya no es lo que era»).

En 1957, Aimé y Margherite Maeght decidieron instalar su Fundación junto a las ruinas de la capilla de San Bernardo, porque acababan de perder a un hijo que se llamaba así. Y el arquitecto José Luis Sert les construyó un original edificio de cemento, ladrillos, vidrio y plantas. Cada vez que lo miro me convenzo más de que Sert era un viejo chamán, cargado de simbolismos, algunos tan peligrosos como la terrible Misia.

También el pobre D. H. Lawrence se había interesado por los simbolismos religiosos de los primitivos chamanes, especialmente por el significado oculto de las estrellas. Debía de ser una premonición simbólica, porque los médicos decidieron llevarle a un sanatorio para tuberculosos que se llamaba Ad Astra. Lo habían echado ya de un hotel de Suiza, porque «no les gustaban los clientes que tosen».

Per ardua et per aspera ad astra: por la vía ardua a las estrellas o como le gustaba decir a lady Melbourne cuando hablaba de una amiga suya que se había casado con un viejo millonario: «Per ardua ad astrakan»...

En esta Villa Ad Astra, convertida en sanatorio, había vivido también Camille Flammarion, el sabio astrónomo y espiritista. En otra época, cuando estaba más fuerte, Lawrence se habría interesado por los secretos del Camino de Compostela, siguiendo la ruta de las estrellas. Pero ahora ya era tarde para penetrar en el misterio de los alquimistas que preparaban el compost –la sustancia básica de la piedra filosofal– y que dibujaban en las piedras los símbolos ocultos de la iniciación.

En la Villa Les Olivades, en el pueblo de Vence, vivió otra estrella: Ida Rubinstein, la famosa bailarina de los ballets rusos. En el cartel de sus espectáculos se reunían, a veces, los nombres más ilustres de la belle époque: Diaghilev, Fokine, Debussy, Bakst, Valéry, Gide, Cocteau o Gabriele d'Annunzio. Era una mujer bellísima, y nunca el ballet de Schéhérazade ha tenido una Zobeida más provocativa. Fue la sucesora de Sarah Bernhardt, quien le enseñó a pronunciar bien el francés –disimulando su fuerte acento ruso– y a interpretar La dama de las Camelias. Y dicen que inspiró a Ravel su célebre Bolero. Pero su leyenda llega más lejos, porque fue también una de las amigas del «collar de margaritas» que frecuentó el círculo de Natalie Barney y Dolly Wilde en París. Quizás allí se atrevió a bailar aquella versión de la Salomé de Wilde, interpretando hasta el desnudo final la danza de los siete velos que tantas veces le habían censurado. Las amigas de los «viernes de la rue Jacob» adoraban su delgadez estilizada, porque era alta y flexible como un narciso. Cuando murió, en 1960, la enterraron en el cementerio de Vence, muy cerca del lugar donde habían reposado los restos de D. H. Lawrence. La última vez que visité su tumba para llevarle unas flores, la encontré muy abandonada, y me dijeron que, desde 1990, nadie se había hecho cargo de su mantenimiento.

Si Lawrence hubiese visto bailar a Ida habría escrito otra versión de lady Chatterley. Pero ya era tarde para él. Y fue apagándose en los días soleados de la primavera de 1930, como los viejos vinos rosados de estas tierras provenzales: «El tiempo es soleado, los almendros están todos en flor, pero ya no tengo fuerzas para salir a verlos».

Poco antes de morir escribió un pequeño poema: «No hay nada que

salvar, ahora todo está perdido, excepto una pequeña porción de calma que anida en el corazón como el botón de una violeta».

Ahora amaba la castidad, porque le parecía un amor de copos de nieve, un temblor de ángeles, una paz de amantes satisfechos. Sentía en su alma «un río de agua fresca y lluvia».

Comenzó a leer una biografía de Cristóbal Colón, porque pensaba que había llegado para él la hora de los grandes descubrimientos. Y aún tuvo fuerzas para abandonar el sanatorio y alquilar una casa nueva, Villa Robermond.

La última morada de Lawrence se ha convertido hoy en una casa de apartamentos, aunque se conserva una lápida en la entrada.

«Luego lo enterramos muy sencillamente y los pocos que lo habíamos amado –escribió Frieda– lo dejamos en tierra como un pájaro. Puse unas flores en su tumba y sólo pude decir: “Good bye, Lorenzo”, mientras sus amigos y yo cubríamos su ataúd de mimosas. Luego lo cubrieron de tierra, mientras el sol desaparecía en este pequeño cementerio de Vence que mira al Mediterráneo que él tanto había amado».

Algún tiempo más tarde, Frieda mandó poner sobre la tumba del cementerio de Vence un fénix de piedras rojas, recogidas en las orillas del mar. El resto, ya se sabe: cenizas volando en una playa lejana.

¡QUEREMOS SABER QUÉ TE PARECIÓ ESTE LIBRO!

Encuéntranos en

https://www.facebook.com/SeaOfL

Ingresa a nuestro grupo de Telegra

Sea of Letters

Sea of Letters

Nota

[1] («¿Qué queréis que os diga, hijo del alma,de estos frailes bribones?Si no os atáis bien los calzones,pronto tendréis alguno en retaguardia»).